ALICIA AYALA
LA HIJA DEL MAESTRO
Álava en tiempos
de la Guerra Civil
www.edicionesbeta.com

ALICIA AYALA
LA HIJA DEL MAESTRO
Álava en tiempos
de la Guerra Civil
www.edicionesbeta.com

Contenido

SINOPSIS

DEDICATORIA

Primera parte

PAULA (1)

MONTORIA (2)

FAMILIA DE PAULA (3)

LA ESCUELA (4)

FIESTA PATRONAL DE MONTORIA (5)

PAULA Y SUS HERMANAS (6)

DÍA DE COLADA (7)

MAESTRO Y RECOLECTOR (8)

MONTORIA MÁGICA (9)

MATANZA DEL CERDO (10)

SEMANA SANTA EN MONTORIA (11)

TIEMPOS MODERNOS (12)

SUCESOS (13)

DOMINGO DE CARNAVAL EN MONTORIA (14)

Segunda parte

CAMBIO DE TIEMPO Y LUGAR (15)

PENSION VALLEJO (16)

MIGUEL (17)

SE ACERCA LA NAVIDAD (18)

LIBRERÍA LINACERO (19)

JACINTA (20)

NUEVAS EXPERIENCIAS (21)

ALZAMIENTO MILITAR (22)

DE VUELTA A MONTORIA (23)

DESTINO BILBAO (24)

AUTORA

LEGAL

SINOPSIS

La hija del maestro narra la vida de Paula, una joven alavesa, durante la década de los años treinta del siglo pasado. Tras pasar su infancia en el pueblo junto a su familia, lo abandonará, en plena adolescencia, para trabajar en Vitoria. Allí vivirá expectante los cambios sociales provocados por el golpe de estado contra la República y la posterior Guerra Civil.

En la pensión Vallejo será bien acogida y en ella convivirá con doña Plácida, doña Rosa, Paca, Bea, don Anastasio… Es de destacar su relación con Miguel, periodista de El Liberal que, procedente de Bilbao, queda atrapado en Vitoria al establecerse el Frente Norte en Villarreal.

Tras afrontar distintas vicisitudes, terminada la Guerra Civil en Euskadi, Paula se desplaza a Bilbao para iniciar una nueva vida.

ALICIA AYALA

LA HIJA DEL MAESTRO

Álava en tiempos de la Guerra Civil

DEDICATORIA

A mi madre,

que me enseñó a descubir los sentimientos

y perseguir los sueños.

PAULA (1)

Debió de ser una temprana tarde de primavera. Yo tenía menos de siete años. No había hecho la comunión, se hacía cumplidos los siete. Mientras deslizaba la mano en la pila del abrevadero, que hay enfrente de la iglesia, sentí la presencia de mi abuela que pasaba lentamente junto a mí, se deslizaba sin posar los pies en el suelo, creo que me dijo algo, algo así como: "Cariño, mi tiempo se ha acabado, ya no me verás, pero siempre estaré cerca para protegerte".

Seguí moviendo el brazo dentro del agua. Los renacuajos eran mi objetivo, les sentía tropezar con mi brazo, producían un cosquilleo agradable, por el momento no me apetecía atraparlos y meterlos en el bote de tomate vacío que tenía apoyado sobre la piedra. Estaba sola, no tenía que competir como otras veces con los demás chicos del pueblo en atrapar renacuajos, siempre cogía menos que ellos.

Me pareció extraño ver a la abuela tan temprano en la calle, ella apenas salía de casa y menos a las cinco de la tarde. La abuela me sorprendía casi cada día. Me miraba atentamente, musitaba palabras entrecortadas que no entendía, al menos no entendía su sentido, de repente sonreía, reía a carcajadas, me abrazaba con fuerza, tanto que casi no podía respirar, después aflojaba el abrazo, me volvía a mirar con atención y se reía con ganas. Yo preguntaba asustada:

–Abuela, ¿qué pasa?

–Nada hija, son cosas mías.

Me hubiera gustado poder contar a mi madre las cosas que hacía la abuela pero ella nunca estaba. Mamá siempre estaba cansada, la veía llegar en el burro, sentada de medio lado, sus faldas extendidas sobre la panza grisácea de Marqués, así le llamábamos, creo que por su porte gentil.

Marqués nunca parecía cansado, trotaba alegremente aunque la carga fuera pesada. Los frecuentes azotes de su dueña con un pequeño mimbre, no parecían incomodarle demasiado y como si de un verdadero caballero se tratara, doblaba las patas delanteras para que mi madre pudiera bajar con más facilidad cuando estaban ante la puerta de casa.

Cuando los veía pasar corría tras ellos y me acercaba a mi madre que me levantaba en el aire y después me posaba en el suelo con cuidado.

–Anda, vete a jugar, tengo muchas cosas que hacer –decía resignada. Cuando me fui haciendo mayor sus palabras fueron otras: "Ya no puedo contigo, sé buena y lleva a Marqués a la cuadra". Obedecía contenta al ver la sonrisa de madre.

Era la abuela la que cuidaba de mí y de mis hermanos. A la que recurríamos en nuestras dificultades infantiles. Ella vigilaba que nos laváramos la cara y tomáramos la leche con sopas antes de ir a la escuela y que al mediodía comiéramos nuestra ración de cocido y pan. Por la tarde, al volver de la escuela, repartía la rebanada de pan y algo, a veces, las menos una onza de chocolate; otras un poco de queso de cabra, a menudo, el pan mojado en leche y un poco de azúcar. Ninguna noche faltaban las sopas de ajo.

Recuerdo vivamente los días de invierno que me quedaba en casa por un resfriado, unas anginas o alguna de aquellas enfermedades que los niños del siglo pasado padecíamos: tosferina, paperas, varicela… La abuela lograba que fueran días divertidos, con sus continuas visitas para ver si estaba bien abrigada, si quería un vaso de leche, un caldito y yo decía: "Abuela no te vayas", "abuela cuéntame un cuento".

La abuela contaba siempre el mismo cuento, el de los frailes de Herrera a los que engañó el lobo. Lo contaba una y otra vez, siempre parecía distinto, aparecían y desaparecían personajes. Una vez el lobo iba acompañado por una loba, otra por un zorro, otra por un perro. Yo la interrumpía diciendo: "Abuela no es así", a lo que respondía: "¡Cuéntalo tú!" Yo guardaba silencio y entonces la abuela continuaba con la historia.

El médico de la comarca, don Saturnino, me visitaba a menudo, siempre en presencia de la abuela, entonces yo permanecía callada y muy seria mientras mantenía debajo del brazo el termómetro que me había colocado. Como si no fueran conmigo escuchaba las palabras del médico:

–¿Qué tal se porta la enferma? ¿Toma las pastillas sin protestar?

–Claro, don Saturnino, es muy obediente.

–Entonces si no tiene fiebre, mañana puede ir a la escuela.

–A ella le gusta ir a la escuela –decía la abuela satisfecha.

Don Saturnino observaba el termómetro con atención y dirigiéndose a la abuela decía: "Que siga tomando la medicación, volveré pasado mañana". Antes de salir apoyaba su mano en mí a modo de caricia.

La abuela era nuestra referencia y apoyo. Madre estaba siempre de viaje. El padre, maestro rural, solo estaba en casa en vacaciones y su única preocupación en cuanto a nosotros era que fuéramos cumplidores de la ley divina o de lo que él creía que lo era: ir a misa los domingos y días de guardar, no comer carne los viernes de Cuaresma, no cometer actos impuros… Mientras fui niña no supe a quién se refería la abuela cuando hablaba del "beato", cuando tuve uso de razón descubrí que hablaba de su yerno.

Era yo muy pequeña pero recuerdo que una noche se montó una gran algarabía a la hora de cenar.

–¿Qué celebramos hoy abuela? –dijo mi hermana mayor, al tiempo que los demás hacíamos comentarios alegres.

El motivo de la sorpresa era la cazuela de pescado que colocó en el centro de la mesa, se trataba de un "besugo moro" guisado con abundantes pimientos choriceros que daban a la salsa un intenso color rojo. El guiso atraía las miradas de todos, nuestras papilas gustativas se adelantaban en la degustación. La abuela respondió con una amplia sonrisa:

–Aunque no me hayáis felicitado, hoy es mi cumpleaños.

–¡Felicidades abuela! –dijimos todos a coro.

–¿Cuántos le han caído? –preguntó una de mis hermanas mayores.

–Veinte más que tu madre –sabedora que la edad de su hija era el secreto mejor guardado de la familia.

Esa noche fuimos más tarde que de costumbre a dormir. Mi hermano Juan sacó la guitarra de debajo del banco de la cocina y tocó todo su repertorio acompañado por nuestras voces y palmas. Yo me fui a la cama cuando terminó la música y mis hermanos empezaron a contar historias de aparecidos. Un gesto de mi abuela, que vio cómo me frotaba los ojos, fue suficiente para que me retirara. Al día siguiente llegué tarde a clase y el maestro cojo me regañó.

Recuerdo con mucha frecuencia a la abuela, la sonrisa que iluminaba su cara cuando estábamos todos en casa, participando de nuestros comentarios, riendo con ganas nuestros chistes e imitaciones de conocidos.

Hubo un tiempo en que desconfié de la abuela Francisca. Fue cuando descubrí lo graciosos que eran los poyuelos que había en el corral. Corría detrás de ellos, piaban y alborotaban. Había uno, siempre el mismo, que se dejaba coger y acariciar. Casi cada día me sentaba junto a la puerta de casa con el pollito sobre mi falda, parecía estar a gusto. Fuimos creciendo a la vez, hasta que él se convirtió en un gallo de plumas de color intenso y elegante cresta, ya no se dejaba coger, se paseaba orgulloso y emitía potentes sonidos cuando me veía, o al menos eso creía yo entonces.

Un día el pollo desapareció de mi vista y nadie supo decirme qué había sido de él. El misterio se fue despejando paulatinamente, un día bruscamente mi hermana me dijo “el pollo está en tu barriga”, incrédula insistí en la pregunta y escuché sus palabras:

–¿Qué crees que comimos el domingo? En mi mente apareció la cazuela con el guiso que había preparado la abuela, olía intensamente a pimienta y laurel. Todos comimos en silencio y comentamos lo rico que estaba. Me negaba a aceptar que aquello fuera mi pollo amigo.

A partir de ese día empecé a desconfiar de la abuela, a espiarla y como no podía ser de otra manera, una mañana de sábado, mientras la buscaba para que me diera el desayuno, la encontré en el corral, estaba sentada en el taburete de madera, delante de ella había un balde de hierro, en sus manos sostenía un pollo con una profunda herida en el pescuezo de la que brotaba sangre que caía en el balde. No pude evitar gritar horrorizada. Salí corriendo a la calle sin saber hacia dónde dirigirme. Quería huir de la terrible escena en la que veía a mi pollo con su hermosa cresta sangrante. Odié a la abuela por lo que era capaz de hacer.

Corriendo llegué hasta el pórtico de la iglesia. Me senté en un rincón, me tapé la cara con los brazos y esperé a que sucediera algo que mitigara mi dolor. Pasó lo único que podía pasar, vino la abuela corriendo.

–Hija no pasa nada, siento que te hayas enterado de esta manera.

–Es horrible, no quiero volver a verla –dije gritando y gimiendo– mientras la abuela se acercaba tratando de acariciarme.

–No quería que te enterases de esta manera. Antes o después tenía que suceder. Eres una niña muy inteligente y sabes que la naturaleza es así, para que unos podamos seguir viviendo otros tienen que morir, así lo ha dispuesto el Creador, cada uno tiene que cumplir con su misión, la tuya es crecer, aprender todo lo que puedas para poder ayudar a los tuyos.

Después la abuela se marchó y me dejó sola con mis pensamientos. Durante semanas, algunos meses, no pude mirarla a la cara, con ella hablaba lo justo, no parecía darse por aludida. Pasado un tiempo otros misterios de la naturaleza despertaron mi interés, me fui olvidando de lo del pollo.

Mientras los renacuajos seguían tropezando con mi brazo, yo estaba concentrada en la figura de la abuela que se alejaba, la llamé a gritos, no pareció oírme. Sí oí la voz de mi hermana mayor que me llamaba desde casa, salí de mi ensimismamiento y corrí para saber qué quería.

–¿Qué pasa Juana? ¿Por qué gritas de esa manera?

–La abuela Francisca ha muerto –dijo al tiempo que separaba los brazos.

–Lo sé, se ha despedido de mí.

Mi hermana se quedó un instante con los brazos separados, yo diría que sorprendida por mis palabras. Luego me abrazó, sus lágrimas mojaron mi cara.

MONTORIA (2)

El pueblo en que nací está situado en la provincia de Álava, en la montaña alavesa, administrativamente pertenece al municipio de Peñacerrada que se encuentra a dos kilómetros de distancia. Cada rincón del mismo fue protagonista de algún episodio importante de mi vida.

Al mismo se llegaba a través de una carretera que partía de Peñacerrada y tras superar una ligera cuesta se encontraba la entrada. De ella partía la calle Real que recorría toda la longitud del mismo. A derecha e izquierda existían dos calles paralelas. Una paralela al río, la otra se dirigía al monte. Las tres calles se comunicaban mediante otras más estrechas. Al final de la calle principal, uno se topaba primero con el río y luego con los montes que rodeaban el pueblo en abrazo protector.

Nada más entrar en el pueblo, a la izquierda, estaban la escuela y la iglesia, de la que destacaba un campanario cuadrado. En mi vida ambas construcciones fueron importantes, en ellas pasé muchas horas.

Visité la iglesia los domingos y días festivos, todas las tardes de mayo, las Semanas Santas de mi infancia y adolescencia, Navidades, bautizos, bodas, comuniones y funerales de los vecinos del pueblo. En la sacristía pasé más tiempo que otros vecinos por ser la hija del sacristán. En invierno, muchas tardes, pasaba largas horas viendo lo que hacía mi padre, pretendía ayudarle aunque él no me necesitara. Por allí andaban las mozas del pueblo que acompañadas por el señor cura, cantaban, rezaban, limpiaban y reían cualquier gracia del sacerdote. Mi padre movía la cabeza en señal de desaprobación. Entre las mozas estaban tres de sus hijas.

Seguro que fue allí, algún domingo de mayo, cuando descubrí que Constan, mi compañero de la escuela y de juegos, era un chico guapo y que cada vez que me dirigía a él, me sonreía de una

manera especial.

Junto a la Iglesia se encontraba un edificio de dos plantas, abajo la escuela, arriba la casa del maestro. Frecuenté la escuela hasta cumplidos los catorce años, siempre acompañada por mi hermano Benito, menor que yo en un año, y mi amigo Constan.

Sin duda fui una privilegiada, una de las pocas chicas del pueblo que terminó la escuela primaria. En la escuela se fue moldeando mi carácter y descubrí mis capacidades, ayudada por el maestro cojo, Manuel se llamaba, un hombre sencillo y honesto que trató de trasmitir sus conocimientos a los alumnos.

Al otro lado de la calle se encontraba el juego de bolos. Se trataba de una franja de madera insertada en el suelo, en la que unos pequeños orificios alineados permitían colocar los palos. El jugador lanzaba contra los mismos una pesada bola con el objetivo de derribarlos, ganaba cuando los tiraba todos. Era uno de los pocos entretenimientos saludables con que contaban los hombres.

Avanzando por la calle principal, a mano derecha se encontraba una construcción de piedra que hacía las veces de pajar, pertenecía a mi familia que no la necesitaba porque apenas teníamos campo para cultivar, la tenía arrendada don Nicasio. Recuerdo que de niña, junto con otros niños del pueblo, terminada la cosecha, saltábamos del piso superior y nos dejábamos caer sobre la paja. La paja se nos metía por todos los rincones del cuerpo. Más de una vez requerí el auxilio de la abuela para que me ayudara a librarme del malestar que padecía.

El pajar terminaba en una callejuela franqueada por una especie de muro, resto de una muralla procedente de otros tiempos. Ese muro estuvo presente en mi recuerdo casi toda mi juventud, fue testigo directo de unos de los episodios más odiosos de mi vida. La calle conducía a la casa de mi amiga Nati. Enfrente se encontraba el corral donde guardaban las cabras. La calle terminaba donde empezaban las eras en las que se realizaba la trilla.

Siguiendo la calle principal a la derecha estaba y está una casa algo más grande que las demás, la de don Nicasio, el rico del pueblo, representante del Ayuntamiento y amigo de mi padre. Justo

enfrente se encontraba mi casa. Se distinguía de las otras por ser la única que tenía un pequeño balcón de hierro forjado que hacía las delicias de mis hermanas, desde él observaban a los que pasaban por la calle, mientras fingían que arreglaban los geranios.

Junto a la casa de don Nicasio se encontraba la de la señora Jacinta. La casa tenía un patio interior, producto de la transformación de un antiguo corral y en el mismo se encontraba el horno para cocer pan. Una vez a la semana la abuela iba allí para proveer de pan a la familia. Si no estaba en la escuela me gustaba ir con ella, observarla mientras amasaba la harina con levadura y agua.

Ella solía apartar una pequeña porción para que yo la amasara, después daba forma a un panecillo, recargado de adornos que entraba en el horno junto a los otros. Yo esperaba expectante a que el pan se cociese, al fin la abuela abría el horno y con una larga pala iba sacando los panes. Cuando aparecía el mío, saltaba de alegría y pasaba mucho tiempo mirándolo, sin atreverme a tocarlo. Después lo desmigaba y me lo comía despacio ante la mirada complacida de la abuela.

La calle avanzaba en línea recta hasta llegar a un espacio abierto rodeado de casas de piedra, primero sobre terreno llano y luego en pendiente acercándose al monte. En el centro había una fuente con un poderoso caño del que manaba continuamente agua en abundancia. A ambos lados de la fuente, había bancos de piedra que hacían del lugar uno de los más concurridos del pueblo.

A la fuente iba cada día para llenar el botijo, en verano más de una vez, en casa nos gustaba el agua fresca y éramos los pequeños quienes teníamos asignada la labor de llevarla. Las hermanas mayores, en ocasiones, competían con nosotros para ir a llenar el botijo, buscando un motivo para salir a la calle y encontrarse con sus amistades.

En una ocasión escuché en la conversación que mantenía la familia después de la cena, frente a la chimenea, que en uno de los bancos de la plaza había aparecido una chica tendida, estaba muerta por congelación. Se trataba de una chica del pueblo que se había casado la víspera, aún llevaba puesto el traje de boda cuando la encontraron.

Aunque se habló mucho y se hicieron muchas conjeturas al respecto, la verdad de lo ocurrido nunca se supo. El hecho pasó a formar parte de la historia del pueblo y sirvió para que las madres advirtieran a sus hijas de que fueran cuidadosas a la hora de elegir a sus futuros maridos.

Pasada la fuente todavía le quedaba a la calle Real un tramo para alcanzar el final del pueblo. La última casa, en la que apenas destacaba la entrada a un amplio portalón y dos ventanas cuadradas, pertenecía a la viuda de Morales. Vivía con sus tres hijos que parecían estar siempre husmeando, observando a los que pasaban. A mí me producía siempre inquietud pasar por delante de aquella casa, tenía que hacerlo sin remisión para ir a lavar la ropa al río.

Algo más adelante, en la parte izquierda, estaba el lavadero. En el centro la pila de lavar, con entrada y salida de agua procedente del río cercano. Se trataba de un edificio cubierto por un tejado, paredes laterales abiertas que permitían que el aire circulase a sus anchas, solo las esquinas estaban protegidas.

A pesar de todo, el lavadero era muy valorado por las mujeres del pueblo. Permitía realizar la colada en invierno y fomentar las relaciones sociales, allí se ponía una al día de lo sucedido en el pueblo y con frecuencia se creaban lazos de amistad y de rechazo.

Un río caudaloso rodeaba el lavadero. En primavera y verano las vecinas lavaban la ropa, incluidas sábanas y refajos acumulados durante el invierno. Los días soleados ponían las prendas sobre la hierba, cada rato las remojaban con agua para que fueran adquiriendo la blancura perdida durante el invierno.

Recuerdo con agrado esos días de verano en el río. Las más jóvenes inducidas por fuerzas desconocidas abandonábamos las piedras lisas que nos servían de pileta y descalzas, sujetándonos las faldas con las manos, nos metíamos en el río, golpeábamos el agua para salpicar a las otras, alborotábamos dejándonos llevar por nuestros impulsos, así hasta que aparecía alguna de nuestras madres y se recuperaba el sosiego. Participando en esas pequeñas batallas, más de una vez se llevó el río mi pastilla de jabón, mi madre respondía a mi falta de cuidado con un sonoro cachete y la misma frase: “Cuándo te va a

entrar el juicio”.

Siguiendo el cauce del río uno se encontraba con piedras desiguales que sobresalían del agua, colocadas en hilera a modo de puentes que permitían atravesar el mismo. Al otro lado estaban las huertas donde los afortunados vecinos que las poseían cultivaban las verduras y hortalizas que les permitían mejorar su alimentación. A los productos del cerdo podían añadir ensaladas de lechuga, pepino, tomates…; vainas con patatas, coles, acelgas, puerros, pimientos…

Mis padres poseían un pedazo de tierra al otro lado del río, cerca del molino del que desviaban el agua para regar la huerta, la operación era bastante arriesgada, en una ocasión un vecino cayó al agua y fue aplastado por la rueda del molino. Entre el río y la entrada de la huerta había un pequeño prado en el que daba sombra un nogal, la joya de la corona de nuestras posesiones, no había muchos en el pueblo, el nuestro era el más frondoso.

En noviembre cubría el suelo con sus frutos, nueces cubiertas de una piel verde medio podrida de la que las desprendíamos, dentro estaba la cáscara, después el fruto protegido por una telilla que se desprendía con facilidad. Los niños de la familia realizábamos la tarea con diligencia, casi a escondidas para que no nos vieran los curiosos. Eran nuestras nueces y queríamos disfrutar de ellas. Después llegaban las nueces completamente maduras, con su poderosa cáscara y que madre guardaba en el sobrado para disfrutarlas en Navidad, cuando se reunía toda la familia.

Ése era mi mundo, Montoria, un trocito de la montaña alavesa.

FAMILIA DE PAULA (3)

Ocupo el séptimo puesto de una familia de ocho hijos, cuatro chicos y cuatro chicas. Mis padres nacieron en Montoria como todos nosotros. Cuando yo tuve uso de razón y conocí a mi padre, él era maestro de escuela, todos los hombres del pueblo se ganaban la vida trabajando en el campo, unos labraban su propia tierra, otros tenían arrendadas tierras que añadían a la suya para conseguir una cosecha aceptable que posibilitara la manutención de sus familias. Algunos no tenían tierra y trabajaban como braceros para otros.

Nuestra familia poseía algo, la huerta, un pajar, una era y un pedazo de tierra en una ladera. Todo no alcanzaba para mantener la familia. Mi padre cuando se casó era labrador, el mayor de una familia de cinco hijos varones, por lo que enseguida le indujeron a que se buscara una buena mujer y se independizara cuanto antes. Pronto descubrió que lo suyo no era el campo. De continuo sufría pequeños accidentes que le impedían realizar su labor: se cortaba con la hoz, se torcía el pie, se resfriaba con frecuencia como consecuencia de las mojaduras, total, pocos días estaba en condiciones de realizar las labores que la labranza requería. Tenían que sustituirle mi madre y la abuela.

La abuela Francisca que era una mujer con amplias miras a pesar de su escasez de bienes, pensó que su yerno debía de estar destinado a otros menesteres y decidió que fuera maestro de escuela. La abuela tenía unos parientes acomodados en Vitoria y en su casa se alojó mi padre durante sus dos años de estudio de magisterio. La abuela cada semana se acercaba a la capital para llevar huevos recién puestos, quesos de cabra, chorizos, algo de carbón… y compensar así los gastos de manutención del futuro maestro.

La abuela era una mujer muy sabia, no sé a cuántas se le hubiera ocurrido poner a estudiar al yerno que ya tenía tres hijos y afrontar la supervivencia de la familia con tan escasos recursos. Al menos temporalmente, frenó el aumento de la prole. Sabía que el sueldo de

un maestro no daba para mucho, ya entonces se decía: “Pasas más hambre que un maestro de escuela”.

Ser funcionario del estado estaba acompañado por ciertas ventajas como tener derecho a asistencia médica y a veces recibir dádivas de los ricos del pueblo que querían facilitar el aprendizaje de sus vástagos. La abuela se lo propuso y lo consiguió. No fue la única vez que en nuestra familia, en caso de necesidad material, se recurrió a la cultura como medio para mejorar las condiciones de vida de la familia.

Mi niñez estuvo acompañada por la continua presencia de la abuela, mi madre se convirtió en una figura inalcanzable que entraba y salía de mi vida, yo siempre ansiando sus caricias y sonrisas, ella yendo y viniendo acompañada del burro. Su llegada era una fiesta que no duraba mucho, siempre estaba demasiado cansada para poder atender nuestras demandas, decía: “Díselo a la abuela”.

La abuela era la única de la familia que no había nacido en Montoria, era de Ocio, un pueblo también de Álava donde por lo visto había muchas charcas y muchas ranas, y por ello en el pueblo a la abuela la conocían como “la ranera”. Con el tiempo yo pasé de ser la nieta de “la ranera” a “la ranica”. No me gustaba nada, en más de una ocasión me lié a trompazos con algún gracioso que usaba “mi mote”.

Los continuos viajes de mi madre obedecían a la pequeña actividad comercial, casi trueque, que los habitantes de la montaña se veían obligados a realizar para cubrir las necesidades básicas de la familia. Con el burro bordeando el monte, llegaba al pueblo cercano de Baroja y desde allí se dirigía a la tierra de promisión “La Rioja”. En Haro y La Bastida cambiaba los huevos frescos por piezas de tela, los quesos de cabra se los vendía a “los bilbaínos” que disfrutaban allí de sus vacaciones de verano.

Otro de los medios de vida y no el menos importante, era elaborar carbón vegetal para la venta en los largos inviernos. Mi madre era la encargada de recoger la leña, hacer la pila para la carbonera, darla fuego, mantenerla para que no se quemara, recoger el carbón y venderlo. Recuerdo las manos de mi madre con continuos vendajes improvisados.

La mía fue una madre polifacética. Tuvo ocho hijos, todos vivos. No sé si ello fue mérito suficiente para ser la partera del pueblo, lo fue durante mucho tiempo.

Mis hermanas y cuñadas prefirieron dar a luz con la ayuda de la madre o la suegra que ir al hospital o a la partera de la capital. Eso, unido a su amplio conocimiento de hierbas e infusiones, le hizo adquirir fama de poseer poderes y hasta de "bruja". Lo supe más tarde, yo solo recuerdo a una mujer apacible, siempre cansada, dispuesta a acudir a la llamada de cualquiera que se lo solicitara.

Mi hermana mayor Juana era una espléndida moza cuando yo todavía no había abandonado la infancia. La belleza de la hija mayor del maestro era conocida por todos los mozos de la comarca; vecinos de otros pueblos se acercaban los domingos a misa a Montoria para verla salir y entrar. Tuvo muchos pretendientes, le costó decidirse por uno.

Juana era muy buena modista, dedicaba su tiempo, casi al completo, a coser la ropa de la familia; vestidos, blusas, faldas, abrigos, camisones para las mujeres; pantalones, camisas, chalecos, chaquetas, pijamas para los hombres. Recuerdo todavía con ilusión el par de vestidos que me hacía cada año, uno para el Domingo de Ramos, otro para el día de San Miguel, la fiesta del pueblo. Nadie la presionó para que tomara partido, sencillamente lo hizo.

La siguiente por edad era mi hermana María, muy juiciosa y hacendosa. Además de las labores de casa, también le gustaba coser. El puesto de costurera ya estaba ocupado por su hermana mayor, en cuanto llegó a la adolescencia tuvo que trabajar como sirvienta para una familia que tenía muchos hijos y poco dinero, contaba que en aquella casa la comida escaseaba, no así el cariño que ella recibía como si se tratara de una más de la familia.

A mi hermana María la descubrí más tarde, no paraba mucho en casa, aunque me llevaba diez años, hicimos siempre muy buenas migas. Era cariñosa, de risa fácil y juntas nos reíamos de cualquier cosa. A veces despertábamos la curiosidad de nuestros hermanos que se nos quedaban mirando como diciendo: "¿De qué se reirán éstas?" Madre, cómplice de nuestras chanzas, solía ponerlas fin con un "¡chicas, ya vale!"

Mi hermano Justo era el mayor. Estaba orgulloso de ello y asumía con gusto el trabajo en el campo. Lástima que nuestras propiedades no alcanzaran para conformar una casa de labranza.

Justo trabajaba con ahínco, la cosecha no alcanzaba para cubrir nuestras necesidades, no le quedaba más remedio que trabajar como bracero para aportar algo de dinero a la economía familiar. Su gran afición era tocar la guitarra, lo hacía de oído. Su música amenizaba las fiestas del pueblo, eso le hizo ser muy popular entre los jóvenes. Gustaba a las chicas, a las que sin embargo retenía su pobreza. Presentían que a su lado tendrían que afrontar escasez y penuria.

A Justo le seguía mi hermana Asun. La más presumida y coqueta de todas nosotras. Se parecía bastante a Juana en cuanto a encantos y belleza. De carácter suave, su máxima preocupación parecía ser mantener sus rizos en orden y su ropa bien planchada. Atraía a los chicos del entorno, los más prudentes se apartaban al conocerla, no acababan de verla como esposa de labrador.

Asun pasaba largas temporadas fuera del pueblo acompañando a padre durante el curso escolar. Padre nunca consiguió la plaza de maestro de Montoria y tuvo que andar cambiando de pueblo casi cada año, le acompañaba una de sus hijas que le ayudaba con las labores domésticas. Durante años, en Navidad, Semana Santa y verano volvían a casa padre y Asun. Siempre me llamaron la atención el peinado y atuendo de Asun, novedoso para las chicas del pueblo. Padre no se diferenciaba en el vestir de los demás hombres del pueblo en día de fiesta, lo único que a mis ojos le distinguía era el chaleco negro sobre la camisa blanca. Cuando llegaba parecía ansioso por ver su huerta.

Teo seguía en edad a Asun. Era el más alto y bien parecido de todos mis hermanos, posiblemente para compensar su puesto intermedio en el orden familiar. Le recuerdo siempre alegre al volver del campo, dispuesto a conversar con los más pequeños, a jugar con nosotros. Benito y yo solíamos esperarle a la entrada del pueblo impacientes, con él jugábamos a la peonza, a pillarnos, a escondernos.

Recuerdo cuando una tarde de sábado, jugando con Teo al “escondite”, no logramos encontrarle, anocheció y ya nos íbamos

para casa, cuando encontramos a la señora Filomena que nos preguntó:

–¿Qué hacéis aquí tan tarde?

–Buscamos a Teo –contestamos impacientes.

–Le he visto en la taberna.

Teo solía hacernos algunos encargos que cumplíamos a regañadientes. En una ocasión nos pidió que vigiláramos a Sole, la hermana de una de mis amigas, rubia y antipática en mi opinión, por lo visto a él le gustaba. La espiamos y el juego acabó siendo una diversión para nosotros, tanto como la cara de interés que ponía mi hermano cuando le informábamos de nuestras pesquisas.

De Ángel no puedo contar mucho, era algo más joven que Teo, se marchó al convento de niño, con los "Hermanos Salesianos". Su vocación fue un orgullo para la familia, sobre todo para padre, que esperaba que al menos uno de sus vástagos fuera religioso. Oí a la abuela decir conversando con madre que no le parecía mal que Ángel fuera con los frailes, recibiría buena formación y sería una boca menos en casa. Mi madre no dijo nada.

Ángel venía en vacaciones de verano a casa. Al principio yo trataba de acercarme a él para charlar, tal vez jugar. No parecía enterarse de que estaba a su lado, la abuela me decía: "Deja en paz a Ángel, no ves que tiene que hacer sus cosas". No parecían ser las mismas cosas que realizaban mis hermanos, daba largos paseos por el campo, siempre solo, comía con la familia, aunque nunca participaba en las conversaciones. Después de comer se encerraba en su habitación hasta la hora del paseo. Por la tarde acompañaba a padre a la iglesia.

Más joven que yo y el benjamín de la familia era mi hermano Benito. Pasábamos mucho tiempo juntos, fue mi confidente en muchas ocasiones, le comentaba mis dudas sobre las personas, sobre la vida… muchas veces parecía no comprender lo que le decía. Por el contrario, no hacía falta que abriera la boca para que yo supiera lo que le pasaba, si se había peleado con algún chico del pueblo, si le había reñido la abuela, si no había hecho los deberes…

Benito siempre quiso estar a la altura de sus hermanos mayores. Cuando estalló la Guerra Civil, de nada sirvieron los ruegos y llantos de las mujeres de la familia pidiéndole que se quedara, que al menos uno debería permanecer en casa; les siguió atraído por lo desconocido. La maldita guerra lo trastocó todo.

LA ESCUELA (4)

Ese año septiembre fue más caluroso que de costumbre y aunque las horas de luz habían disminuido, las temperaturas eran altas. Yo seguía usando sandalias y el vestido sin mangas que mi hermana mayor me había hecho para el día de San Juan, de color verde fuerte, sencillo, apenas tenía un frunce en la cintura y un par de bolsillos plastones que lo hacían muy práctico.

Había comenzado el curso. Con pereza asistíamos a las clases de don Román sin comprender por qué el sol brillaba con tanta intensidad, invitando a acompañarle e incitando a escapar del encierro al que estábamos sometidos por la disciplina escolar.

Al salir de clase le propuse a mi amigo Constan que fuéramos a coger moras en los matorrales que había por el camino que conducía al río. Constan era mi mejor amigo, teníamos la misma edad, era el hijo pequeño de su familia y al igual que yo, no faltaba nunca a la escuela, a diferencia de otros chicos que tenían que ayudar a sus padres en las labores del campo.

Con Constan pasaba mucho tiempo hablando de lo aprendido en clase, repetíamos la trayectoria de los ríos y montes de España, las provincias, oraciones, canciones, episodios del libro de lectura como la del sabio que recogía hierbas…; competíamos entre nosotros sobre quién recordaba más cosas. Así hasta que oíamos las voces de nuestra madre o hermana avisándonos de que era la hora de comer o de entrar en casa.

Avanzada la niñez, nuestras conversaciones se fueron adentrando en cómo sería nuestro futuro. Yo no tenía claro lo que sería de mí, quería hacer algo distinto a lo que hacían mi madre y mis hermanas, ser maestra no estaría mal, no sabía qué había que hacer para serlo. Constan tenía muy claro que quería ser cura, tenía dos hermanas monjas, pero en su familia, según él, faltaba un cura.

Cuando Constan hablaba de ser cura yo le decía que en ese caso tendría que irse del pueblo y no nos volveríamos a ver. Entonces él se quedaba pensativo y no decía nada, hasta que un día tuvo una idea y dijo:

–Yo seré cura y tú serás mi ama.

A partir de ese día, sabiendo que formaba parte de sus planes, empecé a colaborar con él en sus imitaciones de las acciones del cura cuando celebraba misa. Preparaba pequeños altares en los que nunca faltaban las flores y pañuelos limpios.

Me confesaba con él al igual que lo hacía cada semana con el cura, incluso le besaba la mano y juntos cantábamos canciones litúrgicas.

Antes de iniciar el paseo hacia el río con Constan, se me ocurrió ir a decírselo a mis hermanas, sabía que las encontraría en la iglesia, les tocaba hacer la limpieza. Dejé a Constan a la entrada de la escuela y me dirigí corriendo a la iglesia. Al llegar al pórtico, sentí una fuerza desconocida que me atraía bruscamente, una mano se aferró a mi espalda y me arrastró hacia la parte más oscura, me puso contra la pared. Pronto sentí que la mano recorría mis piernas debajo del vestido, quise gritar y no pude, otra mano me tapaba la boca con fuerza. Frente a mi cara estaba la de Leandro, el chico más alto y fuerte de clase, también el más bruto, el que nunca sabía responder a las preguntas del maestro. Susurró en mi oído:

–Estate quieta Paula. No te voy a hacer nada, solo quiero ver tu pochita. Instintivamente mis dos manos se aferraron a mi falda

Leandro siguió hablando:

–Si no me la enseñas le diré a tu padre que se la enseñas a todos, también a Constan. Aterrada, mirando hacia el techo, me bajé las bragas y dejé que el abusón me contemplara. No debió ser mucho tiempo, se me hizo eterno hasta que le oí decir.

–No tiene pelos. Avísame cuando los tengas. Se marchó y yo me quedé, después de ordenarme la ropa, atenazada contra la pared, sin saber qué hacer. Después rompí a llorar hasta que la voz de Constan me indujo a tomar una decisión. No podía contarle nada y

tampoco podía continuar allí.

–Paula, ¿dónde te has metido?, ¿por qué has tardado tanto?

–fueron sus palabras al verme.

–Mi hermana tenía ganas de hablar y no podía dejarla con la palabra en la boca.

–Tienes la cara sucia, como si hubieras estado llorando.

–Me habrá manchado mi hermana, estaba sudando.

–¿Todavía quieres coger moras? –preguntó Constan indeciso.

–Sí. ¡Vamos! –salí corriendo en dirección al río, aunque en realidad quería huir de allí, de todo lo que me rodeaba.

Dejé de correr al oír que Constan me llamaba, esperé a que llegara junto a mí.

–¿Dónde vas tan corriendo?, parece como si alguien te siguiera.

Después nos pusimos a coger moras, saqué un bote vacío de mi bolsa y traté de concentrarme en la labor. No podía apartar de mi cabeza la figura de Leandro, querría no volver a verle, no tendría más remedio que verle cada día en la escuela. ¿Qué iría contando sobre mí? No quería pensar lo que pasaría si llegara a enterarse mi padre. Me sentía atemorizada y sucia. ¿Tendría que confesarme? No se lo podía decir a nadie, tampoco a Constan.

El bote casi estaba lleno de moras, como en otras ocasiones les añadí algo de azúcar que había cogido en casa. Constan y yo nos sentamos en la ladera cercana al río y las comimos en silencio. No sabría explicar qué impulso me llevó a acercarme todo lo posible a Constan, tal vez buscando su abrazo, él no reaccionó hasta que sintió mi beso en la mejilla y asustado se apartó.

–¿Qué haces Paula? Eso es pecado. Ahora tendré que confesarme.

Confusa y avergonzada cogí mi bolsa y salí corriendo, no paré hasta entrar en mi casa, afortunadamente no encontré a nadie, pasé

mucho tiempo en la oscuridad detrás de las cortinas del balcón. Al día siguiente, en la escuela, Constan me saludó como de costumbre, no parecía acordarse de los sucedido el día anterior.

Recuerdo como si fuera hoy, el día que nos visitó el inspector de Educación. El ruido de la lluvia contra los cristales me tenía bastante desazonada, hoy no debería llover, pensé. Don Román llevaba semanas preparando el encuentro, cuidando de que aprendiéramos las respuestas a las preguntas que a su entender nos podía formular el inspector. Incluso habló con cada una de nuestras familias para que ese día se esmerasen en mandarnos a la escuela bien arreglados, con la ropa de los domingos si fuera menester. Consiguió su objetivo al completo, salvo en el caso de Antonio que se presentó con el pantalón remendado de todos los días, vivía con su abuela y no se ocupaba demasiado de él. Me pareció que don Román se contuvo para no hacer comentarios al respecto.

Yo tenía puesto el vestido blanco de ir a misa, el cuello encañonado estaba demasiado duro. El lazo rosa de la cintura era precioso. A mi hermana le costó bastante tiempo hacer la roseta, quería que estuviera completamente igualada, a la vez que dijo “ya está”, me dio un sonoro beso en la mejilla. Después me ayudó a ponerme los calcetines y los zapatos de charol negro. Me situó frente a ella y rodilla en tierra, me miró complacida al tiempo que decía: “pareces una princesa”.

Para hacer tiempo, don Román nos hizo cantar la tabla de multiplicar, la salve y también una canción monótona que solíamos cantar cuando íbamos de excursión:

“Ahora que vamos despacio,

ahora que vamos despacio,

vamos a contar mentiras, tralará,

vamos a contar mentiras.

Por el mar corren las liebres,

por el mar corren las liebres,

por el monte las sardinas, tralará,

por el monte las sardinas".

Terminamos la canción y el inspector no llegaba. Don Román parecía inquieto, todo su empeño era que para cuando llegara, nos encontrara receptivos y en orden. Despertó nuestro interés el coche negro que paró delante de la puerta de la escuela. Del mismo descendió una pareja, el hombre vestía un traje gris, era más joven que don Román. La mujer, joven también, vestía falda y chaqueta, calzaba zapatos de tacón alto, lo miraba todo con curiosidad, sonreía.

Don Román se dirigió a la puerta para recibirles. El inspector estrechó la mano de nuestro maestro con cordialidad, le presentó a la mujer diciendo: "Lina es una maestra en prácticas, aficionada a las artes escénicas, disfruta actuando para los alumnos y la he propuesto que me acompañara, quitará solemnidad a la visita".

Al entrar los recién llegados, todos nos pusimos en pie. El inspector enseguida tomó las riendas de la situación, nos pidió que nos sentáramos e hizo una breve presentación.

"Me llamo José, como mi padre y como mi abuelo y soy inspector de enseñanza primaria desde hace pocos años. La inspección no implica control ni castigo para nadie, solo que juntos, profesores y alumnos mejoremos los métodos de enseñanza para hacer de vosotros ciudadanos de provecho. Resumiendo, vamos en la misma barca y remando en la misma dirección. Voy a haceros algunas preguntas. Después, Lina tiene preparado un regalo para vosotros".

El inspector fue formulando preguntas sin demasiada dificultad sobre geografía, historia de España, matemáticas… que los alumnos contestamos sin orden determinado. Así pasó un buen rato hasta que dijo: "Ahora necesito que salga a la pizarra un o una valiente para realizar un ejercicio de ortografía". Don Román me miró y no me quedó más remedio que salir. Sentí las miradas de mis compañeros esperando que no les fallase, preocupada esperé las palabras del inspector y me tranquilicé al oírle decir: "Se trata de

escribir la frase: “ahí hay un niño que dice ay”.

La escribí de un tirón, no era la primera vez que lo hacía, al terminar y darme la vuelta, me encontré con la sonrisa complacida de los maestros y los aplausos de mis compañeros.

El inspector me dio como premio un libro, La vuelta al mundo en 80 días de Julio Verne. Volví a mi pupitre y aprovechando que ya no era motivo de atención, ojeé complacida “mi libro”, el único que tenía. En la escuela había libros de los que podía hacer uso, al terminar las clase se quedaban dentro. El libro me acompañó todos los días de mi infancia, guardado en una bolsa de tela, lo leí muchas veces, disfrutaba recordando lo leído mientras lo mantenía entre mis manos.

Después de entregarme el libro, el inspector le dijo a Lina que era su turno. Relató un par de cuentos infantiles con actuación y mímica, lo que provocó que los ánimos se fueran relajando, hasta conseguir que más tarde alguno de mis compañeros contara sus propias historias, haciéndonos reír a todos.

Fue un gran día. Cuando llegué a casa no paré de hablar, contando a la familia lo ocurrido en la escuela, hasta que madre dio por finalizada mi epopeya diciendo: “Paula es hora de acostarse, también mañana es día de escuela”.

FIESTA PATRONAL DE MONTORIA (5)

Aquel año de mi niñez todavía lo recuerdo con emoción. El verano había trascurrido entre paseos al río para pescar cangrejos que entonces eran abundantes, chapuzones entre las piedras que retenían la corriente, juegos en la plaza al atardecer en los que a menudo participaban mis hermanas mayores y algunos mozos que las pretendían. Para congraciarse con nosotras nos traían caramelos y a veces nos invitaban a limonada en casa de la señora Baldomera que hacía a la vez de taberna del pueblo.

La cosecha había sido buena, los más pequeños lo adivinábamos en el ambiente festivo que se organizaba cuando cada día los hombres volvían del campo y al encontrarse con su mujeres las piropeaban, ellas reían con ganas. Mis padres salían a la puerta de casa para participar de la alegría general, por algún motivo mi madre se ruborizaba cuando padre le hablaba al oído.

Los hombres jóvenes se reunían en la taberna, hablaban animadamente de cómo había ido el día de trabajo y, sobre todo, de cómo serían las fiestas de ese año. San Miguel, 29 de septiembre, estaba a la vuelta de la esquina y ellos eran los responsables de la organización. Los chiquillos nos sentábamos en la escalera que bajaba a la taberna y atentamente seguíamos las conversaciones de los mozos. Uno de esos días mi hermano Justo dijo:

–De la música me encargo yo con mi guitarra.

–La verdad es que te tenemos muy oído. Si pudiéramos contratar un acordeonista, el baile atraería a más gente. Vendrían de otros pueblos, habría más ambiente –le rebatió Serafín.

–¿De dónde vamos a sacar el dinero? –fue la pregunta de mi hermano algo mosqueado.

–Vamos con nuestros planes, hablaremos después de dinero. Se me

ocurre que podíamos sacar un novillo o una vaquilla. Serafín era muy aficionado a los toros, se comentaba que le habían visto dar capotazos a alguna vaca brava en fiestas de un pueblo vecino.

–Aquí no tenemos vacas, solo hay bueyes –a las palabras de Justo las acompañó el silencio.

Como era habitual en los encuentros de los mozos se tocaron diferentes temas sin concretar ninguno. Se habló de la cantidad de zurracapote que deberían preparar, el último año había sido escaso. Marcelino recomendó que no se añadiera tanto orujo, su novia se había mareado y vomitó delante de todo el mundo. El comentario provocó las risas y chanzas de los presentes.

Tenían que organizar la competición de bolos, una de las diversiones más celebrada de las fiestas. Habría que darla a conocer en los pueblos cercanos para que participaran el mayor número posible de aficionados. Era importante que lo hiciesen los mejores, de esa manera vendría más gente. El premio podía ser una copa con la fecha y el nombre del pueblo. Alguien apuntó que los participantes podrían pagar una pequeña cantidad para afrontar los gastos.

–Tenemos que decidir quiénes vamos a participar en la ronda de las mozas –dijo Lucas.

–Lo que quieres es ver a tu novia en camisón –comentó Teo guiñándole un ojo, añadiendo–: No creo que el padre nos deje entrar en la casa.

–Su hermano me ha dicho que podemos entrar por la puerta trasera.

Cada año, el día siguiente al de San Miguel por la mañana, aprovechando que la gente del pueblo prolongaba la hora de levantarse de la cama, sobre todo los más jóvenes, era tradición que los mozos entraran en los dormitorios de las chicas y las sacaran a la calle tal como las pillaran vestidas en ese momento, normalmente en camisón.

Las chicas del pueblo que conocían la costumbre dormían con la ropa de calle puesta. Sus padres estaban vigilantes para impedir que

los mozos entraran en la casa. Pocas veces alcanzaban sus propósitos, cuando lo conseguían las víctimas tenía que soportar sus burlas y comentarios.

Raramente una chica del pueblo era sometida a la prueba, solían ser primas y amigas a las que se había invitado a la fiesta, las que padecían la broma. Más de una juró y perjuró que no volvería a aquel pueblo de brutos. También tengo que decir que más de una acabó casada con alguno de aquellos brutos.

En casa, padre nunca permitió esas licencias, aunque mis hermanos lo intentaron. Las amigas que nos visitaron nunca tuvieron que enfrentarse a “la ronda”, en nuestra familia estaban tan protegidas como en la suya propia.

Pronto se extendió la noticia de que los mozos pensaban sacar una vaquilla y contratar un acordeonista para el día de San Miguel. A los hombres no les parecía tan mal lo de la vaquilla, veían un gasto superfluo lo del acordeonista. Las mujeres por el contrario simpatizaban con el acordeonista, no aprobaban el que una vaquilla se pasease por las calles.

Cuando don Nicasio, el rico del pueblo se enteró de las pretensiones de los mozos, se ofreció para facilitar el acordeonista y la vaquilla. Pensó que le vendría bien congraciarse con sus vecinos de cara a las próximas elecciones. Mi padre, como sacristán de la parroquia no aprobaba la decisión de don Nicasio, aunque no se atrevió a decirle nada. La vaquilla le parecía que podía poner en peligro la integridad física de los vecinos, el acordeonista la moral.

El día de San Miguel llegó acompañado de un sol radiante. Apenas pegué ojo la noche anterior, inquieta ante los próximos acontecimientos. Sentí a mi hermana mayor levantarse. El día empezaba a clarear y me dirigí tras ella a la cocina, allí estaba mi vestido nuevo, colocado sobre una silla. Me quedé contemplándolo un buen rato.

El vestido era de color azul cielo. El cuerpo adornado de abundantes bordados, dos cuellos redondos también bordados, mangas abullonadas, falda fruncida con dos bolsillos plastones bordados que a mi entender le daban una gracia especial.

A las doce menos algunos minutos, antes de que tocase la tercera campanada, salí de casa con mis hermanas y madre. Padre hacía rato que lo había hecho para ayudar al cura en los preparativos de la misa. Mis hermanos estarían como era costumbre, cerca de la entrada de la iglesia, esperando la llegada de las mujeres, observándolas a sus anchas. Mi hermana mayor me dio la mano.

Ese día todo parecía distinto. Los vecinos más guapos, los ángeles que acompañaban a la Inmaculada más sonrientes, los cánticos más alegres, incluso padre no desentonó en ninguno de los "quiries". Todo parecía poseer un tono especial, como si alguien se hubiera dedicado a dar una mano de pintura al ambiente.

Al salir de misa se fueron formando pequeños grupos de gente que se saludaba e iniciaba conversaciones similares, interesándose por la salud de los presentes y de los ausentes. La gran atracción eran los forasteros que habían venido a disfrutar de la fiesta y con los que había que quedar bien. Se trataba de agasajarles para que llevaran una buena impresión sobre la hospitalidad y comportamiento de los vecinos del pueblo.

Los niños íbamos de un grupo a otro sin saber cuál era nuestro papel en la improvisada reunión, hasta que alguien nos llamaba:

–¡Paula! ¡Ven aquí! –oí que decía mi madre. Me acerqué un poco sofocada.

–Aquí está la más pequeña de mis hijas. ¡Dale un beso a esta señora! Se trataba de una anciana a la que besé en ambas mejillas, mostrando todo el entusiasmo que me fue posible, tal como mi madre me había enseñado.

–Está muy alta. Se parece mucho a ti –comentó la señora, al tiempo que mi madre me miraba complacida.

Cuando ya pensaba que aquello no terminaría nunca, mi padre dijo:

–Aquí hace mucho calor, ¡vamos a tomar algo fresco donde la Baldomera!

Nuestro grupo inició la marcha por la calle Real hasta llegar a la

plaza de La Fuente donde se encontraba la taberna del pueblo. Los mayores entraron en el local para tomar gaseosas, las mujeres, y zurracapote los hombres. Por el momento, los niños nos dirigimos a la fuente a beber agua fresca. La llamada de nuestra madre desde la puerta de la taberna hizo que nos acercáramos curiosos.

–Hay una sorpresa para vosotros. ¡Pasad!

Intrigados entramos en la taberna, sobre la mesa había un plato de loza blanca repleto de almendras garrapiñadas. Mi amigo Constan las miraba sorprendido, no las había visto nunca. Benito y yo ya las habíamos probado, nuestros hermanos mayores nos las traían cuando iban a las fiestas de otros pueblos. Cogí unas cuantas y le oferté una a Constan diciendo: "¡Prueba!"

La señora Baldomera había tenido una buena idea, era la primera vez que preparaba las almendras garrapiñadas, no serían las mejores pero a nosotros nos supieron a gloria. A partir de ese año nunca faltaron las almendras el día de San Miguel, siempre vino bien algo de dulce para superar las dificultades que se iban presentando.

Madre marchó pronto a casa para preparar la comida. También mis hermanas mayores lo hicieron. En ese tiempo tuve la suerte de ser la pequeña y pude disfrutar un buen rato de los juegos en la plaza. Además de la familia, ese día comimos los tíos que habían venido de Lagrán con sus dos hijos pequeños, una prima carnal de madre que todos los años venía, según decía para ayudar a madre y don Casto, el cura del pueblo, que tras celebrar la misa y la charla con los vecinos, venía a casa para compartir nuestra comida, por algo padre era el sacristán.

Cuando entré en casa junto con mi hermano Benito, ya estaba preparada la mesa pequeña en la que comíamos los niños. Durante el año, la mesa pequeña permanecía debajo de la grande en la que comíamos a diario la familia. Ambas eran de madera, la grande tenía un cajón en el que se guardaba el pan. El día de la fiesta se sacaba la pequeña y se colocaba a la entrada de la cocina, delante de la puerta, para que los niños no dieran demasiada guerra. Todos esperábamos impacientes el día en que nuestros padres considerasen que teníamos edad suficiente para comer en la mesa

grande. A mí me faltaban todavía uno o dos años.

Sobre el mantel de cuadros ya estaban colocados los platos, vasos y cubiertos. En el centro había un generoso plato de aceitunas verdes, lonchas de chorizo de carne magra y una fuente de ensalada rusa. No pude evitar asomarme a la cocina para contemplar la mesa grande que lucía preciosa con la vajilla de los días importantes, el mantel era de lino, el que había bordado mi hermana María y que todo el mundo decía que se trataba de una pieza única.

Me pareció ver sobre la mesa, en los platos cercanos a los sitios principales, donde se sentaban padre y don Casto, jamón y espárragos. Salí de la cocina al oír las palabras de madre:

–Paula, siéntate con los niños y reparte la ensaladilla y lo demás.

Cuando volví a mi sitio, mi hermano y mis primos estaban dando buena cuenta de las aceitunas y del chorizo. Les advertí que no comieran tan deprisa, que comieran también pan y que tendrían que haber esperado a que don Casto bendijera la mesa. En aquel momento todos los presentes se pusieron de pie, incluidos nosotros para escuchar la oración del sacerdote, como de costumbre fue breve, mucho más que la de nuestro padre que cada día aprovechaba la ocasión para hacer un resumen de lo acontecido y echar la reprimenda a quien lo mereciera. Después cortaba el pan en rebanadas con parsimonia, sin tener en cuenta la impaciencia de su familia por empezar a comer.

Repartí la fuente de ensaladilla entre los cuatro. Madre se acercó un par de veces con sonrisa complacida, la segunda nos trajo pollo asado troceado y abundantes patatas fritas. La recibimos entre gritos de alegría y aplausos. Todavía quedaban los bizcochos bañados de crema pastelera y chocolate que habían sido horneados en casa de la señora Jacinta. Una vez más, todos nos pusimos de pie para brindar por “San Miguel”, los hombres con coñac, las mujeres y los niños con un poco de anís. Después se hizo el silencio, apenas interrumpido por el sonido de los cubiertos al tropezar con los platos, mientras paladeábamos nuestras raciones de bizcocho.

Para nosotros había finalizado la comida. Los mayores tomarían café y prolongarían la sobremesa un buen rato hasta la hora de ir a

ver la competición de bolos, en la que participarían mis hermanos mayores. Madre nos dijo que podíamos ir a jugar, deseosa de poder empezar a recoger la vajilla. Benito y el primo corrieron a la calle a jugar a las chapas. Mi prima y yo nos sentamos en la escalera del portal y tuvimos una larga conversación sobre la ropa que llevaban por la mañana las chicas del pueblo, cómo nos iba en la escuela y hasta de los chicos que nos gustaban.

Avanzada la tarde seguimos a los hombres de casa hasta el juego de bolos donde se iba a celebrar la competición. Cuando llegamos nos encontramos con grupos de forasteros que nos miraban con curiosidad, oí a alguno decir: “Es la familia del maestro, faltan las mujeres”. La señora Baldomera tuvo la buena idea de acercar al lugar gaseosas que se mantenían frescas en un balde de cinc lleno de hielo. Sobre una mesa de cocina había colocado varios recipientes de cristal que contenían limonada. Me senté junto a mi hermano y mis primos en el suelo, pronto se nos añadió mi amigo Constan. Nos colocamos en la parte derecha de donde se situaban los participantes en la partida de bolos y al tiempo de que no perdíamos detalle de lo que sucedía, degustábamos la gaseosa que nos había comprado Teo.

Aplaudíamos con ganas las jugadas de Justo y Teo. Sin embargo no ganaron, ganó un chico forastero al que más tarde vi bailando con mi hermana María.

Todos los vecinos del pueblo esperábamos expectantes el segundo día de fiesta, con temor las madres y abuelas porque creían que era peligroso que una vaquilla se pasease a su libre albedrío por las calles del pueblo; impacientes los aficionados a los toros y los niños.

Nada más clarear el día se empezaron a oír voces en la calle, me levanté, bajé a la cocina y me encontré con mis hermanos desayunando, preparándose para afrontar un día que prometía ser emocionante. Disfruté con su entusiasmo, dispuesta a seguirles donde fuera. Me dijeron que a la vaquilla la darían suelta a las ocho de la mañana, y que hasta entonces era mejor que permaneciera en casa.

Antes de las ocho me dirigí a la plaza de La Fuente junto con Benito y mis primos. Nos situamos detrás de las barreras que habían

colocado los mozos para señalar la ruta. La vaquilla estaba retenida en el juego de bolos, la dieron suelta a la hora prevista. Pronto oímos la algarabía que producían los mozos que venían delante por la calle Real. Los vimos llegar hasta nosotros, algunos aprovecharon los parapetos para protegerse.

Al fin llegó la vaquilla a la plaza, no era muy grande pero se movía con mucha agilidad. Era de color marrón claro, con una gran mancha blanca en la barriga, para mí la más bonita que había visto. Se quedó parada un momento, algo llamó su atención y corrió atravesando la barrera, cerca de donde nos encontrábamos. Corrimos despavoridos.

No sé lo que pasó, una fuerza desconocida me impulsó hacia arriba, se hacía realidad uno de mis sueños, volar como un pájaro o como una bruja de cuento, después algo se me interpuso y se hizo la oscuridad.

La voz de don Saturnino, el médico rural de nuestra comarca, me devolvió a la realidad, me palmeaba la mejilla al tiempo que decía:

–Paula ¿me oyes?

–¿Qué ha pasado? –respondí.

–La vaquilla te ha volteado, afortunadamente, has caído en la hierba.

Vi las caras sosegadas de mi familia y a madre dando gracias a Dios y a don Saturnino por haberme devuelto la conciencia. Tuve que estar dos días sin moverme de la cama por indicación de don Saturnino, para prevenir una posible recaída. Para mí, la fiesta había terminado. Madre no paraba de decir que ella ya sabía que la vaquilla nos iba a traer alguna desgracia. Ella estuvo mucho tiempo a mi lado.

PAULA Y SUS HERMANAS (6)

Estábamos sentados en el banco de piedra que había junto a la pared del juego de bolos, Benito, Constan y yo, cuando vimos pasar un carromato que portaba un bulto, cubierto por lo que parecía ser una manta de borra. Intrigados corrimos tras él y para nuestra sorpresa se paró delante de casa. Del mismo se bajó un hombre que no era desconocido para nosotros, se trataba de un vecino de Peñacerrada que hizo sonar la aldaba de casa repetidamente. Vi asomarse a madre a la ventana y decir: "¡Juana, la máquina ya está aquí!"

Juana, mi hermana la mayor, cosía la ropa para toda la familia. La abuela la inició en el arte de la aguja, fue la maestra del pueblo la que completó su formación. De sus conocimientos nos beneficiábamos toda la familia. Mis hermanos y padre vestían pantalones de buen corte. Mis hermanas, por su sencilla elegancia, se convirtieron en modelos a seguir por las demás chicas del pueblo. Yo, la más joven de la familia, era la que llevaba los modelos más atrevidos, faldas pantalón, acampanadas, al bies, tableadas, escotes barco, cuello bobo, talle caído, talle alto, manga abullonada. Me sentía el centro de las miradas de las mujeres que admiraban en mí el buen hacer de mi hermana.

Mi hermana Juana cosía las prendas a mano, las demás la ayudábamos en lo que podíamos, para mí era una fiesta cuando nos juntábamos todas las mujeres de la familia para coser alguna prenda que urgía. Madre hilvanaba, María planchaba, Asun pasaba marcas, yo sobrehilaba y Juana coordinaba el trabajo de todas.

Cuando agotábamos los comentarios sobre las noticias del pueblo, seguíamos con juegos de adivinanza sobre quién se casaría y con quién; contábamos chistes, poníamos motes a los conocidos y terminábamos cantando a voz en grito canciones de moda que alarmaban a padre cuando estaba. Pronto se asomaba a la cocina para recordarnos que era hora de rezar el rosario. No nos

resistíamos a su sugerencia, el rosario no impedía que nuestra imaginación trabajase, el “ora pro nobis” la incentivaba.

Uno de esos días Juana comentó que su amiga Amalia tenía una máquina de coser y que le había ofrecido que fuera a su casa cuando quisiera. Madre enseguida preguntó:

–¿Qué es lo que hace esa máquina?

–Cuando ya está hilvanada la prenda, une las telas con mucha rapidez, se ahorra bastante tiempo.

A partir de ese día, Juana iba una vez por semana, generalmente los jueves, a casa de Amalia para utilizar la máquina de coser según conviniera a las prendas que estaba realizando. Mi hermana aprovechaba la tarde al máximo, hasta el punto que mi madre, casi cada jueves repetía la misma frase: “Paula, vete donde Amalia y dile a tu hermana que la estamos esperando para cenar”.

Al principio iba contenta a buscar a mi hermana, me gustaba verla coser con la máquina, hacía dar vueltas a la rueda del cabezal con la mano y la aguja se deslizaba sobre la tela con rapidez, dejando una costura uniforme. Amalia vivía en la plaza, algo más arriba de la señora Baldomera, la que llevaba la taberna del pueblo.

Cuando mi hermana y yo volvíamos a casa, salvo que fuera verano, ya había anochecido. Al pasar por delante de la taberna me llamaba la atención la luz y las voces que salían de ella, mi hermana inexorable decía: “¡Vamos! ¡No te quedes mirando!”

Uno de los días que fui a buscar a mi hermana, cerca de la taberna topé de frente con un chico que hasta ese momento había pasado totalmente inadvertido para mí: se trataba del hijo más pequeño de la viuda de Morales, Rufino. Su presencia me produjo un fuerte rechazo, sentí miedo, era como si quisiera mirarme y no pudiera, era repulsivo. Sus palabras cayeron sobre mí como una maldición:

–Paula, te estás poniendo muy buena y ya va siendo hora de que te preste atención.

Corrí despavorida al tiempo que él trataba de agarrarme, solo

alcanzó a levantarme la falda. Cuando llegué a casa de Amalia, me recibió su madre.

–¿Has venido corriendo? ¿Pasa algo? Se te ve muy sofocada –me preguntó extrañada.

Subí hasta la habitación de la costura, Amalia y mi hermana interrumpieron la labor, sus miradas se dirigieron a mí y casi al unísono dijeron:

–¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes la cara tan roja?

–No me pasa nada –respondí con un hilo de voz.

–Si no quieres contarlo no lo hagas. Esta cría está en la edad del pavo –fueron los comentarios de mi hermana mientras reanudaba la tarea.

No dije a nadie lo sucedido ese día. ¿Qué hubieran pensado? Mi hermana seguramente hubiera dicho que yo era la culpable por quedarme parada ante la taberna. No volví a pasar sola por delante de ella, prefería dar un buen rodeo antes de hacerlo, era todo lo que yo podía hacer para evitar encuentros desagradables.

Una de las tardes que estaba con mis hermanas en la cocina, hablando como de costumbre sobre los mozos del pueblo, salieron a colación los hijos de la viuda Morales, fue Asun la que dijo:

–Qué poca suerte ha tenido esa mujer con los hijos: el mayor un bruto, el mediano un flojo que no sirve para trabajar y el pequeño que parece el más espabilado, huraño y bizco. La va tocar atenderles de por vida.

–No te fíes, tienen mucha hacienda y un buen pasar, ya dice el refrán que “nunca falta un roto para un descosido” –sentenció Juana.

Yo las escuchaba con atención, disimulando mi interés me atreví a preguntar:

–¿Qué es eso de huraño y bizco?

–Explícaselo Asun, tú que tienes palabras para todo –dijo mi hermana María con sorna.

–Huraño para mí es alguien desconfiado, poco de fiar. Supongo que ya te habrás dado cuenta que Rufino es bizco, que cuando te mira cada ojo va en distinta dirección.

No dije nada, Rufino era bizco, por lo visto no era solo a mí a quien producía incomodidad su forma de mirar.

Cuando Benito, Constan y yo llegamos a casa, madre y Juana estaban en la puerta contemplando el bulto que todavía estaba en el carromato, algunos vecinos se habían concentrado alrededor para examinar el curioso vehículo y su mercancía. El conductor descendió del mismo y pidió ayuda para trasladar la carga al interior de la casa. Vi que Rufino se adelantaba y la levantaba con decisión. Los chicos y yo les seguimos hasta la cocina con el fin de ver cuanto antes el contenido de la misma.

Al entrar en la cocina, madre y Juana estaban liberando el bulto de la manta que lo envolvía, a la vista de todos se presentó una flamante máquina de coser como jamás había visto. El cabezal plateado brillaba con intensidad, atrayendo nuestras miradas. Hasta entonces la única máquina de coser que yo había visto era la de Amalia que descansaba sobre una mesa, ésta tenía su propia mesa, cajones, una base de hierro pintada de negro y hasta un pedal. Pronto comprobé que el pedal servía para activar el movimiento de la misma. Según decía Juana, el pedal era mucho más cómodo que la manivela de la máquina de Amalia y hacía la costura con mayor rapidez.

Mientras contemplábamos la máquina me olvidé de la presencia de Rufino, pronto sentí cerca de mi oreja el calor que producía la respiración de alguien, no tuve que volver la cabeza para saber de quién se trataba, era como si esa persona quisiera asomarse por mi hombro para ver lo que sucedía en nuestra cocina. Me quedé paralizada, madre que se encontraba enfrente debió adivinar algo cuando dijo:

–Rufino, creo que tu madre te está llamando. Enseguida sentí la liberación de mi espalda.

De niña disfrutaba mucho cuando estaba acompañada de mis hermanas mayores mientras realizaban labores en la cocina.

Aquella tarde de mayo, la abuela había ido al rosario, mis hermanas cosían delantales, repasaban pantalones, zurcían calcetines. Yo las observaba fingiendo leer el libro de oraciones de padre. Hablaban de sus cosas sin preocuparles mi presencia.

–Juana, pareces como ausente ¿no estarás enamorada? –oí decir a María.

–No seas sinsorga ¿de quién voy a estar enamorada en este pueblo?

–Ya sabemos que en el pueblo no hay chicos que te hagan "tilín". Ella tan guapa, tan hacendosa, tan elegante… Elías también es del pueblo aunque viva en Barcelona.

–Por cierto, va a venir unos días de vacaciones –interrumpió Juana.

–¿Cómo lo sabes?

–Me ha escrito.

–O sea que os estáis escribiendo y no nos habías dicho nada.

–Os lo estoy diciendo, espero que no vayáis pregonándolo por ahí.

–¿Lo pueden saber madre y la abuela?

–Ya se lo diré yo –dijo Juana con determinación.

Asun sacó del calcetín que estaba zurciendo el huevo de madera y lo colocó en el cesto de la costura, miró a sus hermanas al tiempo que decía: "Me voy a poner a planchar". Se levantó, movió la mesa de la cocina para separarla de la pared y colocó sobre ella la manta de la plancha. Pareció darse cuenta de que le faltaba lo más importante, la plancha.

La misma se encontraba sobre la repisa de la chimenea. Siempre estaba allí, cualquiera podría pensar que se trataba de un elemento decorativo. Era de hierro fundido, con orificios estratégicos a ambos lados. Aparentaba ser una caja con uno de sus lados terminado en

punta como la proa de un barco. Sobre la tapa destacaba un mango de madera que hacía adivinar cuál era su función. Nunca había llamado mi atención como aquella tarde.

Asun se agachó junto al hogar, levantó la tapa de la plancha, fue cogiendo brasas con la tenaza y las introdujo dentro. Así hasta que no cabían más. Dejó la plancha en el hogar para que se calentara. Mis hermanas seguían conversando.

–¿Qué habrá sido de Rosaura? Parece que no se la ve por Peñacerrada –oí decir a Asun.

–Lo de siempre, volverá dentro de un tiempo como si no hubiera pasado nada –respondió Juana.

–¿Y el niño?

–Se quedará en la inclusa como tantos.

–Creo que yo no podría consentir eso.

–Obligada te veas. Ya sabes que la madre de Rosaura vino a ver a madre, según dijo para que la ayudara.

–¿Cómo la iba a ayudar madre? –dijo Asun alarmada.

–Debió de pensar que como ayuda a todo el mundo en los partos, también sabría hacer algo para interrumpirlos.

–¡Qué torpe! ¡No conoce a madre! ¡No lo haría ni por sus hijas!

–Por sus hijas menos. Ya se preocupa ella de vigilarnos de noche y de día.

No entendí nada de lo que hablaban. Asun cogió la plancha del hogar y la colocó en el soporte de hierro que había colocado anteriormente sobre la mesa.

Fue sacando piezas de ropa del cesto en que se colocaba después de lavada. Primero planchó las bragas y calzoncillos, después los refajos y sayas, blusas, camisas, faldas y pantalones. Lo hacía de manera metódica, manteniendo un ritmo que me tenía fascinada y

atenta. En determinado momento mi mirada tropezó con la suya, me mantuve en suspenso esperando sus palabras.

–Paula, trae el traje de comunión del dormitorio, lo voy a planchar para que lo tengas listo para el domingo –salí de mi ensimismamiento e hice lo que me mandaba.

Volví con el vestido blanco de organdí que me habían prestado para mi comunión, pertenecía a una de mis primas mayores. El vestido no estaba mal, yo hubiese querido tener el mío propio pero no tuve más remedio que conformarme. Cuando entré en la cocina dejé el vestido sobre la mesa y pareció que ello despertó el interés de mis hermanas.

–Paula ¿ya te has confesado con don Fulgencio? –me preguntó Juana.

–Sí, ayer –contesté esperando que mi respuesta fuera suficiente para satisfacer su curiosidad.

–¿Qué le has contado? Ya le has dicho que eres bastante desobediente y que nos haces sisa cuando te mandamos a los recados.

–La confesión es un secreto –dije poniéndome a la defensiva.

–¿No te ha preguntado si te tocas? –ahora fue Asun la que intervino. No pude evitar ponerme colorada. Hubiese querido que mis hermanas me aclarasen la pregunta. No me atreví a pedírselo y me quedé con la duda de si se trataba de lo que sospechaba y que hasta entonces nunca se me había ocurrido pensar, que fuera un “horrible pecado”.

–No te preocupes Paula, a todas nos han preguntado lo mismo –fueron las palabras de María dando por finalizado el asunto.

Una exclamación de dolor de Asun hizo que nuestras miradas se dirigieran a ella. Una pequeña ascua de la plancha había caído sobre el vestido de comunión, Asun la apartó tan rápido como pudo. Se quemó en los dedos índice y corazón. María se los hizo introducir en agua fresca, después les aplicó un ungüento que

preparaba madre para las quemaduras y se los vendó con cuidado. Por fin dijo:

–Ya sigo yo con el vestido.

Sobre la tela blanca apareció un pequeño agujero con los bordes negros que despertó nuestra alarma. Mis hermanas se miraban entre sí mientras yo veía cómo se arruinaba el día de mi comunión. María dio vuelta al vestido para examinar las costuras, la oí decir:

–Tiene bastante tela en las costuras, creo que se podrá arreglar. Cortaré un pedazo de una de ellas y taparé el agujero con un repaso fino.

–Se verá el repaso –interrumpí casi llorando.

–No se verá, lo taparán los frunces –dijo María con decisión. La miré esperanzada.

–Estate tranquila Paula, cuando María dice que el vestido tiene arreglo es porque lo tiene. Nuestra hermanita vale mucho –fueron las palabras de Juana.

María se puso manos a la obra, yo observé expectante cada uno de sus movimientos, el vestido quedó casi perfecto. Después de planchado, con sus puños y escote encañonados, nadie pudo adivinar lo ocurrido.

DÍA DE COLADA (7)

Uno de los días más complejos de mi vida fue aquél de 1933, cuando apenas cumplidos los quince años me disponía a realizar la tarea encomendada por mi madre, de víspera me encargó que hiciera la colada de la ropa interior de la familia. Ella tenía que ir a Haro por lo que tendría que hacerla sola.

Puse en el balde la bolsa en la que metíamos las mudas sucias semanales, el jabón, el añil y la tabla de lavar. Lo apoyé en mi cadera debajo del brazo, lo sujeté con la mano y antes de las ocho de la mañana salí de casa. A pesar de que la primavera estaba avanzada hacía frío. Dejé el balde en el portal y subí de nuevo a mi habitación a por una chaqueta de lana.

El río no estaba lejos, a la salida del pueblo. Entré en el lavadero, llené el balde de agua y fui introduciendo las piezas de ropa al tiempo que las restregaba con la pastilla de jabón, tal como había visto hacerlo a mi madre. Con ello pretendía que se ablandara la suciedad y poder realizar la labor de manera más fácil.

Después me acerqué al río dispuesta a iniciar la tarea, fue al colocar la tabla de lavar cuando llamó mi atención un bulto que flotaba en el agua y se movía conducido por la corriente del río. Parecía que los matorrales de la orilla impedían su desplazamiento. Intrigada pasé a la otra orilla aprovechando las piedras que sobresalían de la corriente. Me acerqué a lo que en principio parecía un fardo y quedé horrorizada al comprobar que se trataba de un hombre, tenía la cabeza y parte del cuerpo cubierto por un saco, las piernas se movían inducidas por el agua.

Lo único que se me ocurrió fue correr a casa para contar lo que había encontrado. En casa solo estaban Juana, mi hermana mayor, padre no se encontraba en el pueblo, ejercía de maestro en un pueblo cercano. Subí la escalera de casa al tiempo que llamaba a mi hermana que me recibió en lo alto de la misma.

–¿Qué pasa Paula? ¿Por qué gritas de esa manera?

–Juana, hay un hombre metido en un saco que está flotando en el río.

–Tú ves visiones –dijo Juana incrédula.

–¡Ven a verlo! No son visiones.

Juana se puso una chaqueta y juntas fuimos al río. Yo iba delante para mostrar a mi hermana el lugar exacto del hallazgo. El hombre se encontraba en el mismo sitio. Juana decidida trató de darle la vuelta para verle de frente, horrorizada dijo: ¡Vámonos!

Seguí a mi hermana que parecía tener alas. Al llegar al portal se paró para esperar a que llegara, me dijo:

–Entra en casa y espérame. Vuelvo enseguida.

La vi atravesar la calle y dirigirse a casa de don Nicasio. Poco después salió éste y abandonó el pueblo a caballo.

Juana tardó bastante en volver, cuando al fin lo hizo dijo que la gente del pueblo estaba muy alborotada, haciendo todo tipo de comentarios sobre la identidad del muerto al que por el momento nadie había visto el rostro. Una pareja de la Guardia Civil que casualmente se encontraba de ronda por los alrededores, impedía que la gente se acercara al río a la espera de la llegada de más efectivos.

La noticia corrió como la pólvora. Al enterarse de lo sucedido, los hombres abandonaron las labores del campo antes que de costumbre para volver al pueblo. Desde la ventana de la cocina veía las idas y venidas de la gente. También madre volvió, me hizo muchas preguntas sobre lo sucedido. Mis respuestas no parecían tranquilizarla, con su brazo derecho me apretaba contra sí, al tiempo que observaba con atención mi cara. Así estuvimos largo rato.

Justo, Teo y Benito llegaron juntos. Benito había estado en la escuela, don Román prolongó el horario habitual para que los alumnos se mantuvieran alejados del suceso. Ese día comimos todos

juntos, en ausencia de padre, madre bendijo la mesa y no pudo evitar las preguntas y comentarios de la familia. Justo dirigiéndose a mí preguntó:

–¿Es verdad lo que dicen por ahí de que tú encontraste al muerto?

–Al menos ha sido la primera en decirlo –contestó madre, impidiendo mi intervención. Todos comprendieron su deseo de protegerme.

–Parece que se trata del criado de don Emilio, Rafita, el Mariquita. Le han ahorcado después de cortarle el pene –continuó diciendo Justo. Madre le pidió que se callara y así lo hizo.

Yo no había entendido las palabras de mi hermano pero no me atreví a preguntar. Había visto algunas veces a Rafita cuando bajaba a hacer algún recado a Peñacerrada. Trabajaba en la cantina que hacía las veces de ultramarinos, alpargatería y posada. Vivía con don Emilio desde que llegó al pueblo siendo un niño, no se sabía si como pariente lejano o como criado. Se le veía realizar todo tipo de trabajos, atender a los clientes, servir cañas de vino, las labores domésticas…

El tiempo lo fue transformando en un hombre de facciones delicadas, mirada esquiva como la del que siempre teme algo. Solo con los niños se mostraba confiado, dándoles algún caramelo cuando iban a comprar.

En las visitas a la cantina había intercambiado cortas conversaciones con él, siempre relacionadas con mis peinados, con detalles de mi indumentaria o sobre lo que se llevaba esa temporada. Una de las veces me regaló una cinta para el pelo. Todo el mundo menos yo parecía saber que era un “mariquita”.

Nada más terminar de comer, oímos sonar la aldaba de la puerta. No era frecuente, la puerta estaba siempre abierta y los visitantes subían directamente a la cocina. La segunda vez que llamaron bajó Justo al portal y volvió con gesto serio, sus palabras fueron:

–Es una pareja de la Guardia Civil, quieren hablar con Paula.

–¿Por qué con Paula? –preguntó madre alarmada.

–Es la que ha encontrado el cadáver.

Madre me cogió de la mano sin decir nada y me condujo hacia la escalera. Abajo encontramos a los guardias civiles dentro del portal.

Al vernos nos saludaron a su manera, levantando la mano derecha hasta tocarse la sien, querían hablar conmigo. Dirigiéndose a mi madre le preguntaron si yo era Paula, dijo que sí y si podía estar presente mientras me interrogaban, alegando que yo era muy tímida.

Los guardias respondieron que no había ningún problema, admitían la presencia de madre para que yo me sintiera más confiada y dispuesta a colaborar. Sus preguntas fueron fáciles de responder, formuladas por el guardia de más edad.

–¿A qué hora has salido de casa esta mañana? ¿Te has encontrado con alguien durante el camino? ¿Cómo has descubierto el cadáver?

Haciendo memoria recordé que antes de abrir la puerta de casa, oí ruido como si pasara un carro de bueyes por la calle. Después subí de nuevo a mi habitación para coger una chaqueta. Cuando salí a la calle, el carro se había alejado demasiado como para poder ver quién lo conducía. El guardia más joven que parecía anotar mis palabras, levantó la cabeza y me preguntó:

–¿El carro iba hacia el río o salía del pueblo?

–Salía del pueblo –respondí sin dudar.

–¿Qué hiciste al descubrir el cadáver?

–Volví a casa para decírselo a mi hermana. Fue entonces cuando vino a mi mente el balde con la ropa que había dejado junto al río por la mañana, no pude evitar una exclamación de estupor.

–¡Jesús! Se me ha olvidado traer el balde.

Madre miró confusa a los guardias, uno de ellos dijo:

–No se preocupe señora, el balde lo tenemos nosotros, se lo traeremos enseguida. Después nos dieron las gracias y se despidieron. El balde con la ropa lo trajo un rato después el hermano de Constan.

Tras lo ocurrido en el río, una palabra que revoloteaba en mi mente, pugnaba por ser descubierta. El muerto era "mariquita" había dicho mi hermano. ¿Qué era eso? Primero pregunté a Constan que resultó ser tan ignorante como yo. Una tarde después de comer, mientras recogía los cacharros en la cocina, le pregunté a mi hermana Juana y tuve su respuesta.

–Son hombres distintos, les gustan los hombres.

–¿Qué quieres decir con distintos? ¿Cómo son de distintos? –pregunté de nuevo, intuyendo que estaba a punto de descubrir un gran misterio.

–Son raros, les gusta ponerse pañuelos de colores al cuello, sombrero aunque no sean ricos, tienen poca barba, no tienen novia. A veces imitan a las mujeres…

Apareció en mi mente el rostro de Rafita. Nunca le vi los pañuelos ni sombreros, mucha barba no tenía. Me hubiera gustado que mi hermana fuera más precisa en la respuesta, no me atreví a seguir preguntando. Me pareció que estaba haciendo un gran esfuerzo por quedar bien ante mí y que sus conocimientos sobre el tema no daban para más.

Con Constan comentamos las averiguaciones que había realizado sobre los "mariquitas". Me dijo que él le había preguntado a su hermano mayor y que su respuesta había sido que eran lo mismo que los "maricas" y "maricones". Sugirió que lo mejor era que le preguntáramos a don Román, el maestro del pueblo.

Así lo hicimos un jueves por la tarde que lo encontramos paseando por el camino del bosque.

–¿Qué tal chicos? Desde que dejasteis la escuela nos vemos poco. ¿Cómo os va la vida? –nos preguntó afectuoso.

–Así, así. Nos quejábamos de tener que madrugar para ir a la escuela, pero aquello era más divertido –respondí en nombre de los dos.

–Podéis venir cuando queráis. Paula, he oído que fuiste tú la que descubriste el cadáver en el río, te darías un buen susto.

–La verdad es que sí. A propósito don Román, igual nos aclara usted a qué llama la gente un "mariquita". Con toda naturalidad nos dijo:

–La palabra correcta es "homosexual". Creo que tenéis suficiente edad como para saber de qué se trata. En la naturaleza y también entre los seres humanos, nacen individuos que se sienten atraídos por personas del mismo sexo. El hecho se da entre hombres y también entre mujeres. La gente usa términos despectivos para calificarlos como marica o maricón. Son palabras que habréis escuchado muy a menudo como un insulto, hace referencia a los homosexuales. A menudo esas personas están dotadas de una sensibilidad especial para las artes. Entre ellas ha habido grandes poetas, músicos, actores… También personas comunes que en ningún caso merecen desprecio.

Constan y yo nos quedamos pensativos. Luego me atreví a preguntar:

–Si tuviéramos un amigo "homosexual", sería más amigo de Constan que mío.

–La amistad y el sexo son cosas diferentes. Podríais ser amigos los tres y por lo tanto sinceros entre vosotros. Practicar sexo es un acto de voluntad entre personas, que no está determinado por el género del individuo.

No hicimos más preguntas. Despedimos a don Román con el respeto que nos merecía, conscientes de que ya sabíamos más sobre la "homosexualidad" que el resto de nuestros vecinos.

MAESTRO Y RECOLECTOR (8)

Saboreábamos en silencio la rica purrusalda que había preparado madre. Sentados a la mesa nos encontrábamos toda la familia, faltaban Ángel que ya estaba en el Seminario y padre que ese curso estaba en Pipaón. Era una noche de domingo de finales de octubre. Madre levantó la cabeza, apoyó la cuchara en el plato y la oímos decir:

–Este año las patatas han salido como a mí me gustan medianas y harinosas.

–Lo nuestro nos han costado –afirmó Justo.

Todos asentimos y seguimos con la tarea de vaciar nuestros platos de puerros, patatas y rastros de bacalao. Era nuestro plato preferido para la cena. La cosecha de patatas ese año se había convertido en una ardua misión, de algún modo todos habíamos colaborado para alcanzar el éxito.

Padre tenía un huerto junto al río que era nuestro más preciado bien, a pesar de ser bastante sombrío debido a que lo rodeaban los montes, los productos del mismo eran variados y sabrosos. Nos permitía hacer nuestra dieta alimenticia más apetitosa. Pocos de nuestros vecinos podían degustar como nosotros lechugas, tomates, pepinos, caparrones frescos, acelgas, berzas, puerros…

El trabajo del huerto lo realizaba padre cuando estaba de vacaciones de su principal ocupación, maestro nacional. En su ausencia, entre todos procurábamos que las plantas se mantuvieran en condiciones a base de riego, desbroce de maleza y tratando de evitar cualquier circunstancia que pusiera en peligro su supervivencia.

Aquel abril, Benito y yo a menudo acompañábamos a madre al huerto. Como iban alargando las tardes, aprovechábamos la luz

para remover la tierra de las plantas que empezaban a sobresalir del suelo. Uno de esos días, al llegar al huerto, nos encontramos con algo desconocido, al menos para nosotros. Junto a las plantas, había pequeños montículos situados de manera regular, como si alguien se hubiera dedicado a construirlos con una precisa herramienta. Madre se alarmó, se sujetó la cabeza con las manos y dijo: “Esto van a ser los topos”.

–Madre, ¿qué topos? –preguntamos Benito y yo a coro, mientras la mirábamos expectantes.

–Son como ratones sin ojos que escarban la tierra y se comen las raíces de las plantas. ¡Todo el año trabajando para recoger patatas y ahora aparecen estos bichos y se va todo a hacer puñetas!

Pocas veces había visto a madre tan enfadada. Yo me asusté, sabía lo que era un ratón y tuve la sensación de que aquellos topos trepaban por mis piernas. Sentí alivio cuando madre nos dijo:

–¡Iros a buscar a vuestro hermano Justo! Sabíamos dónde encontrarle, le habíamos dejado en casa, limpiando la cuadra. Allí seguía cuando llegamos. Se tomó la noticia con tranquilidad, cogió una azada y juntos volvimos al huerto.

Encontramos a madre cavando afanosamente. Justo dirigiéndose a ella dijo: “Deje eso, ya lo hago yo”. La substituyó en la tarea. Los tres nos quedamos mirándole, Benito y yo bastante intrigados.

–¿Por qué destroza Justo las plantas de las patatas?

–Han sido los topos los que se han comido las patatas. Justo trata de atrapar a los autores, descubriendo sus madrigueras.

–¡Traed agua del río para inundar la topera! –era Justo el que gritaba dirigiéndose a nosotros. Benito y yo cogimos el balde de dos asas y fuimos al río. Cuando volvimos, Justo echó el agua en el agujero del suelo y siguió cavando. Descubrió la larga galería excavada por el topo.

Madre observaba inquieta, al fin Justo exclamó “¡aquí está!” Le vimos dar un golpe certero con la azada y ante nuestros ojos

apareció el agresor de nuestras patatas, parecía un ratoncillo inofensivo. Un par de filas de nuestras plantas habían quedado destruidas. Madre se lamentó: “Tanto trabajar para que estos bichos nos arruinen la cosecha”.

Mediado junio padre volvió a casa de vacaciones. Entonces él se ocupó del huerto. Benito y yo, que también estábamos de vacaciones, le acompañábamos y le ayudábamos a regar.

Hacía surcos cercanos a las plantas y a ellos dirigía el agua de la acequia. Entrado el verano le ayudábamos a recoger los frutos, primero las acelgas y los caparrones verdes, luego pepinos, tomates, pimientos… Los caparrones formaban parte de nuestro menú diario durante el verano, con la excepción del domingo en el que casi siempre comíamos arroz con algo de chorizo y magro de cerdo.

Al atardecer llegaba el mejor momento de la jornada. Padre, Benito y yo, sentados debajo del nogal, saboreábamos la merienda que madre nos había puesto en la cesta, casi siempre bacalao seco remojado en aceite y aceitunas. Cuando los había, cogíamos algún tomate y lo comíamos añadiéndole un poco de sal. Era el momento de las confidencias. Benito y yo contábamos nuestras cosas, esperando siempre algún comentario de padre que raramente hacía. A menudo le preguntamos que por qué no podía ser el maestro de nuestro pueblo. Nos daba explicaciones sobre plazas y funcionarios que nunca entendimos.

Uno de esos días al llegar al huerto, vimos cómo padre se echaba las manos a la cabeza y profería exclamaciones que al principio no entendimos. Padre nunca empleaba palabras gruesas, mucho menos blasfemias, debía estar muy enfadado porque dijo: “¡Me cago en los demonios! ¡Lo que faltaba!

–¿Qué pasa padre? –preguntó Benito.

–¡Mirad esto! –dijo al tiempo que nos mostraba el revés de la hoja de una planta de patata. Intrigados, dirigimos nuestra mirada hacia donde señalaba el dedo de padre. Pronto descubrimos el motivo de su enfado.

–Es una mariquita –dije al ver el insecto. A mi entender no

justificaba el enfado de padre, el pequeño insecto abombado, de vivos colores que tan familiar me era. En más de una ocasión, uno igual había recorrido el contorno de mis dedos sin causarme molestias, solo un ligero cosquilleo.

–No es una mariquita, es el escarabajo de la patata –rebatió padre.

Pronto descubrí que las plantas estaban invadidas por los escarabajos, ya no me parecieron tan inofensivos.

–¿Qué vamos a hacer, padre?

–Si no queremos quedarnos sin patatas, tenemos que eliminarlos.

–¿Cómo lo haremos? –padre no contestó, le vimos cómo iba separando los bichos de las plantas, los acumulaba en el hueco de la mano izquierda. Cuando no cabían más, hacía un agujero en el suelo, depositaba los escarabajos y los cubría con tierra. Benito y yo nos dispusimos a imitarle. Tardamos varios días en acabar con la plaga.

A pesar de los topos, la pedrisca, los escarabajos y la lumbalgia de padre, el guiso de purrusalda estaba delicioso. Al terminar nos miramos satisfechos, solo la ausencia de padre empañó el momento.

Quiero recordar que fue un domingo de primavera, después de haber asistido a misa, cuando vi a mi padre delante de la puerta de casa, parecía estar esperando a alguien, todavía llevaba puesto el traje de los domingos. Al acercarme me preguntó si había visto a don Fulgencio, el párroco del pueblo. Le dije que no y él pareció inquietarse. Le oí hablar con don Nicasio.

–¿Dónde se ha quedado don Fulgencio?

–Ha marchado a Villafría, le han llamado para asistir a un viático.

Padre sin decir nada entró en casa y subió a la cocina donde se encontraba madre, la dijo que dejara el revuelto de perretxikos para la comida. Madre preguntó si no iba a venir don Fulgencio y tuvo que conformarse con el gesto decepcionado de su marido a modo de respuesta, parecía decepcionado por no poder compartir los perretxikos con el párroco.

Cada domingo, después de la misa, don Fulgencio venía a almorzar a casa. El almuerzo solía consistir en un par de huevos acompañados por un buen trozo de chorizo. Para él nunca faltaba, yo le miraba con envidia. Ese día padre quería sorprenderle con un revuelto de perrechicos.

El día anterior le vi llegar muy satisfecho con una pequeña cesta de mimbre cubierta con un paño. Le seguí hasta la cocina intrigada por el contenido de la misma. La colocó sobre la mesa, levantó el paño y aparecieron unas cuantas setas de formas redondeadas, muy blancas que despedían un olor como a pan recién cocido con mezcla de hierbabuena, el conjunto resultaba agradable. Madre sorprendida preguntó:

–¿Dónde has cogido esto?

–Es un secreto que no puedo descubrir ni a mi mujer.

–Creo no equivocarme si te digo que las has cogido por la mina. Las veo cuando voy a hacer carbón.

Padre no dijo ni sí ni no, solo que quería sorprender a don Fulgencio con un almuerzo a base de revuelto de perretxikos.

En ese tiempo en casa solo estaba la mayor de mis hermanas, Juana; María y Asun estaban sirviendo en otros pueblos. De los hermanos faltaba Ángel que seguía en el convento. Ese día los eché en falta como nunca, lamenté que no pudieran disfrutar de aquella comida de domingo. Estábamos padre y madre, Juana, Justo, Teo, Benito y yo.

Madre, antes del arroz con magro, sacó a la mesa un dorado revuelto de perretxikos cuyo aroma nos hizo rememorar la arcadia feliz, de esa manera pretendía confirmar su existencia. Fue ella la que interrumpiendo el momento mágico, rompió con la rutina de servir una mayor porción a padre y repartió equitativamente el manjar entre todos los presentes.

Todos observábamos atentos los movimientos de madre, cuando terminó, dijo satisfecha: ¡A comer! Casi al unísono, haciendo muy poco ruido al coger un poco de pan de nuestra rebanada y levantar

el tenedor, saboreamos el contenido de nuestro plato. Al terminar y levantar la cabeza, me encontré con las miradas curiosas y a la vez satisfechas de los miembros de mi familia. Nos mirábamos unos a otros sin mediar palabra, incluso padre parecía satisfecho, madre le miró como diciendo: “Deberíamos agradecer al moribundo que haya impedido que viniera don Fulgencio a almorzar”.

Siempre tuve la impresión de que aquellos perretxikos, hicieron descubrir a mi padre la importancia de compartir con su familia los escasos momentos de placer que la vida nos proporcionaba. Sus hijos sabían apreciarlos tanto como él y tenían el mismo derecho. A partir de ese día, el tiempo de la comida fue mucho más placentero, hablábamos, bromeábamos y escuchábamos con agrado las sugerencias de padre.

Por la tarde, después de la siesta, padre nos propuso a Benito y a mí que le acompañáramos a dar un paseo por el monte. Benito, un par de años más joven que yo, pareció sorprendido sin saber qué decir, no era habitual semejante invitación por su parte, solo se le ocurrió decir:

–Iré a preguntar a madre.

–No hace falta que le preguntes, ya le he dicho si quería venir con nosotros y me ha dicho que tiene que dar de comer a las gallinas. Seguro que prefiere hacer lo de todos los domingos, jugar a las cartas con las vecinas.

Yo pregunté a padre si podía venir Constan, a lo que respondió que sí, que al pasar por su casa le llamaríamos. Madre nos puso en la cesta algo de comer y la bota de vino. Destacaba un buen pedazo de hogaza y el tazón de aceitunas. Lo cubrió todo con un paño blanco sobre el que colocó nuestras chaquetas de lana.

Padre salió de casa llevando la cesta en una mano y en la otra la cachava terminada en punta metálica. Decía que cuando se iba al monte era conveniente llevar una consistente cachava, que lo mismo servía para protegerse de la dificultad del camino como de alguna alimaña. En cuanto tenía ocasión recogía varas de fresno que limpiaba con su navaja y nos las ofrecía para facilitarnos la subida. Recuerdo que alguna vez la vara le sirvió para darnos algún azote

por no hacer el uso adecuado de ella, cuando la empleábamos para hacer tropezar al compañero o para empujarle.

Constan nos esperaba delante de su casa, se quedó cohibido al ver que padre nos acompañaba, yo le dije:

–Vamos al monte con la merienda.

–Constan dile a tu madre que vienes con nosotros, que te dé una cachava si tiene y algo de ropa de abrigo, merienda ya llevamos – fueron las palabras de padre para animar a Constan a que nos acompañara. Pronto apareció su madre curiosa.

–Parece que vamos de excursión señor Juan, la verdad es que hace una tarde muy buena, también a mí me gustaría acompañarles.

Seguido entró en la casa y volvió con un pedazo de pan, un pequeño tarro de miel y la chaqueta de Constan. Dirigiéndose a padre dijo: “Que pasen buena tarde”, “que no le den mucha guerra los críos”.

Constan, Benito, padre y yo iniciamos la marcha dirigiéndonos hacia la salida del pueblo. Al principio el camino era llano, después se hizo pendiente, aunque suavizado por el fluir del río en el lado izquierdo. El sonido del agua llamaba nuestra atención a cada rato. Siempre nos sorprendía salvando pequeños desniveles de piedra que producían pequeñas cascadas. Nos atraía el contemplar desde el borde peces que nadaban en los remansos. La voz de padre nos invitaba a continuar, con la promesa de que arriba nos esperaban muchas más sorpresas.

Algo se movió en la maleza, un intenso revoloteo llamó nuestra atención, un pájaro tropezó con nosotros al levantar el vuelo, quedamos paralizados por un momento, nuestras miradas se dirigieron hacia los arbustos que se encontraban cerca del río, de los cuales procedían los trinos intensos que llamaron nuestra atención. Padre interrumpió el ascenso y se acercó a nosotros para contemplar nuestro descubrimiento, se trataba de un pajarillo de largo cuello que parecía encontrarse en apuros. Padre dijo:

–¡No lo toquéis! Es un gorrión que está aprendiendo a volar. Pronto

vendrá la madre para ayudarlo a elevarse hasta una rama cercana.

–Podemos esperarla y ver cómo lo hace –pregunté intrigada.

–Está bien, tenemos que alejarnos para que no se asuste. Así lo hicimos. La madre vino, transportó al pajarillo hasta lo alto de un árbol. El pajarillo inició de nuevo el vuelo y cayó cerca de donde lo habíamos encontrado. Volvió a ser ayudado por la madre, así hasta que consiguió tomar altura y desapareció de nuestra vista.

–Bueno, ya habéis comprobado cómo todo requiere un aprendizaje y nada se consigue sin esfuerzo. Ahora sigamos con nuestro paseo o no llegaremos nunca.

Iniciamos la marcha en silencio, absortos en nuestros pensamientos. No sé los demás, yo tuve la sensación de haber descubierto un secreto muy valioso sobre los pájaros: compartíamos el mismo espacio. Lo pronunciado de la pendiente me hizo sudar y jadear, tuve que pararme, me quedé la última, vi cómo mi hermano Benito miraba para atrás y se reía. No me importaba, continué a mi ritmo.

Al poco rato los que iban delante se pararon. Pensé que me estaban esperando y me dio un poco de vergüenza. Al acercarme descubrí que el motivo de su parada era otro, padre estaba ante un pequeño arroyo alimentado por un chorro de agua procedente de un rudimentario caño. El agua era de color rojizo, parecía sucia. Al llegar me dijo:

–Paula, ven aquí, bebe un poco de este agua, te vas a sentir mejor. Me ofreció el vaso de aluminio con el que ya habían bebido los demás.

–El agua está sucia –dije rechazándola.

–Es ferruginosa, es muy buena para la salud, da energía. ¡Anda bebe! –cogí el vaso y bebí con cierta prevención, tenía un sabor fuerte como a huevos podridos, no dije nada, no quería decepcionarle. Me senté junto a mi padre y los chicos, todos estábamos cansados.

Después de un rato, padre bebió otro vaso de agua, cogió la cachava

e inició el ascenso invitándonos a seguirle. Lo hicimos con cierta desgana, para animarnos dijo:

–¡Vamos! Ya queda poco.

Una media hora después llegamos a una superficie llana cubierta de hierba, estaba protegida por los montes que la rodeaban, algunas rocas rompían la uniformidad. Nos dirigimos hacia ellas y allí colocó padre la cesta, nuestras chaquetas y la cachava. Nos dijo: "Vamos a coger manzanilla".

–¿Dónde está la manzanilla? –pregunté intrigada. Madre nos daba una taza de manzanilla cuando teníamos dolor de barriga, nunca hubiese adivinado de dónde procedía su sabor amargo cuando no tenía azúcar. Padre me sacó de la duda.

–Paula, la estás pisando. Son esas flores blancas que parecen chiribitas. Coge una y huélela, te recordará a algo conocido.

Padre se quitó la boina y empezó a coger flores y ponerlas en su interior, los demás le imitamos. Cuando la boina estuvo rebosante de flores de manzanilla, padre la puso sobre el mantel que cubría la merienda. Repetimos la operación varias veces, empezó a caer la tarde y entonces padre dijo: "Va siendo hora de merendar".

Animados nos dirigimos al lugar donde habíamos dejado la cesta y para nuestra sorpresa había desaparecido. Los tres miramos a padre, él parecía tranquilo. "Esto es obra de algún gracioso" le oí decir.

Un rato después y cuando nos estábamos resignando ante la pérdida de nuestra merienda, apareció por detrás de unas rocas Faustino, el pastor de ovejas que trabajaba para don Nicasio. Tenía fama de bromista, a los niños nos solía hacer pequeños regalos de figuritas de madera talladas por él, algún silbo, peonzas… No tenía familia y se esmeraba en ganarse el cariño de los demás. Vi cómo mi hermano Benito se acercó a él para recibir su abrazo.

–¡Vaya susto que nos has dado Faustino!

–No deberíais haber dejado la cesta abandonada. Lo mismo os podía haber comido la merienda cualquier animal, una oveja sin ir más

lejos. Decidido a no dejarnos solos, Nicasio se sentó al abrigo de la roca, sacó del zurrón media hogaza y un pedazo de queso de oveja, aportamos lo nuestro, aceitunas y miel. Pronto se acercó el perro de Faustino, Chuspi y como si de una persona se tratara, le oímos a Faustino decirle: "Toma un pedazo de pan y vete a vigilar que no se alejen demasiado las ovejas". El perro obedeció.

Faustino quiso saber qué tal nos había ido la tarde, con detalle le contamos nuestros descubrimientos, mientras él sonreía complacido.

Una vez agotadas nuestras provisiones, que padre y Faustino acompañaron con frecuentes tientos a la bota, Faustino dijo que quería enseñarnos algo. Le seguimos intrigados, nos acercamos al rebaño, vimos cómo Chuspi mantenía a las ovejas en círculo, vigilando que no se distanciaran unas de otras.

Llamó nuestra atención una oveja que parecía tener ocho patas, cuatro más pequeñas, enseguida descubrimos que pertenecían a un cordero al que amamantaba la madre. Nuestra intención fue acercarnos.

–No alborotéis. A nadie nos gusta que nos interrumpan mientras estamos comiendo –dijo Faustino para impedir que les molestáramos.

Los observamos a cierta distancia durante un buen rato. Al fin el cordero satisfecho asomó la cabeza. Era casi por completo blanco. Faustino lo cogió en brazos y me lo ofreció. Sentí cómo mi corazón latía de manera acelerada, lo cogí con mucho cuidado, el cordero parecía inquieto, advertí la mirada suplicante de la oveja e hice lo que ella parecía estar pidiendo, se lo devolví a Faustino y con ello todos recuperamos la calma.

–Yo también quiero coger el cordero –dijo Benito.

–Tú no puedes, no es un juguete –fue la respuesta tajante de Faustino.

Empezaba a anochecer cuando iniciamos el retorno a casa. Faustino y su rebaño nos acompañaron. Caminábamos entre las ovejas, sentía

la suavidad de su lana rozándome las piernas. A veces, mi mano se posaba sobre la cabeza de una de ellas para acariciarla.

En una curva del camino encontré a la abuela de pie, era como transparente, sonreía complacida.

–Abuela, ¿no te habías muerto?

–Hija, no del todo, solo cuando tú quieras. La abuela desapareció, sentí mucha tranquilidad.

Padre y Faustino iban delante hablando de sus cosas. Detrás Constan y Benito jugaban a esquivar las ovejas, yo me reía cuando alguno tropezaba. Llegamos a Montoria de noche, la luna y las luciérnagas, junto con el sonido de los cencerros nos acompañaban. Padre se paró para comprobar que estábamos todos. Nuestras miradas se encontraron, le sentí más cercano que nunca cuando dijo:

–Ha sido una bonita tarde de primavera.

MONTORIA MÁGICA (9)

Al volver por la tarde de la escuela encontré a madre en la calle bastante alterada, buscaba algo.

–¡Paula! ¿No has visto por ahí alguna gallina de las nuestras? Faltan dos.

–¿Las ha contado bien madre? No es la primera vez que se equivoca.

–Las he contado seis veces. Esto solo puede ser obra de alguien y creo saber de quién se trata, seguro que Violeta anda por medio – dijo madre con convicción.

Violeta era la matrona de una familia de gitanos que visitaban el pueblo cada año. Solían pasar una larga temporada entre el final del invierno y principio de primavera. Cuando el frío arreciaba, llegaban al pueblo en su carromato y se instalaban en el pajar abandonado que había junto al juego de bolos. Los vecinos del pueblo se habían acostumbrado a su presencia. La mayoría confraternizaban con ellos, mantenían relaciones de buena vecindad, les suministraban leña y alimentos a cambio de pequeños trabajos que los gitanos realizaban con esmero. Era costumbre esperar su llegada para reparar calderos, afilar cuchillos y realizar otras chapuzas caseras.

Al atardecer, los “gitanos” recibían con agrado la visita de los “payos” para compartir chascarrillos, canciones y juegos que aliviaban el tedio de las largas noches de invierno. Madre y la señora Violeta tenían muy buena relación, como de amigas. Más de una vez compartía yo esos encuentros, en los que para pasar el rato la señora Violeta me leía las rayas de la mano. Siempre me decía cosas bonitas, como que iba a tener una larga vida, que iba a tener un marido guapo y rico y que iba a vivir como una reina. Lo hacía para complacer a madre que escuchaba sonriente, después cogía mi

mano tratando de reafirmar los buenos deseos de su compañera.

En esta ocasión, madre no fue tan complaciente con la señora Violeta. Convencida de que la gitana tenía algo que ver con la desaparición de sus gallinas, se dirigió al pajar, seguida de cerca por mí. Al entrar, nuestras narices se impregnaron del olor del caldo recién hecho. Vi enfurecer a madre y un grito desaforado salió de su garganta.

–¡Violeta! ¡Devuélveme mis gallinas!

Se presentó ante nosotras la señora Violeta aparentando tranquilidad, simplemente dijo que no le iba a ser posible devolver las gallinas, eso sí, estaba dispuesta a compensar a su dueña con media docena de cestos que tejería en cuanto mejorase el tiempo y pudiera proveerse de juncos en el río. Madre contestó enfadada que no necesitaba sus cestos. La señora Violeta zalamera se acercó a nosotras y atusó mi pelo con su mano, hablando muy quedo dijo:

–Tienes una joya de niña. ¿Ya has descubierto lo que tiene debajo de la lengua? ¿Dejarás que te acompañe la próxima vez a Urkiza?

–No te metas donde no te llaman –respondió madre enfadada–. ¡Vamos! Aquí no tenemos nada que hacer. Me agarró de la mano con decisión y juntas volvimos a casa. Le pregunté qué había dicho la gitana sobre mi lengua, pero madre no respondió. Cuando le conté lo sucedido a mi hermana, sencillamente contestó que entre las mujeres de la familia era frecuente que algunas nacieran con un pequeño sapo gravado debajo de la lengua, yo era una de ellas.

–¿Qué significa eso? –pregunté intrigada.

–Se supone que posees cualidades que debes aprender a utilizar y ya va siendo hora.

Las explicaciones de mi hermana me dejaron bastante confusa, su sentido lo descubrí algún tiempo después. Una mañana del mes de abril, sorprendí a Juana hablando con madre en la cocina.

–¿Vas a ir esta noche a Urkiza? –preguntó mi hermana.

–Sí –dijo madre.

–¿Llevarás a Paula esta vez?

–No insistas, es demasiado joven para asumir la responsabilidad.

–Cuanto antes se inicie, mejor para todos.

Ese mismo día al anochecer, madre vino a buscarme al pórtico de la iglesia, donde nos reuníamos los niños del pueblo cuando el tiempo era propicio. Dijo que teníamos que hacer un viaje. Me sorprendieron sus palabras, me intrigaba la idea de un viaje a esa hora del día y al mismo tiempo me atraía. Hasta entonces, el viaje más largo que había realizado había sido al pueblo vecino, Peñacerrada.

Seguí a madre hasta nuestra casa. Ya tenía preparada una cesta con algunas cosas de comer y prendas de abrigo. Me dijo que me pusiera las botas que solía llevar al monte, según ella teníamos que andar bastante. Cuando salimos ya era noche profunda, la luna llena nos iluminaba. Madre hizo algo poco usual, me ató una cuerda a la muñeca, del otro extremo se amarró ella misma, dijo que no quería perderme.

De esa guisa caminamos por la carretera que atravesaba el bosque, por primera vez en mi vida me pareció amenazante. De noche también el bosque se sosegaba, nosotras interrumpíamos su sueño. Me pareció que ojos curiosos nos observaban, se lo dije a madre, no le dio importancia, según ella podría tratarse de alguna lechuza. Los sonidos eran diversos, uno sobresalía sobre los demás, el del “cuco”. El cuco y las luciérnagas nos acompañaron durante el camino.

Antes de que terminase el bosque, abandonamos la carretera por un camino bordeado de robles que se encontraba en el lado derecho. Muchas veces había pasado por allí para ir a Peñacerrada y nunca había reparado en la existencia del camino. Madre me cogió de la mano y juntas caminamos mucho rato hasta llegar a una amplia explanada, me sorprendió que hubiera tanta luz.

–Madre, ¿dónde estamos?

–Estamos en Urkiza, donde se supone que se reúnen las brujas. Vamos a acercarnos.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, pude ver las hogueras que daban al lugar un aspecto singular, estaba impresionada pero no temerosa. Alrededor de las mismas había personas sentadas, más tarde descubrí que la mayoría eran mujeres. Madre me condujo hacia la fuente, cerca de ella había un corro amplio de mujeres que parecían conocer a madre, nos invitaron a sentarnos con ellas.

Madre me presentó diciendo: “Es mi hija Paula que pronto será una de nosotras”. Todas aplaudieron al tiempo que daban gritos semejantes a los aullidos del lobo. Se levantaron para abrazarnos y felicitar a madre entusiasmadas. Sin entender del todo lo que pasaba, lejos de asustarme me distraje tratando de imitar su grito liberador.

Madre colocó la cesta delante y fue sacando su contenido: una tortilla de patata cubierta de pimientos verdes, aceitunas, sardinillas en aceite, peras y manzanas. Comimos de todo con apetito. Procurando que no me oyeran las demás, le hacía preguntas que ella me respondía hablando muy quedo. Así me enteré de que las mujeres formaban círculos de acuerdo con su especialidad: herbolarias, curanderas, sanadoras del mal de amores, reparadoras de miembros y articulaciones…

El círculo al que pertenecía madre era el de las “parteras”. Mi madre era la partera del pueblo, lo supe de siempre. Las mujeres encintas frecuentaban nuestra casa cuando estaba madre para recibir sus consejos. Sin proponérmelo, escuchaba frases sueltas como que no comieran demasiado tocino, que realizaran paseos tranquilos, que la llamaran cuando rompieran aguas… Ellas querían saber si lo que venía iba a ser chico o chica, madre tenía una teoría que parecía funcionar, una barriga alta anunciaba la llegada de un varón, de lo contrario sería una hembra.

Nadie me explicó cómo venían los humanos a este mundo, con apenas siete años una tarde madre me dijo que la acompañara a la cuadra para ayudar a la cabra a parir. Confiada lo hice. Hacía tiempo que nuestra única cabra tenía un bulto en la barriga, ahora estaba inquieta y berreaba. Madre la acarició entre los cuernos y me pidió que cuando se agachase me abrazara a su cuello. Así permanecí bastante tiempo, sin poder ver lo que sucedía detrás, hasta que oí decir a madre: “Ya está, Paula ya puedes soltarla”.

Lo hice, fui a ver lo que había ocurrido, en medio de un charco de sangre había un cabritillo tambaleante al que su madre limpiaba con intensos lametones. Pronto se puso a mamar de las ubres de su madre. Mientras contemplaba a ambos, madre trajo paja limpia y lo cubrió todo, no quedó ni rastro de lo sucedido, solo que había un ocupante más en nuestra cuadra. Madre satisfecha me dijo: “Paula, ya podemos irnos, éstos están mejor solos”. Al subir a la cocina madre preparó chocolate.

Las mujeres de nuestro círculo comían y hablaban, una preguntó a madre:

–¿Recomiendas la mandrágora para aliviar los dolores del parto?

–No, nunca. La mandrágora calma el dolor pero reduce la fuerza muscular, necesaria para que la madre expulse la criatura. Recomiendo la mandrágora para aliviar dolores de muelas, cabeza, musculares… –mientras hablaba madre, todas escuchaban con atención y respeto. Esa noche descubrí que madre además de ser la mujer resignada que trabajaba en el monte haciendo carbón y que proveía a su familia de alimentos, ropa y cariño, era una experta partera, cuya opinión y métodos eran muy valorados por las otras. Seguía con sus razonamientos:

–A las parturientas les digo que se sosieguen tanto como puedan y que respiren profundamente. Las ayudo a base de masajes y conversación, eso las tranquiliza.

Una de las presentes comentó haber oído que en Francia se estaba practicando por los médicos una operación que consistía en abrir el vientre de la madre para sacar al niño, según ella, cuando había dificultades para que naciera de manera natural. Nadie parecía saber nada al respecto.

De repente se oyó ruido de tambores, suave al principio, con el tiempo alcanzó gran intensidad, tratando de llamar la atención de las presentes. Asustada, en voz baja pregunté: “¿Qué pasa? En el mismo tono, madre me dijo: “Va a empezar la ceremonia de iniciación”.

En el centro de la pradera había una elevación del terreno y sobre

él alguien había construido un círculo de fuego. En el mismo iban penetrando mujeres jóvenes vestidas de blanco, coronas de flores adornaban sus cabezas. Dentro se cogían de las manos y se movían armoniosamente formando un corro, al mismo tiempo entonaban una canción de la que solo pude entender alguna frase:

“Madre naturaleza, estamos aquí para servirte

el poder, si a bien tienes otorgárnoslo,

lo usaremos para beneficio de nuestro semejante

maldícenos si así no lo hiciéramos”.

Las jóvenes siguieron cantando hasta que se consumió el círculo de fuego. Luego abandonaron el lugar y fueron a sentarse entre sus compañeras que las recibían con alegría. Las conversaciones se prolongaron largas horas. Posiblemente desperté al oír decir a madre: “Paula, tenemos que volver a casa”. Madre y yo llegamos a Montoria cuando amanecía.

Aquella noche de primavera la recordaré siempre. Descubrir mi condición, me permitiría asumir la vida con decisión, sabiéndome capaz de afrontar cualquier situación por muy difícil que fuera y en ello continúo.

MATANZA DEL CERDO (10)

Gritaba tanto como mis pulmones me lo permitían, al mismo tiempo me tapaba los oídos con ambas manos para no oír los chillidos desesperados del cerdo. Estaba sola en la cocina, no veía lo que sucedía en el portal, me lo figuraba.

Los días anteriores había sido testigo de diferentes preparativos que anunciaban lo que iba a suceder hoy. No era la primera vez que había padecido un día de matanza, siempre lo vivía con desazón y angustia. Recordaba el día lejano en que tuve conciencia de que en nuestra cuadra había un cerdo. Me acercaba a la cochinera y le observaba entre los barrotes de madera, trataba de provocar su atención, imposible, era el animal más indiferente de todos, siempre concentrado en sus asuntos. Le veía pasearse los días soleados por el prado que había detrás de casa y al que tenía acceso por la puerta de la cuadra.

Con el tiempo me trasmitió su desapego y no volví a ocuparme de él, hasta que oí sus chillidos desesperados una mañana de invierno. Cada año se repetía la situación y para mí era siempre el mismo cerdo el que cercenaba mi cabeza con sus chillidos. En mi imaginación aparecía su cabeza sanguinolenta suplicando ayuda. Mi familia también se había acostumbrado a mis gritos histéricos y no me pedían que les ayudara en la tarea.

En los días más fríos del invierno, padre interrumpía su trabajo de maestro en alguna escuela de un pueblo cercano y durante una semana volvía a casa para colaborar con las labores de la matanza. Había que concertar el día adecuado con el matarife, un vecino de Peñacerrada experto en esas líderes, solía aconsejar que se tratara de un día soleado en el que hubiera helado por la mañana y a poder ser fuera cuarto menguante, según él se obtenía carne más consistente.

Días antes le vi a padre afilando los cuchillos y limpiando diferentes

utensilios que servirían para sacrificar al animal. Aunque no decía nada, me impresionaban aquellos artilugios que me hacían compadecerle.

Esos días era frecuente que me despertara en medio de la noche y gritara, los codazos de mi hermana me devolvían a la realidad.

La víspera, escuché parte de la conversación que mantenían mis hermanos con padre, les decía que el cerdo pesaba trece arrobas. Debía ser bastante, parecían satisfechos por la cantidad de magro y tocino que se podría obtener.

A la mañana temprano vinieron a desayunar con nosotros el señor Rosendo, primo lejano de padre, su hijo Primi, el que siempre ganaba en las competiciones de fuerza, tenía fama de bruto, el señor Nicasio, el vecino de enfrente, lo suyo era sobre todo organizar y mandar. Algo más tarde llegó el matarife, frotándose las manos dijo: “Menudo frío hace ahí fuera, ha caído una buena helada”. Madre le acercó un rebosante plato de sopas de ajo. Completaron el desayuno un par de copas de aguardiente que padre guardaba para las ocasiones.

Todos bajaron al portal, incluido mi hermano Benito. Madre dijo dirigiéndose a mi: “Quédate aquí. Cuida del fuego”.

Llevaba bastante tiempo sentada en el banco de madera que había frente a la lumbre. Hacía rato que no chillaba el cerdo. Me levanté y fui hacia la escalera para ver si me enteraba de lo que pasaba abajo. Una intensa humareda me hizo retroceder, volví a la cocina y abrí la ventana, no ventilaba lo suficiente, se llenó todo de humo. Debían estar chamuscando la piel del cerdo.

Volví a sentarme en el banco y traté de entretenerme contando las ascuas de la lumbre. Sentí un picoteo sobre mi hombro y alguien me dijo al oído: “Paula ¡Vámonos de aquí!” El que me hablaba era un pájaro, parecía un mirlo, lo sabía porque lo había visto retratado en la enciclopedia de la escuela, le seguí y ambos salimos por la ventana. Me sentí flotar en el aire, desde arriba veía los tejados de mi pueblo, cada vez más lejanos a medida que tomaba altura. Mi compañero me precedía, volábamos sobre bosques, prados y poblaciones. Montoria quedaba atrás.

Desde arriba todos los pueblos se parecían; solo se diferenciaban por el número de sus campanarios. Uno significaba que solo había un templo como en Montoria; dos, tres, cuatro… se trataban de unas villas, de una ciudad. Volábamos sobre una amplia extensión de construcciones perfectamente alineadas, sobresalían diversas torres, tenía que tratarse de una capital. Nunca pensé viajar a la capital de esta manera.

Nos cruzamos con pájaros de otras especies que nos saludaban con trinos, gorjeos y graznidos. Mi compañero inició un descenso vertiginoso. Le seguí, presentí el peligro, miré hacia atrás y vi cómo se nos acercaba un ave de poderosas garras. Avancé tan rápido como pude, mi compañero descendió buscando la protección de la ciudad, nos acercamos a una zona de arbolado, la rapaz pareció intimidarse por el núcleo urbano y abandonó la persecución. Me posé en la rama de un fresno junto a mi compañero, unos persistentes trinos llamaron mi atención, cuatro boquitas abiertas sobresalían de un nido, me hablaron: "¡Mamá estamos hambrientos!"

–¡Paula, haz algo! ¡Ayuda a tu hermano a revolver la sangre! – madre entró en la cocina portando un balde con la sangre del cerdo, ayudada por Benito. Fingí no oírla, me desperecé y permanecí inmóvil mientras mi hermano removía la sangre con un cucharón.

Después, entró mi hermano Justo en la cocina, tenía un aspecto lamentable. La cara cubierta por una mezcla de tizne y sudor, la ropa mojada de agua y sangre, estaba repugnante. En su mano traía el rabo del cerdo, me lo ofreció, lo rechacé con desdén. Decepcionado dijo: "Si tú no lo quieres, alguien lo querrá". Lo dejó sobre la mesa de la cocina y se volvió a marchar.

Benito interrumpió su tarea, cogió el rabo del cerdo y se puso a mordisquearlo con entusiasmo. Madre le dijo: "No deberías de comer eso, hay que esperar a que el veterinario analice la carne". A Benito no pareció importarle el razonamiento de madre y siguió comiendo con entusiasmo.

Al mediodía ya supimos que la carne cumplía los requisitos exigidos por Sanidad. Madre y mis hermanas fueron al río portando las entrañas del animal que servirían para elaborar los chorizos y

morcillas que nos servirían de alimento durante todo el año. Debía de tratarse de un trabajo desagradable, el estómago y las tripas estaban llenos de porquería. Para bien o para mal, nunca tuve que realizar semejante tarea.

Padre entró en la cocina portando un trozo de carne alargado que colocó con cuidado sobre una fuente de barro. Sacó un largo cuchillo del cajón de la cocina, lo afiló cuidadosamente y de manera precisa lo cortó en filetes. Observé atentamente la actuación de padre, los filetes alineados en el plato tenían muy buen aspecto.

Mi impresión se confirmó cuando a la hora de comer, después de la sopa elaborada con las vísceras del cerdo, madre puso sobre la mesa una fuente con los filetes fritos. Todos los comensales, entre los que se encontraban nuestro vecinos y el matarife, coincidimos en afirmar que la carne estaba deliciosa. Pensé que tal vez había sido excesivo mi enfado con la familia.

Por la tarde comenzaron las labores de preparación de los ingredientes que componen las morcillas. Madre puso a cocer arroz en varios recipientes, mis hermanas y yo picamos las cebollas, lloramos como magdalenas al tiempo que nos reíamos. Madre iba echando el arroz en un barreño de barro, añadió la sangre del cerdo, la mezcla adquirió un color oscuro semejante al de las morcillas. Aún faltaba le cebolla, la manteca y la pimienta. Lo revolvimos todo con las manos, durante bastante tiempo, hasta que madre nos dijo que ya era suficiente. Disfruté con la tarea.

Madre acercó otro barreño que contenía las tripas limpias del cerdo. Imitando a las demás, comencé a introducir la mezcla en la tripa. Mi hermana Asun me pidió que cortara pequeños pedazos del ovillo de cordel que había sobre la mesa para atar las morcillas. Así lo hice, cuando volví pude ver cómo madre y mis hermanas anudaron la tripa y surgieron las morcillas. Eran las primeras y me sentí satisfecha de mi colaboración. Después las morcillas pendieron flamantes de lo alto de la chimenea.

El día siguiente era día de escuela. Al ir a coger la leña para la estufa, no pude evitar el toparme con el cuerpo del cerdo, que colgaba de un gancho clavado en una viga del portal. Más que miedo sentí una pena inmensa por él, era como si su martirio no

hubiera servido para nada, inspiraba abandono y soledad.

Cuando volvimos al mediodía Benito y yo, el cerdo había desaparecido. En la cocina encontramos a las mujeres realizando distintas labores con las piezas de carne procedentes del animal. Madre envolvía en ajo y pimentón el lomo. Mis hermanas picaban la carne valiéndose de una máquina que hasta entonces nunca había visto. Luego me enteré que nos la había prestado el señor Nicasio, nuestro adinerado vecino de enfrente. En la chimenea cocían varios recipientes con grasa. Madre nos dijo:

–No os quedéis parados, coged un plato de cocido de la olla. Comed que tenéis que volver a la escuela, y sobre todo, no os manchéis.

Hicimos lo que se nos mandaba. Comimos en silencio mientras observábamos el trajín que nos rodeaba. Por la tarde llegó la tía Ángela, acompañada de su hija, nuestra prima Luisa, mayor que yo. Ambas expertas en realizar las labores de la matanza, sobre todo de la elaboración de chorizos, como pudimos comprobar. Fueron bien recibidas por toda la familia. Madre repetía una y otra vez que los chorizos de su hermana eran los mejores de la comarca.

Esa noche para la cena probamos el “txitxiki” frito, la mezcla que se introducía en la tripa del cerdo para elaborar el chorizo. Consistía en la carne del cerdo picada, con grasa y pimentón; todos coincidimos en que estaba muy rico. Los días siguientes, la familia al completo se empleó a fondo en producir hermosas ristras de chorizos y morcillas, que subíamos al “tablao” para ser colocadas en las cuerdas, dispuestas por mis hermanos para su curación.

Una de las veces que subí con los chorizos, creí ver a Luisa con mi hermano Teo muy juntos en un rincón. Como estaba muy oscuro también pude haberme equivocado. Volví a mi tarea y no dije nada a nadie. Toda la semana estuvimos ocupados en preparar los productos del cerdo que servirían de manutención a nuestra familia durante el año. Eran labores que se realizaban con agrado.

El domingo celebramos como era costumbre el final de la matanza. Invitamos a todos los que habían colaborado con nosotros en la misma. Al mediodía, madre colocó sobre una fuente profunda de loza un buen pedazo de lomo, un trozo de panceta, morcillas y

chorizos; cuando estuvo todo dispuesto lo cubrió con un paño blanco y nos dijo a mi hermano y a mí:

–¡Llevad esto a casa del señor Nicasio!

Cogimos el recipiente, uno de cada asa, dispuestos a cumplir el encargo de madre. Atravesamos la calle y golpeamos la aldaba de la casa de enfrente. Como si estuvieran esperando nuestra visita, la puerta se abrió y apareció la señora Rosario, mujer corpulenta, de aspecto bondadoso, que nos dijo:

–Vamos a la cocina con esas cosas tan ricas que traen estos mocetes.

La seguimos obedientes. Al llegar nos pidió que nos sentáramos en el banco de madera adornado con cojines de flores. Era muy agradable poner las posaderas en aquel asiento tan mullido, en casa no teníamos algo semejante. Ella se sentó en una silla de paja con brazos, cerca de nosotros. Nos preguntó si nos gustaba ir a la escuela, si ayudábamos a madre en las tareas de casa, qué pensábamos ser de mayores…

Tras un rato de charla, la señora Rosario comentó que tal vez madre nos estuviera esperando para comer. Abrió un armario, sacó una enorme caja de galletas y llenó nuestra fuente de rosquillas. La envolvió en papel de celofán y nos la ofreció diciendo que la lleváramos con cuidado. Antes de marchar, metió un buen puñado de caramelos en nuestros bolsillos.

La fuente de rosquillas fue muy celebrada por la familia y los invitados. Cuando llegamos ya estaban colocados sobre la mesa los chorizos y morcillas asadas, los torreznos y las hogazas de pan tierno. Le siguieron las costillas y chuletas, todo regado con abundante vino de la cercana tierra de La Rioja.

Mientras disfrutábamos de tan sabrosa comida no pude evitar recordar a nuestro cerdo, aunque etéreo estaba sentado entre nosotros, parecía disfrutar con nuestra alegría. Su mirada tropezó con la mía, me pareció que sonreía. Luego se esfumó, permanecieron la satisfacción y la confianza en un tiempo que llegaba.

SEMANA SANTA EN MONTORIA (11)

Tendría entre catorce y quince años cuando en Montoria celebramos una Semana Santa digna de rememorar. Mi edad me permitía participar como un adulto más de la liturgia que acompañaba la Semana Santa de la España católica y apostólica de los años treinta. Hasta entonces los días de Semana Santa habían sido vacaciones escolares al principio de la primavera, en los que se rompía la rutina diaria por situaciones y celebraciones religiosas relacionadas con la muerte y resurrección de Cristo. Eso es lo que nos habían enseñado en la escuela y que el cura nos recordaba a base de misas, oficios, procesiones y vía crucis.

Ese año, el primer domingo de abril coincidió con el Domingo de Ramos y siguiendo la tradición de que había que estrenar alguna prenda de vestir, estrené una chaqueta de perlé rojo que me había tejido mi hermana, la cual fue muy comentada por las mujeres del pueblo que hasta entonces desconocían la existencia de ese tipo de hilo. Una vez más me sentí blanco de todas las miradas.

Madre se había encargado de que todas las mujeres de la familia dispusiéramos de un ramo de olivo para llevar a la iglesia y que fuera bendecido por el cura. Los ramos de los niños de las casas más acomodadas eran adornados con lazos y caramelos, caramelos que la mayor parte de las veces no llegaban a la bendición, debido a que el dueño del ramo o algún compañero de banco, los degustaban antes. Por ese motivo yo ya había recibido más de un coscorrón de padre. Cuando volvíamos a casa colocábamos los ramos en el balcón, con la intención de que nos protegiesen de las situaciones adversas hasta el año siguiente.

Recuerdo que ese día nos encontrábamos la familia al completo en casa, con la excepción de nuestro hermano Ángel que ya llevaba algunos años con los salesianos. Padre bendijo la mesa como de costumbre, comimos con entusiasmo el sabroso cocido de garbanzos con verdura y carne de cerdo; fue después cuando padre nos

informó de que por la tarde recibiríamos la visita de un fraile dominico que venía a dirigir los ejercicios espirituales de los vecinos de Montoria.

A las palabras de padre le siguió un profundo silencio, nos dejaron bastante desconcertados aunque pronto se sucedieron las preguntas.

–Padre, ¿qué es eso de "ejercicios espirituales"? –dijo Teo.

–¿Qué clase de fraile es ése? ¿Cuánto tiempo va a estar aquí? –intervino Justo.

–¿Puedo contar a mis amigos lo del fraile? –se atrevió a decir Benito.

Padre creyó dar respuesta a todos diciendo que el obispado de Vitoria había decidido enviar frailes predicadores a los pueblos para que durante la Semana Santa, incentivaran la fe de los feligreses. Los frailes dominicos tenían fama de estar muy capacitados para realizar esa tarea. El padre Adolfo, así se llamaba nuestro fraile, permanecería esa semana en Montoria y contábamos con el privilegio de que se alojara en nuestra casa.

Las palabras de padre lejos de tranquilizarnos produjeron gran alarma entre mis hermanas mayores que casi a coro preguntaron:

–¿Dónde va a dormir el padre Adolfo?

–Por supuesto en vuestra habitación, vosotras lo podéis hacer en la sala –no se hable más.

Mis hermanas no parecían muy conformes, no se atrevieron a decir nada, sabían que para padre todo lo relacionado con el culto tenía prioridad sobre todo lo demás.

La tarde en que llegó el padre Adolfo a Montoria lloviznaba con insistencia, yo estaba con otras chicas del pueblo jugando a las tabas en el pórtico de la iglesia. El ruido de un motor llamó nuestra atención, raramente se acercaba un automóvil al pueblo. No nos dio tiempo a verlo, se detuvo el tiempo justo para que bajara el ilustre viajero. Se trataba de un fraile de altura considerable, vestía hábito blanco cubierto de capa negra. Su aspecto era imponente, como

salido de un libro de historia, al menos a mí me lo pareció. Mi impresión se confirmó al ver las caras ensimismadas de mis compañeras que le contemplaban con la boca abierta. Sus palabras rompieron el hechizo.

–Seguid con lo que estáis haciendo –le oímos decir.

Reanudamos el juego con desgana. Lancé mi piedra al aire al tiempo que daba vuelta a una taba. La piedra no llegó a mi mano, otra mano la había alcanzado antes, la del padre Adolfo que la contemplaba con atención. Después de algunos segundos, como hablando para sí mismo, dijo: "Esta piedra amarilla es ámbar".

En aquel momento salió de la iglesia padre que al encontrarse con el recién llegado se azoró un poco, le invitó a entrar, él seguía examinando la piedra, todos le contemplábamos absortos, pendientes del resultado de sus pesquisas. Dirigiéndose a padre dijo:

–¿Dónde han encontrado los niños esta piedra amarilla?

–Las hay por el campo. Los niños las usan en sus juegos –contestó padre sin darle más importancia.

–¿Me puedo quedar con ella?

–Desde luego, estoy seguro de que tienen más –fueron las palabras de padre que no acababa de entender el capricho del fraile.

Padre invitó al padre Adolfo a visitar la iglesia, después cogió su maleta y le acompañó a nuestra casa. Nosotras permanecimos en el pórtico, no seguimos jugando a las tabas, largo rato estuvimos comentando el aspecto del fraile. Todas coincidimos en que era muy agraciado, aunque seguramente el hábito le favorecía. Alguna comentó que cualquier mozo del pueblo vestido así también estaría guapo. Otra dijo que tenía unos ojos verdes preciosos. Yo escuchaba en silencio, sin haberme librado de la impresión que me había producido el fraile. Salí de mi ensimismamiento al oír preguntar a Amalia si iba a alojarse en mi casa. Ante mi respuesta afirmativa quise adivinar algo parecido a la envidia en las miradas de mis amigas. Me rogaron que las tuviera informadas sobre el fraile.

Cuando volví a casa, el padre Adolfo estaba en su habitación, la de mis hermanas, oí comentar a mi madre con cierta sorna que gozaba de muy buen apetito.

Las enseñanzas del padre Adolfo comenzaron la tarde del lunes, antes de las cinco estábamos todos los vecinos de Montoria en la iglesia, expectantes algunos ante la novedad que representaba que alguien se ocupara de nosotros; otros curiosos, dispuestos a comprobar lo que habían oído contar sobre el fraile dominico. El único que faltó a la cita fue Renato que dijo que él no podía abandonar el cuidado del campo y de los animales. Su decisión no gustó a algunos, a otros les produjo cierta tranquilidad saber que alguien permanecía fuera de la iglesia, vigilando la posible presencia de extraños.

La primera fila de bancos la ocuparon padre en su papel de sacristán y el cura del pueblo, don Casto que aparentaba indiferencia ante la presencia de un competidor de su papel de director espiritual de los vecinos de Montoria. El banco de atrás lo ocupábamos madre y mis hermanas. Yo estaba sentada entre madre y Benito. Cuando apareció el padre Adolfo en la puerta de la sacristía se hizo un profundo silencio que duró poco. Pronto se dejaron oír susurros de admiración de las presentes, para nadie pasaron desapercibidos los comentarios sobre lo guapo y buen mozo que era el padre. Mi padre se dio la vuelta lanzando miradas de reprobación, induciendo a la compostura que la ocasión y el lugar requerían.

El fraile, indiferente ante la reacción que provocaba, subió al pequeño púlpito, se colocó unas lentes de concha que acentuaban su autoridad, abrió la Biblia por la página señalada y se puso a leer lentamente el pasaje que describe la detención de Jesucristo en el huerto de Getsemaní. Su voz fuerte y armoniosa provocó nuestra atención.

Terminada la lectura, levantó la cabeza del libro y dirigiéndose a todos nosotros con ademán acusatorio dijo que “todos éramos culpables de los tormentos que tuvo que soportar el Maestro, el Hijo de Dios”. A continuación colocó un objeto sobre el púlpito, al principio no supe de qué se trataba, parecía una bola de color marfil, pronto descubrí una calavera que nos miraba a través de sus

cuencas vacías. Se produjeron exclamaciones de asombro, yo no pude reprimir un grito de horror. Mi cuerpo se puso a temblar entre sollozos, el abrazo de madre no lograba calmarme, asustada me dijo: “Vamos fuera”.

Protegiéndome con su brazo y soportando las miradas sorprendidas de todos, madre me condujo a la puerta de la iglesia y juntas salimos. Recuerdo que el fraile seguía hablando, los demás parecían escucharle. Ya en el pórtico traté de convencer a madre de que volviera dentro, no lo conseguí, dijo:

–Vamos a casa, nos vamos a tomar un chocolate con bizcochos.

A partir de ese día y por decisión irrebatible de nuestro padre y del párroco, los menores de quince años no acudiríamos a los ejercicios espirituales del padre Adolfo. Con ello evitamos contemplar todo el instrumental que empleaba durante sus sermones para impresionar a los penitentes. A los niños se nos asignó la tarea de recoger flores en el campo para adornar el monumento y las imágenes de la Dolorosa y de Jesús “El Nazareno”.

Junto a nuestros mayores hacíamos cada día el vía crucis en la iglesia. El día de Jueves Santo acompañamos la procesión presidida por la imagen de la Virgen vestida con sus mejores galas, la corona dorada y abundantes flores que perfumaban el ambiente. Atravesaba el pueblo, dando la vuelta en la plaza de La Fuente, los vecinos la seguíamos en silencio portando velas encendidas que iluminaban la anochecida de la primavera.

El Viernes Santo se nos iba la mañana en entrar y salir de la iglesia, siete veces para visitar el monumento, se trataba de un sagrario provisional que se habilitaba para la ocasión, profusamente adornado de bordados y flores. En cada entrada rezábamos un padrenuestro y un avemaría. Por la tarde, el protagonista de la procesión era Jesús “El Nazareno”, que repetía la liturgia y el itinerario del día anterior. Para los más jóvenes esos días tenían una emoción especial, dispuestos como estábamos a descubrir y disfrutar de lo que la vida nos brindaba.

El padre Adolfo no se dejaba ver por las mañanas, según decía madre que era la que le llevaba el desayuno a su habitación, cada

día salía por la mañana temprano y no se le volvía a ver hasta la hora de la comida. Por la tarde impartía sus sermones que por lo que contaban no dejaban indiferentes a nadie por la violencia de su voz, acusaciones de falta de fe y compromiso con la religión, por lo que a su entender, eran merecedores de terribles castigos. Todo ello aderezado con la aparición de diferentes instrumentos de penitencia como látigos, tenazas, cilicios… Con todo ello conseguía intimidar a algunas y provocar la hilaridad de otros. Padre no siendo de los unos ni de los otros, andaba un tanto desconcertado con las enseñanzas del fraile.

Cuando volvía a casa por la tarde, el padre Adolfo ya había cenado y se había retirado a su habitación. Cada noche, antes de irnos a dormir, padre nos pedía un vaso de leche caliente y unas galletas para llevar al fraile. La víspera de Jueves Santo, padre no cenó con nosotros, se retrasó como en otras ocasiones, departiendo con don Nicasio sobre el reparto de la leña y otros asuntos que requerían su atención por ser el secretario del pueblo.

Ese día madre me dijo que llevara yo la leche y las galletas a nuestro huésped, lo hice sin rechistar. Subí la escalera con cuidado para que no se derramara el contenido del vaso. Ante la puerta cerrada dudé un momento, no sabía si debía llamar al padre por su nombre o golpear la puerta con los nudillos, opté por lo segundo, la puerta se abrió y ante mí apareció el padre Adolfo, vestido con un pijama de rayas que cubría con una bata de color azul oscuro, su apostura era impresionante.

El padre me invitó a entrar en la habitación, lo que hice indecisa. Cerró la puerta y sin saber cómo había sucedido, sentí mis manos atrapadas entre las suyas, ambos sujetando el plato en que se apoyaba el vaso de leche. Levanté la cabeza hasta encontrarme con la mirada burlona del fraile. En mi mente apareció la calavera que mostró en la iglesia el único día que acudí a su sermón. Fue lo que me dio fuerzas para desasirme de la presión de sus manos, dejar el plato sobre la cama y salir corriendo de la habitación.

Bajé las escaleras corriendo, cerca de la cocina me encontré con padre que en ese momento entraba en casa, preguntó:

–¿De dónde vienes?

–He ido a llevar la leche al padre Adolfo –respondí azorada. Padre entró en la cocina y lo primero que hizo fue decir a madre que esperase a que él llegara para llevar la leche al padre Adolfo. Sentí alivio al saber que no tendría que volver a la habitación del fraile.

El Viernes Santo fue el único día que nuestro invitado compartió la comida con nosotros. Ese día en casa cumplíamos el mandato de ayuno y abstinencia, lo que para nosotros no representaba un gran sacrificio, comer pescado era salir de la rutina diaria del cocido con tocino. Sabíamos que como en otras ocasiones comeríamos bacalao desalado, preparado con esmero por madre. Sentados a la mesa esperábamos impacientes.

Como de costumbre, padre presidía la mesa. A su derecha estaba el padre Adolfo y mis hermanos, enfrente nos encontrábamos las mujeres de la familia. Padre bendijo la mesa de manera más pausada que de costumbre y a continuación, cumpliendo con lo que él entendía eran normas de hospitalidad, hizo una pequeña presentación de los miembros de su familia. Pasé un mal rato esperando que me tocara, me pareció que el fraile me miraba y sonreía. Cuando al fin llegó mi turno, sentí que mi cara ardía, padre fue conciso en sus palabras.

–Paula es la menor de mis hijas. A riesgo de que se haga vanidosa, diré que es muy aplicada y diligente en las tareas de casa; la deseo como a todos mis hijos, que tenga mejor vida que nosotros.

Las palabras de padre me tranquilizaron bastante, me sentí segura en una familia a la que quería y me querían. No presté demasiada atención a lo que sucedió después, creo que el padre Adolfo dijo algo así como que él también pertenecía a una familia numerosa y humilde. Después apareció sobre la mesa el puchero de patatas con puerros que madre repartió entre todos.

Por fin llegó la cazuela de barro que contenía el bacalao cubierto de una preciosa salsa roja, elaborada con tomates y pimientos. Durante el tiempo que duró su degustación, no se oyó más ruido que el a veces producido por los cubiertos al tropezar con los platos. Las exclamaciones aprobatorias de mis hermanos fueron acompañadas por las del padre Adolfo, que según recuerdo fue el único gesto amable que se permitió durante su estancia.

Para completar la comida, madre había preparado unas natillas con huevos de casa y leche de nuestra cabra. El fraile rechazó el postre diciendo que se retiraba para poder preparar el sermón de la tarde. Todos nos pusimos de pie con él, algo cohibidos por su actitud y con la duda de si era adecuado comer natillas el día de Viernes Santo. Madre decidió por todos, repartió las natillas y comimos, ya liberados de la extraña presencia.

La noche del Sábado Santo nos reunimos todo el pueblo en la iglesia para celebrar la vigilia y participar en la conmemoración del bautismo y la eucaristía como legado de Jesucristo. El rito resultaba bastante vistoso, aparecían recipientes dorados, el cáliz, la patena, vinajeras, el hisopo, la custodia, velas, flores… Nuestro párroco estaba radiante, me pareció que disfrutaba con su protagonismo. El padre Adolfo permanecía sentado en el primer banco, junto a padre.

El final de la Semana Santa producía en todos nosotros alivio, consecuencia probablemente de haber sido inducidos a compartir el sufrimiento de un ser cercano que se liberaba del mismo. Nuestras vidas volvían a la rutina diaria en la que los sentimientos podían manifestarse sin trabas. En la misa del Domingo de Resurrección se respiraba el ambiente de cualquier otro día festivo.

Comenzada la misa, vimos entrar en la iglesia una mujer de mediana edad, vestida con un traje de chaqueta gris perla. Calzaba zapatos de tacón alto, llevaba melena corta cubierta por un sombrero de fieltro negro, de su brazo colgaba un bolso de charol. Todos la miramos sorprendidos, no parecía ser conocida de nadie. Ajena a nuestra curiosidad se sentó en el primer banco junto a padre y al fraile, allí permaneció hasta el final de la misa. Luego salió la primera y todos pudimos verla entrar en el Ford negro que estaba aparcado cerca de la iglesia, se sentó en el asiento del conductor y permaneció inmóvil.

Al padre Adolfo le vi despedirse del párroco y de padre, llevaba su maleta cuando con paso firme se dirigió al coche en el que le esperaba la mujer del traje gris. Alguien comentó que era su hermana, nunca supimos más de él.

TIEMPOS MODERNOS (12)

El verano llegó de repente. Hacía pocos días que habían comenzado las vacaciones escolares. No me sentía del todo satisfecha porque por decisión de mis hermanas que dijeron que ya era hora de que colaborara en las tareas de casa, pasaba las mañanas con ellas, haciendo las camas, barriendo, quitando el polvo, ayudando en la cocina… Cuando terminaba con las labores comunes ayudaba a Juana a sobrehilar o coser botones. Si no había tarea para mí, me daba un trapo para que aprendiera a remendar y hacer ojales.

Mientras hacían las tareas, mis hermanas cantaban canciones con letras de amores no correspondidos o muertes prematuras de los amantes que, sin saber por qué, me inducían al llanto. Una de las que mejor recuerdo era la romanza de la reina M.ª de las Mercedes, mis lágrimas caían sobre el trapo que estaba cosiendo, entonces Juana dirigiéndose a las otras decía:

–¡Haced el favor de callar! ¿No veis que Paula está llorando?

–Muy sensible nos ha salido nuestra hermanita, tendrá que aprender a ser fuerte para afrontar la vida –contestaba siempre Asun.

–Aprenderá de ti que te enamoras del primero que ves y si no te corresponde te pones mustia, como perro sin dueño –replicaba Juana con sorna.

Yo dejaba de llorar en cuanto oía los comentarios de mis hermanas. Deseaba que llegara la tarde para ir a jugar con Benito y Constan. Me hubiera gustado tener alguna amiga con quien poder intercambiar mis inquietudes pero no era posible, en el pueblo no había chicas de mi edad, todas eran mucho más jóvenes.

Después de comer, mientras los demás miembros de la familia “sesteaban”, Benito y yo íbamos a buscar a Constan. Juntos organizábamos paseos al río, al bosque a coger frutas silvestres o

nos acercábamos a algún huerto en el que hubiera árboles frutales.

En el tiempo de la siega nos íbamos a las fincas en las que se estaba recogiendo la cosecha, espigábamos y merendábamos con los que habían estado trabajando durante todo el día. La merienda solía consistir en aceitunas, bacalao seco, algo de chorizo y pan.

Nos dejaban beber vino de la bota. Como no éramos expertos, el vino solía mancharnos la ropa lo que provocaba la risa de todos. El comentario más común era que ese día nuestra madre nos daría unos buenos azotes. Madre raramente nos pegaba, sabía la diversión que el hecho de no saber utilizar la bota, proporcionaba a los adultos cuando los protagonistas eran niños. En su fuero interno se alegraba de haberse ahorrado una merienda y tener una gavilla de trigo para dar de comer a las gallinas.

Aquella tarde de junio decidimos ir al bosque a recoger fresas. En la carretera que lleva a Peñacerrada, vimos un carro cargado con postes y unos hombres que los iban colocando a lo largo de la misma. Nos quedamos mirándoles con curiosidad pero no logramos descubrir el motivo de su tarea hasta que llegó José, el cartero que se dirigía a Montoria y se paró junto a nosotros.

–¿Qué estáis mirando con tanta atención?

–A esos hombres poniendo postes –dije pensativa.

–Son empleados de la compañía eléctrica, colocan los postes que soportarán los cables de la luz que llegarán hasta Montoria. ¡Que por fin vais a tener luz en vuestro pueblo!

José hablaba mientras caminaba, parecía tener prisa y no nos dio opción a formular nuestras preguntas. Algunos comentarios habíamos oído en el pueblo sobre que se estaba atrasando demasiado la llegada de la luz, otros pueblos cercanos ya la tenían. Nos quedamos pensativos un par de minutos, al fin Constan rompió el silencio,

–¡Vamos a tener luz! En casa de mis tíos de Peñacerrada la tienen hace tiempo. La vi cuando me invitaron a la fiesta, es como que fuera todo el tiempo de día, cuando se hace de noche se gira una

llavecita y todo se ilumina. Mi hermano Benito escuchaba con la boca abierta, yo me atreví a decir:

–Es lo que nos explicó don Román en la escuela, lo de los polos positivos y negativos…

–Sí, pero de verdad, en la realidad –comentó Constan entusiasmado.

Un mes después se celebró una fiesta en Montoria con motivo de la llegada de la luz. Por la mañana hubo misa mayor a la que acudió todo el pueblo. Me llamó la atención lo elegante que estaba mi madre, se puso un traje de chaqueta negro con blusa encañonada, una peineta plateada en el moño y zapatos de tacón. Nunca la había visto así y se lo dije. Me miró sonriente y me dio un beso al tiempo que decía: “Eres un sol”.

Después de la misa nos acercamos a la caseta que había construido la empresa eléctrica, a la que rodeaba una cinta con los colores de la bandera de España. Un señor con sombrero, al que acompañaba el alcalde de Peñacerrada, que era también el nuestro, cortó la cinta con una tijera. Mientras, le oí decir:

“Como representante de la Diputación de Álava y del Estado Español doy por inaugurada la conexión de Montoria a la red eléctrica española, consecuencia del esfuerzo que el Gobierno actual está realizando en la modernización de España. Para mí es motivo de satisfacción y deseo que todos participéis de la alegría que supone poder disponer de electricidad en vuestros domicilios y en el pueblo”.

Cuando el señor del sombrero terminó de hablar, los vecinos se dirigieron a la escuela, preparada como comedor improvisado para celebrar el acontecimiento. Los pupitres habían sido sustituidos por largos tableros colocados sobre travesaños de madera, formando largas mesas donde ya se habían colocados los platos y cubiertos. Allí comieron ese día los adultos del pueblo, también mis padres.

Nosotros comimos en casa, madre nos había preparado arroz con pollo y natillas. Después de la comida fuimos a la escuela para poder participar de la algarabía general, nos acercamos a nuestra madre y saboreamos el pedazo de pastel que nos había guardado.

Los hombres disfrutaban su copa de coñac y los Farias regalados por la compañía eléctrica. El ambiente estaba lleno de humo, las voces y las risas lo llenaban todo.

Madre nos hizo sitio junto a ella, me sentía feliz al ver que los demás parecían estarlo. Alguien inició una canción de las que conocíamos todos y la entonamos como una improvisada coral. Al final aplaudimos entusiasmados al comprobar que juntos habíamos conseguido un tono bastante aceptable.

Alguien le pidió a Elvira que cantara alguna de las coplas que solía cantar mientras realizaba las tareas domésticas. Primero se resistió vergonzosa, después se subió a la tarima, desde donde daba las clases don Román y cantó varias coplas, acompañada por las palmas y los aplausos de los presentes. Otras y otros también se subieron a la tarima para cantar o contar chistes.

Después el ambiente se fue relajando. La gente conversaba en pequeños grupos hasta que oscureció. Como por casualidad, don Nicasio giró el interruptor de la luz y dos bombillas que colgaban del techo se iluminaron para sorpresa de la mayoría que permaneció un instante en silencio. Después hubo gritos de alegría y júbilo. No olvidaré la expresión entre curiosa y feliz de mi madre, aprobando nuestros saltos y risas de contento. La tertulia se prolongó hasta altas horas de la noche. Antes de marcharnos, padre pidió que todos juntos rezáramos una oración dando gracias a Dios por el bien concedido. Nadie se opuso a su propuesta.

La llegada de la luz a Montoria cambió en muchos aspectos la vida de sus vecinos. Hasta entonces llegada la noche, la gente se recluía en sus casas, temerosa a la oscuridad que imperaba en la calle. Solo necesidades urgentes como una enfermedad, un parto… les obligaba a salir portando faroles de carburo. La luz permitía que los vecinos prolongasen sus charlas en la calle, que los mozos visitaran la taberna a diario para jugar a las cartas, comentar noticias y fomentar la vida social de la que empezaron a disfrutar.

También los niños nos beneficiamos con la nueva situación. Las noches de verano permanecíamos en la calle hasta bastante tarde, jugando en la plaza a la soga, al pañuelito, a la cantinerita, a escondernos y encontrarnos. Nuestras madres salían de casa para

buscarnos y de paso se organizaban tertulias.

Mis hermanas permanecían en casa aprovechando la luz de la bombilla para continuar con sus labores de costura. Sus ajuares recibieron un fuerte impulso que sin duda aceleró el momento de que los mismos cumplieran con su destino. Se fueron casando por riguroso orden de edad, primero Juana, luego María y Asun.

Mis hermanos gustaban de contar historias de aparecidos que siempre habían ocurrido en Ocio, lugar de nacimiento de nuestra abuela. Los más pequeños escuchábamos ensimismados, seguíamos las explicaciones hasta que la voz de padre les interrumpía.

–Vamos, que ya es hora de ir a la cama.

Era el momento en que él cogía su libro de oraciones, se subía a una banqueta para poder aprovechar mejor la tenue luz de la bombilla y nos hacía repetir alguna de las frases que leía. Animado por la facilidad que le brindaba el nuevo invento, leía además algún pasaje de la Biblia, mientras nosotros nos frotábamos los ojos y alguno hasta bostezaba.

En el dormitorio de las chicas se puso una bombilla, aunque seguimos utilizando la palmatoria para levantarnos por la noche; la luz era más suave y permitía que las demás continuaran durmiendo. La electricidad se había instalado en nuestras vidas haciéndolas más luminosas.

La primera vez que oí hablar de cine fue a mi hermano Teo durante una comida de domingo. Había ido a una feria de ganado que se celebraba una vez al año en Vitoria, a comprar un caballo para casa. Para todos era un acontecimiento que alguien de la familia realizara un viaje a la capital, independiente del motivo. El protagonista debía de armarse de paciencia y responder con detalle a todas las preguntas que se le formularan. Quisimos saber cada paso que había dado, dónde había dormido, dónde y qué había comido, qué se podía comprar en la feria, si había entrado en alguna tienda, cómo iban vestidos los hombres y las mujeres. En ocasiones así, la sobremesa se prolongaba hasta la hora de la cena, hasta que todos agotados, unos de hablar y otros de escuchar, dábamos por finalizada la jornada para ir a dormir; el día laborable

se acercaba irremediablemente.

El relato de Teo alcanzó su punto álgido cuando pronunció la palabra cine. Las mujeres de la familia suspendieron cualquier tipo de comentario para fijar toda su atención en Teo y preguntar casi al unísono: "¿Tú has estado en el cine?" Conteniendo la emoción y como si fuera la cosa más natural respondió que "sí".

Nuestras miradas quedaron pendientes de Teo durante unos segundos, no hicieron falta más preguntas. Él trató de satisfacer nuestra curiosidad. Dijo que después de comer en una taberna situada cerca de la catedral, fue con su amigo Ciriaco a ver una película, a la sesión de las cinco de la tarde, al Ideal Cinema. Mi hermana Juana le interrumpió para preguntarle en qué calle se encontraba el cine. Su respuesta fue que en la calle Florida. A mí me pareció una pregunta innecesaria, no había estado nunca en Vitoria y por supuesto no conocía las calles.

–¿Cómo es ese cine? –preguntó madre para sorpresa de todos. Hasta ese momento nos había hecho creer que no se interesaba por lo que ella calificaba de "diversiones frívolas".

Teo describió el cine como un teatro en el que se hubiera sustituido el escenario por una pantalla de lienzo blanco sobre el que proyectaban fotografías en movimiento. La pantalla mostraba escenas tanto de personas que hablaban entre sí, como de calles donde aparecía gente, automóviles, carretas. Se podían ver primaveras floridas, inviernos nevados, otoños de árboles dorados y ocres, trenes que circulaban por países lejanos, frentes de guerra, amantes apasionados, gente que lloraba o reía, comía y bebía. Todo tipo de personas y acciones discurrían por la pantalla del cine, mediante imágenes que se sucedían con rapidez.

–¿Esas personas hablan? –preguntó padre.

–Ahora se les oye hablar y cantar. Hasta hace poco el cine era mudo, la proyección de las imágenes era acompañada por la música de un piano –padre, al igual que todos nosotros escuchaba las explicaciones de Teo con interés, le oí preguntar de nuevo:

–¿La gente guarda silencio durante la película?

–Claro que sí. Al empezar se apaga la luz y no se oye ni el vuelo de una mosca. Los espectadores se concentran en seguir la trama de la película.

–¿Cómo se titulaba la película que viste? –preguntó Juana a mi hermano, presumiendo de sus conocimientos sobre cine.

–Era una película americana Cimarrón. La historia se desarrolla en el oeste americano cuando llegan los primeros colonos. Se ven superficies inmensas de terreno que son para los primeros que llegan. Se organiza una competición de carretas de caballos y de esa forma se reparten las tierras. La película es bastante larga, muestra la vida de una familia durante cuatro generaciones.

Satisfecha nuestra curiosidad por parte de Teo, en el ambiente quedó flotando nuestro deseo de visitar un cine en cuanto se nos presentara la ocasión y así poder comprobar hasta qué punto eran extensos los terrenos del oeste. Tristemente los nuestros eran escasos, apenas unas franjas de tierra escarpada entre las laderas de los montes. El cine alimentaba nuestros sueños, descubriéndonos horizontes más amplios.

Pasaron varios meses antes de que viera mi primera película, fue durante las fiestas patronales de Peñacerrada. Creo que ese año ningún habitante de la comarca, capaz de desplazarse hasta el local del ayuntamiento en que se celebraban los concejos, dejó de ver La Hermana San Sulpicio. Yo fui a la sesión de las cinco acompañada de mi hermano Benito y Constan. Fuimos de los primeros en entrar en la sala, después de haber esperado más de media hora, con la entrada en la mano y los bolsillos llenos de uvas pasas.

Nos sentamos en la tercera fila de sillas frente a la pantalla. Eran sillas de tijera dispuestas para la ocasión. Muchos tuvieron que ver la película de pie, apoyados en las paredes. Cuando se apagó la luz me quedé expectante, conteniendo un cierto temor ante lo desconocido. La música me devolvió la calma, creo que no pestañeé durante toda la película. Pronto me identifiqué con la protagonista, el guapo doctor me hablaba y yo le contestaba cantando, me había enamorado de él. La luz se encendió y tuve que escuchar el comentario de Benito.

–Paula está llorando.

Me froté los ojos tratando de disimular el llanto al tiempo que decía: “No lloro, se me habrá metido algo en el ojo”. Durante la vuelta a casa no despegué los labios, iba ensimismada en mis pensamientos que no podía compartir con mis compañeros. No recuerdo si ellos hablaban entre sí. Aquel día se me había abierto una ventana que ya no se cerraría nunca. A través de ella podía compartir la vida y aventuras de otras personas, participar en el destino de personajes de ficción, para mí tan reales como mi familia. El cine hizo mi vida mucho más interesante.

Llegamos a casa cuando empezaba a anochecer. Madre nos esperaba a la puerta de casa, su saludo estuvo acompañado de una pregunta:

–¿Cómo ha estado la película?

–Paula ha llorado –intervino intrigado Benito. Madre sonrió al tiempo que dijo–: Mi niña es muy sensible.

Esa noche, antes de que llegara el sueño, rememoré la historia de la monja alegre y el guapo doctor que la conquistó.

Al día siguiente oí contar a mis hermanas que tuvieron que interrumpir la sesión de cine de la noche. Alguien dio un grito, se encendió la luz y descubrieron que la autora había sido Charo, la hija de Jacinta. Su novio le había metido la mano por debajo de la falda, la sorpresa la indujo a gritar. Teodoro, el novio, tuvo que abandonar la sala a instancia del boticario. Después se apagó la luz y continuó la proyección de la película.

El cine había llegado a nuestras vidas para quedarse. Vimos, comentamos y disfrutamos de muchas otras películas, al mismo tiempo que otras “Charos”, advertidas de las consecuencias de los devaneos de sus parejas, asumían en silencio sus acciones en las últimas filas de los locales.

SUCESOS (13)

Los gritos y maldiciones del señor Alejandro me hicieron abandonar la labor de ganchillo para acercarme hasta donde él se encontraba. Celia, su mujer, le acompañaba y observaba su brazo derecho con atención. Sobre el suelo, troceada por la hoz, había una culebra como de medio metro. Nunca me había detenido a mirarlas, cuando me topaba con alguna, me limitaba a darme la vuelta y correr. Aquélla era de color grisáceo con dibujos geométricos más oscuros. Celia dijo que una víbora había picado a Alejandro.

Me invadió el pánico, tenía la convicción de que lo peor que le podía pasar a alguien, era sufrir una mordedura de víbora. Vi cómo Celia acercaba la boca al brazo de su marido y luego escupía. No pude reprimir un grito:

–¡Celia! ¡¿Qué haces?!

–¡Quito el veneno de la víbora! –respondió a su vez gritando.

Después rebuscó en el cesto en que guardaba diferentes utensilios de labranza, sacó una camisa blanca de Alejandro, la rasgó con precisión para obtener tiras que servirían de venda, y con ellas rodeó el brazo de su marido.

Alejandro y Celia eran un matrimonio sin hijos del pueblo. Vivian holgadamente, en una casa de la parte izquierda de la calle Real con vistas a la plaza. No era muy grande, destacaba de las demás por la blancura de su fachada y la perenne presencia de geranios de diferentes colores en sus ventanas. Seguramente no eran los que más hacienda tenían, pero sí suficiente como para cubrir sus necesidades.

La falta de descendencia la suplían con el empeño que mostraban en atraer a la chiquillería del pueblo. En su casa siempre había niños atraídos por los juguetes que hacía Celia, los dulces y sus

largos relatos sobre animales que hablaban y leñadores a los que sorprendía el lobo. También yo disfrutaba con frecuencia de las atenciones del matrimonio.

Aquel día de agosto, Celia me propuso ir con ellos a la pieza que tenían en La Rasa. Era la más alejada del pueblo, cercana a La Rioja. Sin dudar acepté la propuesta, para mí suponía una tarde de diversión y buena merienda. Además, Celia había prometido enseñarme a manejar el ganchillo. Podría realizar mi sueño de hacerme un chaleco de lana para llevar encima de la blusa.

Ellos querían comprobar si el trigo estaba preparado para la siega. Habían dispuesto el carro pequeño, tirado por la yegua más joven de las dos que tenían, la blanca con manchas grises. Alejandro había cargado el mismo con aperos para la siega: hoces, zoquetas, rastrillo…, también un cesto grande y la cesta de la merienda.

Después de comer, me coloqué una pañoleta en la cabeza para protegerme del sol y cogí una chaqueta de punto por si pudiera necesitarla al anochecer. Salí de casa para encontrarme con mis vecinos. Cuando llegué ya me estaban esperando delante de su puerta. Celia estaba subida al carro, me dijo:

–¡Sube Paula! Tenemos que marchar ya, el camino es largo. Subí junto a ella y nos pusimos en marcha. Alejandro iba andando delante dirigiendo la yegua. Celia sacó del cesto un ovillo de lana roja y un ganchillo, se puso a manejarlo con rapidez. Le pedí que lo hiciera más despacio para poder aprender. Dijo que solo era una muestra y que a continuación me enseñaría a manejarlo.

Recuerdo que hacía mucho calor y a cada rato bebíamos limonada que se mantenía fresca en el botijo. Celia me pedía que le contara, una vez más, alguno de los chistes de “Jaimito” que sabía. Se reía con ganas al tiempo que decía: “yo no tengo ninguna gracia para contar chistes”. A ratos cantábamos canciones de la escuela, la del ramito verde, la de la pájara pinta, la de vamos a contar mentiras… El camino en cuesta permitía que el carro avanzara con lentitud, lo que nos facilitaba concentrarnos en la labor de ganchillo. Empezó a iniciarme en su manejo.

Al llegar al terreno de mis vecinos, pudimos contemplar con

satisfacción el trigo dorado que inducía a imaginar tortas y panes calientes. La pieza era bastante extensa, protegida por monte bajo y cercana a la carretera. Alejandro descargó las herramientas, las repartió con su mujer y, provistos de hoces y zoquetas, se acercaron al trigo. Antes me dijo Celia:

–Paula, siéntate en ese ribazo debajo del árbol y practica con el ganchillo, mientras nosotros trabajamos un poco.

La tarea propuesta por Celia era de mi agrado y me dispuse a realizarla. Estuve un buen rato concentrada en ello, hasta que los gritos de Alejandro, al morderle la serpiente, me indujeron a interrumpir la labor e interesarme por lo que sucedía. Celia bastante alterada me dijo que esperara allí, que tenía que llevar a Alejandro al médico más cercano. Se subieron a la yegua y desaparecieron.

Permanecí largo rato inmóvil, confusa, sin saber qué hacer. Caía la tarde y no confiaba en que vinieran a buscarme. ¿Podría volver al pueblo por mis propios medios? No creía poder lograrlo. El trayecto había sido largo y durante el mismo no había puesto ninguna atención en el recorrido. Tenía ganas de llorar, aunque sabía que con ello no solucionaba nada.

En ésas estaba cuando vi que por la carretera se acercaba algo. Parecía un corderillo, pronto descubrí que se trataba de un perro blanco, de pelo rizado; adornaba su cabeza un pequeño lazo rojo. Me acerqué a él con curiosidad, en ningún momento interrumpió la marcha. Su decisión me indujo a seguirlo.

Avanzamos un buen rato por la carretera, luego se desvió por un camino que se adentraba en un bosque, llegó a otra carretera y siguió caminando por ella, cada vez más deprisa. Parecía dirigirse al pueblo que se divisaba al fondo, cuando estuvimos cerca pude leer un cartel con grandes letras que decía “RIVAS”. El pueblo se parecía bastante a Montoria, la calle larga, la fuente en la plaza… El perro continuó su camino, le vi pararse delante de la puerta de una de las casas, entró por la gatera.

Pronto se abrió la puerta y de la casa salió una anciana parecida a la abuela, acompañada por el perro. Vestía falda larga hasta los tobillos, cubría la cabeza con un pañuelo de algodón, su rostro

apacible correspondía al de una mujer más joven. Sorprendida por mi presencia, dirigiéndose al perro dijo:

–Chispas, no sabía que traías compañía. ¿Quién es esta guapa moza?

–Me llamo Paula –susurré.

–Tú no eres de este pueblo –dijo con convicción.

–No señora, soy de Montoria.

–Estás muy lejos de tu casa. Tendrás que pasar la noche aquí, a estas horas nadie te llevará a Montoria. Has hecho bien en seguir a Chispas, no te quedes ahí parada, ¡pasa! –con un gesto de cabeza me invitó a entrar en la casa.

Dudé un momento sobre si debía aceptar la invitación de la mujer. Era ya de noche cerrada y no tenía mejor opción. Una vez dentro, me condujo a la cocina donde se encontraban el marido y los hijos de la anfitriona. La mesa estaba dispuesta para la cena que compartieron conmigo. Respondí a todas sus preguntas, que quiénes eran mis padres, si era la hija del maestro, si tenía una hermana que se llamaba Juana, qué me había pasado… Les conté lo de la serpiente, lamentaron la mala suerte de Alejandro. Todos coincidieron en que era bastante frecuente encontrar serpientes en ese tiempo. Trataron de tranquilizarme diciendo que Alejandro se pondría bien.

Encarna, así se llamaba la dueña de la casa, dijo que conocía a mi madre. Solía pasar por Rivas camino de La Rioja cuando iba a vender quesos y carbón; que era una buena mujer, de las que siempre están dispuestas a ayudar a quien se lo pidiera. También dijo que estaría muy disgustada buscándome pero que hoy ya no se podía hacer nada. Al día siguiente, temprano, su hijo Fermín me llevaría a Montoria.

Esa noche me acosté en un colchón junto a la chimenea. El perro se tumbó cerca de mis pies, no sin antes haberme contemplado largo rato. Luego trató de llamar mi atención con el roce de su pata, se dejó acariciar. Debí de quedarme pronto dormida. Me desperté

cuando entró Encarna en la cocina.

–Vamos Paula, es hora de levantarse. Cuanto antes vayáis a Montoria, menos durará el disgusto de tu familia –susurró Encarna para no despertar a los demás. Me preparó un buen tazón de leche con sopas del que apenas comí la mitad.

El viaje de vuelta a Montoria lo hicimos a caballo. Fermín me colocó delante de él. Al tiempo que dirigía la brida, me protegía de una posible caída con sus brazos.

Cuando llegamos a Montoria era casi mediodía. Alguien debía habernos visto de lejos llegar, estaba casi todo el pueblo esperándonos. Mi hermana y mi madre se acercaron sollozando, mis hermanos parecían inquietos. Fermín me posó en el suelo y enseguida estuve entre los brazos de madre. Sentí que mi cara se mojaba con sus lágrimas. Me dijo que habían estado buscándome toda la noche. Pregunté por Celia y Alejandro, madre dijo que estaban en Vitoria, en el hospital Santiago, que Alejandro se pondría bien.

Celia, al pasar por Montoria, antes de ir al médico de Peñacerrada, le había dicho a madre que me había quedado en la pieza junto al carro. Mi hermano había ido a buscarme y no me encontró. Esperaban lo peor.

Así terminó mi primer viaje a La Rioja.

Recuerdo como si fuera hoy, el día de primavera en que se casó la hija de la señora Elvira. Sabina, con apenas 18 años cumplidos, era una guapa moza de larga melena trigueña y ojos verdes oscuros, que si no te fijabas bien, parecían negros. El novio le llevaba al menos diez años, se trataba del hijo mediano del señor Raimundo, un hacendado de los más prósperos de Peñacerrada. El mozo, bien parecido, tenía fama de calavera. Todo el mundo coincidía en que “para sentar la cabeza” necesitaba una mujer como Sabina.

Mis hermanas, mayores que Sabina y sin embargo solteras, contemplaban la situación con cierta envidia. En su opinión la “mosquita muerta” se llevaba un buen mozo y con posibles. Aceptaron de buen grado la invitación a la boda de Sabina; fueron

invitados todos los vecinos mayores de dieciséis años, todavía me faltaban algunos para alcanzar la edad requerida.

Días antes de la ceremonia, como de costumbre, la novia invitó a sus amigas para enseñarles el ajuar, lo que iba acompañado de alegres conversaciones y generosas meriendas. Acompañé encantada a mis hermanas, dispuesta a curiosear las prendas y objetos que mostrase la novia. Pude comprobar que no faltaba de nada: sábanas con puntillas, bordadas con las letras iniciales de la pareja, manteles de doce servilletas, paños blancos para adornar los muebles, vajillas de porcelana, juegos de café, cuberterías…

En un lugar preferente estaban las toallas de color verde manzana que le habían regalado mis hermanas, según ellas el color rompía la monotonía del blanco de "toda la vida". Habían empleado largas horas en bordarlas y ahora disfrutaban de su esfuerzo escuchando los comentarios elogiosos de las mujeres. Sabido era que en cuanto una se ausentaba los comentarios serían otros, que si era un regalo pobre, que si ya se sabía que andaban pasando estrecheces…

Ajena a los "dimes y diretes", disfruté bastante contemplando lo que me rodeaba y figurándome futura protagonista, que posiblemente no alcanzaría tantos regalos, aunque sí su calidad. Tomé chocolate y comí abundantes pastas.

El día de la boda de Sabina, un domingo del mes de junio, se encontraba la iglesia a rebosar. No faltaba ni un solo vecino del pueblo. Los más jóvenes permanecíamos de pie, apoyados en las paredes laterales del templo. No quedó más remedio que ceder nuestros asientos a los forasteros, casi todos familiares del novio. El cura esperaba con su postura habitual, brazos cruzados, la llegada de los novios.

Primero entró la novia del brazo de su padre. Llevaba un vestido negro de seda que le llegaba hasta el tobillo, la pechera adornada con pequeñas lorzas y botones plateados; lucía en su cabeza una corona de capullos de rosa y un velo que le cubría la cara. De pie, frente al altar, apartó el velo del rostro y pudimos ver a la novia emocionada.

A continuación apareció el novio, también de negro, su traje

brillaba, debía ser por la tela de alpaca, al menos eso dijeron mis hermanas. De su brazo casi colgaba el de la madre, una mujer menuda que se movía con decisión, sin duda orgullosa por la prestancia de su hijo.

Nunca había estado la iglesia tan adornada. Los lirios, calas y flores de azahar daban luminosidad y tanta fragancia que embotaba los sentidos, el conjunto provocaba una atmósfera irreal. Sorprendí a alguna de las mujeres presentes con la boca semiabierta, entre ellas mi madre, creo que yo misma abría los ojos de manera desorbitada.

La música del órgano, que raramente se usaba, emitía una suave melodía, interpretada por un músico contratado por la familia del novio. No faltaba detalle.

Los novios se arrodillaron frente al altar, en el banco dispuesto para la ocasión. Comenzó la ceremonia y ya solo se oyó la voz del sacerdote. Vi a padre sentado junto a madre en las primeras filas, era el único que tenía los ojos cerrados. Se acercaba el momento álgido en que los contrayentes darían su consentimiento para ser, durante el resto de sus vidas, marido y mujer. El sacerdote, dirigiéndose a los presentes, preguntó si alguien tenía algún impedimento para la celebración de la boda, que lo dijera entonces o que callara para siempre. Para sorpresa de todos, surgió una voz de mujer del fondo de la iglesia, que atrajo nuestras miradas.

–El novio tiene un hijo, mi hijo aquí presente –dijo la desconocida.

La mujer que hasta entonces había pasado desapercibida, estaba acompañada por un niño de unos tres años, creo que asustado al sentirse objeto de la curiosidad de todos, se puso a llorar. Una mujer mayor que bien podía ser la abuela, cogió en brazos al niño y ambos salieron de la iglesia. Vi a mi padre levantar la cabeza y abrir los ojos sorprendido. Tras una breve interrupción, el cura, dirigiéndose al novio le preguntó:

–¿Qué tienes que decir a eso?

–No conozco de nada a esa mujer –fueron las palabras rotundas de Ramiro, en un tono que todos los presentes pudimos oír. La mujer, vestida con ropa de diario, falda y blusa de viscosa azul, parecía

avergonzada y entre sollozos abandonó la iglesia.

El silencio duró poco, el murmullo de los comentarios se hizo enseguida presente, hasta que el sacerdote reclamó silencio porque iba a reanudar la ceremonia. Cuando el sacerdote preguntó a la novia si quería por esposo a Ramiro, se hizo un silencio profundo. A pesar de ello, apenas se pudo oír el "sí" de la novia. Fueron declarados "marido y mujer" y el resto de la ceremonia trascurrió sin más incidentes.

Como en otras ocasiones, los novios fueron recibidos a la salida del templo entre vítores y aplausos. Sabina, visiblemente afectada, apoyaba su mano en el brazo de su marido, que por el contrario se mostraba orgulloso y desafiante ante todos. Lanzó el ramo de novia al aire y casualmente fue a parar a las manos de su mejor amiga, Claudia, que aparentando sorpresa sonrió satisfecha.

Con el pretexto de que los abuelos de Sabina no habían acudido a la ceremonia, por ser muy mayores y estar enfermos, ella y su madre se ausentaron para ir a ver cómo se encontraban. Los hombres se acercaron a Ramiro para felicitarle, entre ellos no se encontraban el señor Nicasio ni mi padre.

Se fueron formando corrillos por afinidad familiar o de amistad, en todos de manera discreta se comentó lo sucedido. Nadie parecía conocer a la denunciante. Desde donde me encontraba, junto a madre y mis hermanas, me llegó el comentario de que se trataba de una chica de Bernedo que había sido novia de Ramiro. No tenía padre ni hermanos que hubieran podido defender su "honra".

Todo el pueblo había sido invitado a la boda. El banquete, como en otras ocasiones, se celebró en la escuela. Los ancianos y los niños comimos en casa, después compartimos postre y fiesta con los mayores. Ramiro parecía estar pendiente en todo momento de su flamante esposa que parecía complacida con tantas atenciones. Nadie podía adivinar entonces lo que después sucedería.

La música del acordeonista contratado por los contrayentes, amenizó la fiesta hasta bien entrada la noche. Yo bailé sin parar hasta tener ampollas en los pies. Bailé con mis amigas, consciente de las miradas interesadas que provocaba en algunos mozos

forasteros, los del pueblo no me atraían. Alrededor de las diez de la noche madre vino a buscarme para que fuéramos juntas a casa. Aunque rezongué algo, en el fondo estaba deseando irme a descansar.

Horas después llegaron mis hermanos, comentaron que la fiesta no había terminado del todo bien, Ramiro borracho, empezó a tontear con las amigas de Sabina. Ésta, enfadada, se marchó sola a casa. Ramiro, ante la insistencia de su familia, no tuvo más remedio que seguirla y así terminó la fiesta de boda para todos.

Se podría decir que aquella noche dormí de un tirón, a no ser porque a la mañana temprano me despertaron gritos desgarrados que procedían de la calle. Intrigada me asomé a la ventana y vi cómo dos hombres portaban el cuerpo inmóvil de Sabina, vestido con un camisón blanco, su larga melena tocaba el suelo. La metieron en casa de don Nicasio.

Asustada bajé a la cocina, donde ya se encontraban madre y mis hermanos. Había sido mi hermano Teo, cuando llevaba el ganado a apacentar, el que había encontrado el cuerpo de Sabina, tendido en el banco de la plaza. Fue él quien avisó a su familia. La madre sufrió un ataque de nervios y tuvo que ser atendida por sus vecinas que trataron de calmarla sin éxito. Don Nicasio se había ofrecido para ir a buscar al médico a Peñacerrada.

El médico solo pudo certificar la muerte de Sabina por “parada cardiaca”. Dos días después de la boda, Sabina fue enterrada en el pequeño cementerio de Montoria. Ese día lo recuerdo como uno de los más tristes, en el entierro estuvimos presentes todos los vecinos del pueblo; varias coronas de flores adornaron la tumba. Nunca volvimos a ver a Ramiro.

DOMINGO DE CARNAVAL

EN MONTORIA (14)

La fiesta de San Miguel y el Domingo de Carnaval eran unas de las pocas ocasiones que los jóvenes del pueblo tenían para relacionarse. Ese año de mi adolescencia, esperaba con impaciencia la llegada de la fiesta de Carnaval, no en vano había dedicado mucho tiempo a imaginar y confeccionar mi disfraz. Doña Margarita, la maestra del pueblo había incentivado nuestra imaginación, diciéndonos que pensáramos en un personaje que quisiéramos interpretar en una supuesta obra de teatro. Ella nos ayudaría a confeccionar nuestros disfraces, fuera de las horas lectivas.

Recuerdo aquellas tardes del mes de enero en la escuela, frías como siempre en Montoria, prolongadas por la tarea de preparar el traje de ángel para la fiesta de Carnaval. Posiblemente influida por el ambiente religioso que se respiraba en mi casa, padre era el sacristán: hacía repicar las campanas de la iglesia, la mantenía en orden, ayudaba al cura en la misa, rezaba el rosario, cantaba los kiries con entusiasmo…, a la hora de elegir mi disfraz, pensé que el papel de ángel era el que colmaría todas mis aspiraciones, coincidiendo curiosamente con las de mi familia.

Resultaba placentero el crepitar de la leña en la estufa, en contraste con el del exterior, donde a través de los cristales, veíamos la blancura de la nieve helada que nos rodeaba. Los niños del pueblo en invierno, íbamos cada día a la escuela con un tronco de leña para la estufa. La leña se consumía por la mañana, la tarde la pasábamos aprovechando la tibieza que mantenía la estufa, que se trasformaba en frío al final de la jornada. Esos días mis hermanos solían visitarnos en la escuela y nos traían leña que era siempre bien recibida. Disfrutaba con aquel ambiente festivo, ajena a lo que sucedería después.

Los chicos eran reacios a disfrazarse. Mi hermano Benito, más joven

que yo, tardó bastante tiempo en decidir cuál iba a ser su disfraz. Aceptando mi consejo, eligió el de payaso; pensé que el traje no requería mucha elaboración, con un pijama, la cara pintada y una nariz postiza simularía ser un auténtico clown.

Mis hermanas María y Asun preparaban sus disfraces en casa, asesoradas por Juana. María representó una perfecta dama medieval como las que se paseaban por las almenas de los castillos. Asun se trasformó en una auténtica bruja de cuento, con una enorme nariz con verruga. La escoba le sirvió para alejar a los chiquillos que la seguían. Para las mujeres de la familia, aquéllos fueron días impregnados de magia, en los que nos afanábamos en hacer realidad nuestros sueños.

Juana renunció a disfrazarse, tenía novio formal, estaba lejos, trabajaba en Barcelona y no le pareció a ella ni a nadie correcto el que participara como una más del jolgorio general. Si hubiera estado Alejandro, en su compañía, hubiera disfrutado de todo sin lugar a dudas. Ella colaboró junto a madre en la preparación de la merienda de Carnaval. Ambas mostraron sus habilidades culinarias en la preparación de las torrijas de pan.

La elaboración consistía en cortar en rebanadas el pan seco –habían pasado un par de días desde su cocción– se ponían en leche templada a la que se añadían algunos palos de canela. Una vez remojadas se pasaban por harina y huevo, después se freían en abundante aceite. Por último, se espolvoreaban con azúcar y canela en polvo, lo que las convertía en un postre delicioso que yo sigo preparando cuando me encuentro con humor.

El portal de mi amiga Remedios servía de lugar de reunión para los más jóvenes, los que todavía íbamos a la escuela. Las mozas y mozos se reunían en el pajar de la señora Ricarda, hace años en desuso al quedarse viuda la dueña y abandonar las labores del campo. El pajar se mantenía en buen estado, suficiente para aislar del frío a los que en él se protegían. Allí se guardaban los caballetes y tableros para improvisar mesas cuando eran necesarias, incluso había un par de estufas de leña.

Una bruja, una dama medieval y un ángel con túnica de color rosa que con convicción reivindiqué, me decían que los ángeles siempre

iban de azul. En su contra argumenté que un ángel femenino bien podía ir de rosa. A mi piel morena le sentaba mejor el rosa. Salieron de su casa en Montoria una tarde de domingo de Carnaval.

En la calle se encontraron con vampiros, payasos, monjas, gitanos, odaliscas, bailarinas, indios… La mayoría se dirigieron al pajar de la señora Raimunda, los demás, los que no alcanzábamos la edad requerida, nos quedamos junto al portal de Remedios.

Remedios y su madre nos recibieron ataviadas con sus disfraces de mesa camilla y paraguas. Lo supimos porque ellas mismas nos lo dijeron. A pesar de su empeño lo habían conseguido a medias. Lo mismo podían tratarse de una dama antigua y un pirulí.

Cuando íbamos a entrar en la casa, llamó nuestra atención una mujer con falda de flores ajustada que caminaba con dificultad. Pronto descubrimos que no es que fuera coja, más bien no podía dominar los zapatos de tacón que calzaba; unas piernas peludas soportaban un cuerpo deforme, la barriga escondía los pechos postizos. Su cara se parecía bastante a la del señor Julián, vecino del pueblo, una de cuyas hijas se encontraba junto a mí en aquel momento, a la que oí decir: “Padre, usted siempre dando la nota”.

A pesar de la opinión de su hija, todos celebramos la ocurrencia del señor Julián que nos hizo reír con ganas largo rato. Raramente los hombres se disfrazaban, por razones que nunca he podido entender. Cuando lo hacían, casi siempre imitaban a mujeres de cualquier edad y condición.

En el amplio portal de la casa de Remedios se había colocado una mesa de madera, adornada con un mantel de flores bordadas, sobre él ya estaban colocados los platos, vasos y cubiertos. Todo dispuesto para recibir los dulces y bebidas que animarían nuestra fiesta de Carnaval. Pronto apareció madre con su fuente de torrijas que fue bien recibida, otras mujeres trajeron bizcochos y rosquillas. Madre entró en la cocina de la casa para ayudar a Rosalía a preparar el chocolate.

Los niños en el portal alborotábamos, animando la espera de la merienda que nuestro olfato adivinaba cercana. Las cazuelas con chocolate que colocaron nuestras madres sobre la mesa, fueron

recibidas con aplausos y gritos de alegría de todos. Después casi se hizo el silencio, mientras saboreábamos los dulces. Poco a poco se reiniciaron las conversaciones.

Como en otras ocasiones, a la merienda le siguieron los juegos de siempre, iniciados por nuestras madres que siempre empezaban por la “gallinita ciega”. Después ellas se marchaban a echar su partida de cartas y nos quedábamos solos. Era el momento de contar cuentos y chistes picantes.

La novedad ese año la protagonizó Margarita. Era la hija menor de don Nicasio, el rico del pueblo. Estaba aprendiendo corte y confección en la capital, entre otras cosas había aprendido a bailar el “charlestón”. Mis amigas y yo, a pesar de mi disfraz de ángel rosado, recibimos entusiasmadas sus enseñanzas. Cuando la señora Rosalía entró en el portal y, dirigiéndose a todos, dijo que iba siendo hora de que cada cual se fuera a su casa, era cerca de la medianoche.

Al salir a la calle sentí un ligero escalofrío producido por el cambio de temperatura, un viento gélido acompañado por la lluvia persistente nos recordaba que estábamos en invierno. Corrí hacia casa tratando de evitar que se desmoronasen mis alas de ángel. De repente sentí una fuerza que me condujo sin remisión a la pequeña protección que suponía la esquina de la calle, resto de una muralla de otros tiempos. Alguien me colocó contra la pared, traté de adivinar de quién se trataba. Una capucha de paño pardo cubría el rostro desconocido, era alguien que se había vestido de fraile capuchino y que ahora se valía de su disfraz para realizar su propósito.

Sentí que una mano ansiosa trataba de introducirse en mi escote, ignorando la camiseta de algodón que madre me había hecho poner para protegerme del frío, que suponía que pasaría si solo llevaba la tela de raso de mi disfraz de ángel. Quise gritar, otra mano me amordazó, le oí susurrar que no lo hiciera, allí nadie me iba a oír.

Aterrada soporté que la mano desconocida estrujara mis pechos sin miramientos, su voz fingida se lamentaba de que fueran pequeños. Sentí entre mis piernas un objeto duro, sabía de qué se trataba, en las conversaciones de adolescentes suele aparecer con frecuencia la

anatomía masculina que siempre causa en las niñas curiosidad. El miedo me atenazaba, quería que aquello acabase cuanto antes. Aquel hombre, jadeaba en mi oreja, recordándome a nuestro perro tratando de alcanzarnos cuando corríamos por el monte.

Los jadeos se trasformaron en gritos que no alcanzaba a comprender, un líquido tibio se deslizó por mis piernas. El individuo se calmó, se apartó de mí, no pude verle la cara, oí sus palabras con claridad: “Paula, no debes contar a nadie lo que ha pasado, ahora sabes que eres mía para siempre, no se te ocurra tontear con ningún chico porque te mato”. Después salió corriendo.

Desconcertada y aterida de frío tardé unos minutos en poder afrontar lo sucedido. Hubiera querido gritar y contar a todo el mundo lo que me pasaba. Temía las consecuencias de mis actos, las palabras de mi agresor habían sido claras: “No debía contar a nadie lo sucedido”.

Abrí la puerta de casa con cuidado, no quería que nadie me viera en aquel estado. Llené un recipiente con agua, en el portal siempre había un bidón lleno. Después me dirigí a la cuadra y me limpié como pude. Llegué a la habitación algo más calmada, me quité el disfraz y lo escondí en un rincón, tratando de eliminar todo lo que me pudiera recordar lo sucedido esa noche. Me puse la bata de estar en casa y todavía asustada fui capaz de afrontar la curiosidad y preguntas de mi familia.

En los días siguientes a cada rato recordaba lo sucedido, me invadía un pánico que me dejaba paralizada. Trataba de convencerme a mí misma que “aquello” no había ocurrido, lo había soñado, me lo habían contado. La realidad se imponía y sentía una inmensa necesidad de comentarlo con alguien.

Días más tarde, al salir de la cuadra, me encontré con mi hermana Juana en el portal, mirándome a los ojos me dijo:

–A ti te pasa algo, llevas días como ensimismada, ausente. Has perdido la alegría –las palabras de Juana fueron suficiente para provocar en mí un deseo irrefrenable de hacerla partícipe de mi angustia. Nos abrazamos, no pude reprimir las lágrimas que brotaron abundantes. Entre sollozos al principio y luego de manera

más sosegada, le fui contando mi experiencia del Domingo de Carnaval.

Juana me escuchaba con atención, a veces me besaba y me limpiaba las lágrimas con el delantal. Ella permanecía tranquila, mi relato no parecía sorprenderla. Al terminar, sentí cierta liberación y esperé expectante a que hablara.

–Paula, te has hecho mayor sin que nos hayamos dado cuenta. Teníamos que haberte advertido de a lo que te enfrentabas. Cuando se cuenta a las niñas el cuento de "Caperucita Roja y el Lobo", no se advierte que el lobo puede ser en realidad una bestia como la que te acosó.

–No era un animal, era un hombre –dije con convicción.

–Sí, Paula, era un hombre en celo. ¿No pudiste ver quién era?

–No.

–Mejor. Tu experiencia la sufrimos casi todas a tu edad. No deberías haber andado sola por ahí, ahora ya sabes que debes evitar los lugares solitarios. Mi consejo es que no se lo digas a nadie, si los hermanos lo supieran, tratarían de castigar al culpable y podrían provocar alguna desgracia. Además, tu nombre estaría en boca de todos, lo que no te va a beneficiar a ti ni a nuestra familia. Cuenta conmigo siempre que algo te inquiete, entre mujeres nos entendemos mejor.

Juana volvió a abrazarme y besarme, luego se marchó convencida de haber hecho lo único posible. Me quedé algo más tranquila al ver que mi hermana asumía la situación con naturalidad. No obstante, se me planteaban varias preguntas. Si era algo que sucedía con frecuencia, ¿por qué debería ocultarse?, ¿había hecho yo algo para provocar esa situación? El tiempo iría dando cumplida respuesta a todas ellas.

CAMBIO DE TIEMPO Y LUGAR (15)

Me estaba costando bastante situarme en la realidad, despertarme suponía enfrentarme a lo nuevo. Me sucedía desde hacía un mes, desde que vivía en la capital. Cada mañana sentía la necesidad de reorganizar mis ideas antes de abandonar la cama. Esperaba escuchar el canto del gallo, el sonido de los cencerros, el zumbido de algún insecto, la calidez del cuerpo de mi hermana, las primeras voces cercanas, el frío gélido que penetraba por entre los pliegues de la manta y que me impulsaba a mantener la cabeza tapada. Me era extraña la tibieza del aire que me rodeaba.

Imágenes de mi pueblo se agolpaban en mi cabeza, mi madre acompañándonos a padre y a mí hasta la salida del pueblo, diciéndome: “Paula, no hables con desconocidos”, “haz lo que te manden sin rechistar”, “abrígate bien, mira que tú enseguida coges anginas”, “si no estás contenta, vuelve a casa”. Ganas me dieron de quedarme, de no venir a Vitoria. Conteniendo las lágrimas, me despedí de madre con un abrazo. Subida sobre nuestro burro, con la maleta en una de las alforjas, en la otra un atillo de saco con algo de comida y los zapatos que no cabían en la maleta. Padre delante, en silencio, dirigiendo la marcha del animal, yo hecha un mar de dudas. Me inquietaba lo desconocido, por otra parte, algo en mi interior me decía que debía de abandonar el pueblo.

Desde que conté a mi hermana lo sucedido en carnavales, sentí que algo o alguien me vigilaba las veinticuatro horas del día. Me advirtió que no podía andar por la calle sola. Me prohibió el ir con Constan y mi hermano a recorrer los campos como hasta entonces. Mis hermanas siempre buscaban algún pretexto para que permaneciera en casa. Empecé a sentirme agobiada y cada vez más triste.

La carta de la prima de madre diciendo que había una pensión en Vitoria, respetable y con prestigio, que buscaba una chica joven para ayudar en la cocina y que pensaba que yo era la adecuada para

dicha función, fue muy bien acogida por mi familia. Todos coincidieron en que era una gran oportunidad para mí, podría llegar a ser una buena cocinera y relacionarme con personas de otro nivel social. Adiviné cierta envidia en los ojos de mis hermanas que casi niñas fueron a servir a casas de familias humildes.

Empezaba a clarear cuando padre me ayudó a colocar el equipaje en el autobús que me llevaría hasta Vitoria. Me abrazó, sin besarme y se marchó. El autobús estaba casi vacío, coloqué mi atillo en el asiento de al lado y no recuerdo mucho más, ensimismada como estaba en mis pensamientos.

Cuando el autobús llegó a Vitoria, en la estación me estaba esperando Encarna, la prima de madre a la que fingí reconocer, aunque solamente la había visto una vez en mi vida. Ella no pareció dudar al acercarse a mí con decisión. Era bastante más mayor que madre. Vestida a la vieja usanza, su camisa blanca, adornada con puntillas que protegían su garganta me pareció elegante. Por el contrario, su moño de forma ovalada pegado a la nuca y protegido por una redecilla de malla ancha era de lo más actual. En ese momento me hubiera gustado contar con la opinión de mis hermanas, ¿qué podía saber yo de moda si nunca había salido de Montoria?

–Llevo un buen rato esperando, me he quedado helada. ¿Qué tal el viaje? –dijo al tiempo que rozaba mi cara simulando un par de besos.

–Se me ha hecho muy corto –fue todo lo que se me ocurrió decir en aquel momento.

–Vamos primero a mi casa para tomar algo caliente. Más tarde te acompañaré a la pensión donde vas a servir.

Cargada con mis pertenencias la seguí decidida, de ninguna manera quería que adivinase la inquietud que me producía todo lo que me rodeaba. Su casa no estaba muy lejos, el portal estaba frente a un parque, dentro había otra puerta que abrió, ella entró y yo la seguí. Presionó uno de los botones numerados situados en un lateral y para mi sorpresa lo que parecía un cajón empezó a elevarse. No dije nada, me pareció que ella sonreía de manera burlona. El ascensor,

así se llama el artilugio que emplean aquí para evitar tener que subir escaleras, paró y ambas salimos, justo frente a la puerta de entrada de la vivienda.

Encarna tocó el timbre y enseguida abrió la puerta una chica poco mayor que yo. Vestía de negro, solo el delantal y el adorno de su cabeza eran blancos. Nos saludó mirando hacia el suelo, quise ver su cara pero no me fue posible, se hizo a un lado para facilitarnos la entrada. Su señora me condujo con decisión hacia lo que debía ser la cocina de una casa de capital. Volví a sorprenderme por la blancura y brillo de la estancia. El embaldosado de las paredes produjo en mí una cierta inquietud. A pesar de ello, cumpliendo con lo que se me pedía, pude sentarme en una de las sillas que se encontraba junto a la mesa de madera cubierta por un hule floreado.

No sabría decir cómo llegó hasta la mesa un tazón de café con leche humeante y un recipiente metálico conteniendo rosquillas como las que madre preparaba en ocasiones señaladas. La voz de la anfitriona me devolvió a la realidad.

–Paula, come algo, te vendrá bien para recuperarte del viaje. Después iremos a la pensión Vallejo para presentarte.

Apenas mordisqueé una rosquilla, su sabor era más intenso que las de madre, tenía más anís. Vacié el tazón de café con leche y sentí una agradable sensación de calor que se extendió por todo mi cuerpo. El sopor posterior me dejó algo amodorrada. Incapaz de figurarme lo que sería mi vida en el futuro.

No pasó mucho tiempo hasta que me encontré de nuevo en la calle, acompañada por mi maleta y la prima Encarna. No caminamos mucho, cruzamos alguna calle y pronto estuvimos en la calle Los Fueros, donde se encontraba la pensión Vallejo. El portal y la escalera eran muy parecidos a los que había visto antes. Se me hizo muy larga la espera entre que sonó el timbre y se abrió la puerta. Apareció una señora de edad aproximada a la de mi madre, fuerte, sin ser obesa, vestida de manera sencilla para ir a la calle, demasiado preparada para estar en casa. La falda de color gris cubría ampliamente sus piernas. Llevaba camisa blanca de corte sencillo, chaqueta de lana y zapatos de tacón bajo. Su cara, de piel

rosada, se iluminó con una amplia sonrisa.

–¡Tú eres Paula! Te estábamos esperando como al agua de mayo. Mi hermana y Bea se van a poner muy contentas cuando te vean. ¡Pasad! ¡Pasad! Hasta la cocina.

Me sorprendió una acogida tan cálida. Pronto supe que tenían mucho trabajo en la pensión y que llevaban tiempo buscando una persona apropiada, que no fuera demasiado joven ni demasiado mayor, para poder adaptarse a las tareas que se realizaban en la pensión y poder así mantener el nivel y prestigio de la misma.

En la cocina conocí a Paca y Bea. Paca era hermana de doña Plácida, encargada de dirigir la pensión. Aunque ambas hermanas eran dueñas de la misma, a Paca, la cocinera, todos la llamaban Paca a secas. Doña Plácida se encargaba de la administración y de las relaciones con los residentes. Bea, vestida de forma adecuada para realizar las labores de la cocina, incluido un gorro blanco que cubría su cabeza, aparentaba haber cumplido los treinta años, me miró sonriente, no dijo nada, se limitó a escuchar los comentarios de sus jefas.

Paca me dijo que mi trabajo principal iba a ser ayudarla con las tareas de la cocina, así Bea podría dedicar más tiempo a colaborar con su hermana en el aseo de las habitaciones, la plancha y lo que fuera surgiendo.

Encarna se despidió. Refiriéndose a mí dijo que escribiría a mis padres para darles noticias de mi llegada y que si surgía cualquier problema me pusiera en contacto con ella. Aunque sabía que debía afrontar una situación nueva, no sentí inquietud. Aquellas mujeres me parecieron acogedoras, muy parecidas a madre y mis hermanas. Desde el primer momento intuí que si trabajaba con esmero, pronto sería una más entre ellas y así fue.

–Enseña a Paula su habitación y ayúdala con el equipaje –le dijo Paca a Bea–. Cuando termines ven que tenemos que ir preparando la comida.

Bea cogió mi maleta y me limité a seguirla. La vi cómo abría una puerta que se encontraba en el lado derecho de la cocina, me invitó

a entrar diciendo que aquélla era mi habitación. Observé el interior con curiosidad y parsimonia, mientras Bea sonreía. Me dijo que me tomara el tiempo que estimara necesario para instalarme y cerró la puerta.

No pude evitar el sentirme inquieta por la soledad del momento. Pronto la soledad fue vencida por la curiosidad a que me inducía el lugar que a partir de entonces sería mi vivienda. Lo primero que llamó mi atención fue la cama que ocupaba el centro de la habitación, me pareció inmensa, cubierta con una colcha blanca como las que madre guardaba para cuando venía el médico.

Junto a la cama había una mesilla con encimera de mármol y pequeños cajones. Me acerqué a ella y comprobé sorprendida que allí no había sitio para guardar el orinal. Miré debajo de la cama, tampoco estaba. La pared derecha estaba cubierta por un inmenso ropero.

En mi casa del pueblo no había roperos, la ropa se guardaba en arcas. Había visto roperos semejantes en casa de doña Rosario. Frente a la cama descubrí la mesa y la silla en la que me senté, pasé bastante tiempo mirando lo que me rodeaba. Descubrí sobre la cama un cuadro con la imagen de una Virgen niña que me pareció que sonreía comprensiva. Me invadió una sensación de tranquilidad, no se si inducida por la presencia de la Virgen o por el cansancio acumulado. También pudo ser que me quedara dormida.

Junto al armario descubrí una puerta abierta que hasta entonces había pasado desapercibida para mí. Me dirigí hacia ella, la atravesé y una nueva sorpresa me esperaba, la puerta conducía a un baño casi completo. Allí había un pequeño lavabo, el retrete y lo que adiviné que podía ser una ducha, protegida por una cortina de plástico de color azul cielo.

Todo aquello dentro de mi habitación. Tendría que aprender a utilizarlo, nadie en el pueblo tenía esas comodidades, cuando se lo contara a mi familia no se lo iban a creer. Vivir en la capital era diferente, decía todo el mundo, lo descubrí de sopetón. Me quedé embobada contemplándolo todo una y otra vez. Me atreví a abrir el grifo del que brotó agua, a tirar de la cadena, a separar las cortinas de la ducha…

Sentí que alguien llamaba a la puerta de la habitación, era Bea que me dijo:

–¿Cómo te encuentras? Pensábamos que igual te habías dormido.

–No me he dormido. ¿Y esto qué es? –aproveché para preguntar a Bea sobre un artilugio metálico, colocado en la pared cerca de la mesa.

–¡Tócalo! Acerqué la mano, pronto la aparté sorprendida.

–Quema, está muy caliente.

–Es el radiador de la calefacción –comentó Bea con naturalidad.

Aunque sorprendida, no me atreví a hacer ningún comentario. Aquella casa tenía calefacción, ése era el motivo por el que a pesar de estar en invierno, las personas que había visto hasta el momento, vestían ropa ligera. Bea me dijo que me tomara todo el tiempo que necesitara. En la cocina se comía a la una, los huéspedes a las dos. Ella me avisaría para comer, después podría continuar con las labores de mi instalación.

A la una, según lo acordado, salí para comer. Sobre la mesa había cuatro servicios colocados. Comimos doña Plácida, Paca, Bea y yo, cocido de lentejas, filete empanado con patatas fritas y una manzana.

Tenía apetito y me dediqué a disfrutar de lo que me servían. Cuando levantaba la cabeza me encontraba con las miradas comprensivas de las mujeres, que parecían querer preguntarme algo, se contenían para no interrumpirme en la tarea. Lamenté haber parecido poco educada, ellas debieron pensar que tiempo habría para las preguntas.

Mi primer día en la pensión Vallejo trascurrió con placidez. La tarde la pasé buscando un lugar apropiado para mis escasas pertenencias. A ratos contemplaba ensimismada mi habitación, la encontré un “pero”, era bastante oscura, solo el baño tenía una pequeña ventana. Eso al fin no era tan importante, solo estaría en ella para dormir.

Bea, de nuevo, dio unos golpecitos en la puerta y entró cargada con toallas y algo más. Sobre el lavabo, junto a la pastilla de jabón del que hacía madre, que yo había colocado, puso otra pastilla de color rosa que más tarde descubrí que olía como a flores. También puso un vaso con un cepillito de mango largo y pasta de dientes. Como hablando para ella misma la oí decir: “Es conveniente cepillarse los dientes después de comer”. Cogí la indirecta, no me sentí contrariada, comprendí que debía adaptarme a las costumbres de la casa.

Pronto supe que Bea no dormía en la casa, venía por la mañana temprano y marchaba después de dar la cena a los huéspedes. Vivía con sus padres no lejos de allí. Su padre había sido un alto funcionario de la Diputación. Al jubilarse se redujeron sus ingresos y Bea, que a pesar de sus cualidades, no encontraba el hombre adecuado para casarse, se puso a trabajar en la pensión. Parecía satisfecha de su decisión.

Esa misma noche escribí una larga carta a mi familia, quería que supieran que me encontraba bien. Les conté mis descubrimientos de la vida en la capital, sin mostrar demasiado entusiasmo, no fuera a ser que pensaran que me había dejado seducir con facilidad y que pronto me olvidaría de ellos. Bea se brindó a llevar mi carta a correos, le pillaba de paso de regreso a su casa.

Mi primer día de trabajo comenzó temprano. Sentí golpear la puerta y la voz de Paca diciendo que era hora de levantarse. Tan pronto como pude, después de asearme, me presenté en la cocina. Bea acababa de llegar, todavía llevaba el abrigo de paño marrón, sus botas de cuero tenían restos de hielo. Se frotaba las manos al tiempo que decía: “Hace un frío que pela”.

–Lo primero, vamos a desayunar. El café ya está listo –dijo Paca convincente.

Sobre la mesa ya estaban colocados los tazones, pan tostado, mantequilla y mermelada. Comí con tantas ganas como mis compañeras. Paca me dijo que a partir de ese día, debería ser yo la que preparara la mesa y el café para las tres. Con levantarme a las siete de la mañana sería suficiente. Debería estar preparada para servir los desayunos a los residentes a partir de las ocho de la

mañana. Los primeros en desayunar eran los que tenían que ir a trabajar, don Anastasio y la madre de doña Rosita lo hacían alrededor de las nueve. Doña Plácida tenía costumbre de desayunar con los huéspedes del primer turno.

A pesar de lo acordado, nunca tuve que preparar el café, se repetía el ritual del primer día. Cuando llegaba Bea me tocaba a la puerta, al salir todo estaba dispuesto para el desayuno y ambas mujeres me recibían expectantes, como disfrutando con mi anunciada presencia, preludio de un reconfortante desayuno. Al principio pregunté a Bea por qué Paca no me daba opción a preparar el café. La respuesta fue que ella no permitiría jamás que otra lo hiciera, no acertaría con el sabor y, sobre todo, con el tono que a ella le gustaba.

Así las cosas, me limité a hacer lo mejor que sabía lo que se me mandaba. Me sentía bien acogida y querida por aquellas buenas mujeres.

PENSION VALLEJO (16)

Me llevó bastante tiempo conocer la extensión de mi nuevo hogar y a sus ocupantes. El primer día que entré en el comedor, al que se accedía por una puerta que daba al hall, me topé con media docena de mesas cuadradas a las que ayudada por Bea vestí con manteles blancos. Sobre ellas fui colocando los platos, tazas, servilletas y cubiertos necesarios para que tomaran el desayuno los residentes de la pensión, para mí auténticos desconocidos en ese momento.

Antes de las ocho de la mañana todo estaba dispuesto para que pudieran realizar la primera comida del día. Cumpliendo con lo que se me había encomendado, coloqué sobre tres de las mesas, sendas jarras de café humeante, otras tres más pequeñas con leche, azucareros, rebanadas de pan tostado, mantequilla y mermelada. En otra ocasión hubiera deseado probar todo aquello, pero para entonces ya había degustado mi desayuno que en nada envidiaba al actual.

Poco antes de las ocho apareció doña Rosita, una mujer que aparentaba haber sobrepasado la cuarentena, a pesar de lo juvenil de su nombre y de su atuendo. Vestía traje de chaqueta de color rosa palo, en la cabeza un pequeño casquete con velo que le cubría la frente. Al tiempo entró en el comedor doña Plácida, aunque perfectamente ataviada, con aspecto de haber abandonado el sueño recientemente. Nos saludó con cordialidad y se sentó a la mesa junto a doña Rosita que dirigiéndose a ella dijo: “Ésta será la chica nueva de la que me habló”.

–Sí, es Paula. Paula, te presento a doña Rosita, hace años que vive aquí con su madre, a la que conocerás más tarde –dijo doña Plácida sonriente.

Yo me limité a inclinar la cabeza como saludo. En ese momento apareció el primer varón que vi en la casa. Se trataba de don Benito, al que nuevamente fui presentada por doña Plácida. Aunque

no dijo nada, me miró de arriba abajo con detenimiento haciéndome sentir incómoda. Más tarde descubriría que don Benito miraba de esa manera a cualquier mujer que se cruzara en su camino.

Volví a la cocina con Bea, dejé pasar un tiempo prudencial, unos veinte minutos. Luego regresé al comedor para recoger y ordenar las mesas después del desayuno. Llegué a tiempo para ver cómo doña Plácida se despedía de sus huéspedes y don Benito lanzaba una sonrisa complacida a doña Rosita, que aparentó no darse cuenta.

En el segundo turno de desayunos, a las nueve de la mañana, tuve la oportunidad de conocer a don Anastasio, un anciano bastante encorvado que vestía sotana, lo que me hizo pensar que se trataba de un sacerdote y que pareció no percatarse de mi presencia. Por el contrario, doña Rosa, la madre de doña Rosita, me saludó con muestras de alegría, como si llevara largo tiempo esperando mi llegada. Tuve que satisfacer todas sus preguntas, que de dónde era, si tenía hermanos, si había trabajado en otros sitios, si sabía leer y escribir, si cumplía con los preceptos de la iglesia… Doña Plácida compasiva, interrumpió el interrogatorio diciéndola que se le iba a enfriar el café y a mí que me acercara a la cocina en busca de más azúcar.

Una vez que terminamos de fregar los cacharros del desayuno, labor que realizamos entre Bea y yo, doña Plácida apareció en la cocina y me dijo que ayudara a Bea en las labores de limpieza de los dormitorios, de esa manera, según ella, me iría familiarizando con la casa. Ese día sería ella quien ayudara a su hermana en la cocina. Fue una decisión acertada que supe aprovechar. Cuando nos fuimos, dejamos a doña Plácida troceando el pollo que iba a ser guisado para la comida del mediodía.

Bea me tocó en el brazo y ambas salimos de la cocina. Atravesamos el comedor, llegamos al hall y tomamos el largo pasillo que había enfrente. Entramos por la primera puerta a mano derecha y me encontré dentro de una habitación que a todas luces se trataba de un dormitorio. Había dos camas, a mi parecer demasiado grandes, más que la que usaban mis padres en el pueblo. La habitación parecía haber sido en otros tiempos un salón, tenía un amplio

mirador adornado con visillos blancos encañonados.

Mientras contemplaba la estancia, vi cómo Bea abría una ventana, sentí el frío punzante del mes de noviembre en Vitoria. Ella pareció adivinar mi pensamiento, la oí decir: “Solo será un momento”. Se acercó a las camas y las fue destapando. Quitó la colcha blanca, las mantas y por fin las sábanas. Realizaba la labor de manera rutinaria, me pidió que la ayudase para ajustar la ropa de un lado de la cama.

Sin que yo llegara a preguntarla, Bea se puso a hablar sobre las ocupantes del dormitorio.

–Como ya habrás adivinado, doña Rosa y doña Rosita son madre e hija. Hace unos cuantos años que viven aquí. Desde que doña Rosa se quedó viuda.

–¿Dónde vivían antes? –pregunté aparentando interés.

–En vida de su marido, vivían en Burgos. Él era militar, teniente coronel o algo así. La familia de doña Rosa procedía de la Rioja Alavesa, al quedarse viuda prefirió venir a vivir aquí. En realidad, conoció a su marido aquí, cuando estuvo destinado en Vitoria. Se conocieron cuando ella vino del pueblo para aprender a coser, según cuenta. Se dio buena maña para conquistar al militar. Es pequeña pero bien proporcionada, todavía conserva el pelo ondulado y ese movimiento de caderas al andar que llama la atención de todo el mundo.

Mientras escuchaba a Bea, me llamó la atención una foto que estaba sobre la cómoda. Era una foto de boda, en ella aparecía la novia con vestido negro y velo largo, adornado con una corona de flores. El novio vestía uniforme militar, era bastante más alto que ella. Oí mis palabras:

–Parece la foto de boda de doña Rosa.

–Sí –dijo Bea–, como puedes ver, ella era bastante guapa. Aunque se parecen, doña Rosita ha salido a su padre. Muy fuerte para ser mujer y con carácter autoritario, lo que no le facilita el encontrar marido. Seguro que doña Rosa, cuando vinieron a Vitoria, buscaba

encontrar un buen partido para su hija.

–¿Por qué dices eso?

–Doña Rosita trabaja en el cuartel de infantería. Según ella como secretaria del coronel. Aunque dicen que lo que en realidad hace es ayudar a su mujer con las labores de la casa. Desde que la conozco no ha salido con nadie que se sepa, se da muchos aires. Ahí está don Benito intentando aproximarse, ella ni caso, a pesar de los codazos de su madre.

Aprovechando el tono confidencial de Bea, se me pasó por la cabeza preguntarla si ella tenía novio. No me atreví, tal vez fuera demasiado pronto para tomarme esas confianzas. Bea me acercó el trapo de polvo y todavía pasamos un buen rato aseando el dormitorio.

Terminada la tarea, seguimos con el siguiente dormitorio, el de don Anastasio, bastante más pequeño y austero. Lo único destacable era un cuadro de la Virgen. Se trataba de una Inmaculada de formas redondeadas, con un pequeño niño en los brazos. El cuadro presidía una mesa rectangular de madera, que lo mismo podía servir para trabajar que como altar. Sobre ella había algunas velas y un jarrón con flores. El reclinatorio que había delante hacía pensar que era el lugar de oración de don Anastasio.

–¿Hace tiempo que vive aquí don Anastasio?

–Desde que se jubiló. Antes vivía en la casa del obispo. Era el vicario y párroco de San Miguel. Al cumplir los setenta tuvo que decidir entre ir a vivir a una casa de sacerdotes o venir aquí con sus sobrinas. Al principio solía venir el ayudante del obispo para acompañarle a misa y le solía invitar a pasar alguna tarde con él. Hace tiempo que ya no viene nadie. Doña Plácida es la que se encarga de llevarle a misa y dar algún paseo cuando hace bueno.

–¿Dónde está ahora? –seguí preguntando.

–¿No le has visto? Estaba en el salón de la entrada cuando hemos pasado. Doña Rosa hacía ganchillo y él leía El Pensamiento Alavés. Sus sobrinas se lo compran a diario. Él hace su vida, habla muy

poco.

–Parece una vida triste –me atreví a comentar.

–Lo es la de los viejos. Éste al menos tiene quien le atienda.

Mientras hablábamos, ventilamos y ordenamos la habitación. La mayor parte del tiempo la pasamos en quitar el polvo y colocar los libros en su sitio. La siguiente estancia era un baño completo que solo usaba don Anastasio.

El baño se veía bastante necesitado de limpieza que realizó Bea con esmero. Yo no hubiera sabido por dónde empezar. El suelo estaba mojado. Bea echó bastante lejía en la taza del retrete, frotó el lavabo y la bañera con estropajo y dejó el espejo brillante, libre de salpicones. Pensé para mis adentros que ese trabajo no me gustaba. Junto a la bañera, tiradas en el suelo, aparecían algunas prendas de ropa interior de varón. Bea me pidió que me acercara a la sala de plancha y le trajera uno de los cestos para recoger la ropa sucia. Tuve que preguntarla dónde estaba la sala, me dijo que se entraba por una de las puertas que daban al comedor.

La sala resultó ser una habitación sin ventanas, rodeada de baldas que llegaban hasta el techo. Las baldas estaban ocupadas por juegos de sábanas y toallas. Había otras piezas que no supe clasificar, aunque supuse que se trataba de ropa de cama. Había una mesa larga y otra redonda rodeada de sillas. Era una habitación amplia en la que reinaba la limpieza y el orden.

Cuando volví con el cesto, Bea metió en él la ropa sucia y juntas doblamos el pasillo hasta llegar a la puerta de otra habitación. Entré siguiendo a Bea, me pareció que era el típico dormitorio de matrimonio, cama grande y dos mesillas, cortinones y colcha de color azul cielo. Sobre la cabecera un crucifijo, en la otra pared, una foto enmarcada en la que aparecían un hombre y una mujer. El hombre parecía ser don Benito.

–Déjame adivinar, ésta es la habitación de don Benito.

–Sí, ¡ojo con él! Es muy sobón –me advirtió Bea.

Mientras volteaba las sábanas, siguió diciendo que desde que se quedó viudo, recuperada su libertad, trataba de acercarse a cualquier mujer que tuviera delante, incluida doña Rosita. Doña Rosa había tratado de facilitar el acercamiento por todos los medios. Don Benito era un buen partido, con su negocio de telas y prendas de vestir en el centro de Vitoria. En contra de todo lo previsible, doña Rosita no lo soportaba. Bea la había oído decir en una ocasión que antes monja que casada con semejante hombre.

Escuché a Bea con interés. Parecía que en los últimos tiempos, don Benito faltaba algunas noches a dormir. Las dueñas de la casa fingían no darse cuenta, pero ella se encontraba algunas mañanas con la cama sin deshacer. Se acicalaba con más esmero, incluso usaba colonia, eso sí, había que tener mucho cuidado con dónde colocaba las manos.

Las enseñanzas de Bea me fueron de gran ayuda en el futuro, siempre procuré la lejanía de don Benito. No me fue mal, incluso recibí de él alguna pieza de tela de regalo por Navidad, siempre en presencia de doña Plácida, que velaba por mi buen nombre como si del suyo propio se tratara.

A continuación, aseamos los dormitorios de doña Plácida y Paca, semejantes en dimensiones y mobiliario. A lo largo del pasillo había más puertas que según me informó Bea, correspondían a huéspedes que no estaban de continuo. En diciembre solían alojarse en la pensión turroneros de Alicante y en la temporada de teatro, actores, sobre todo actrices jóvenes, atraídas por el buen nombre de la casa, que animaban y alteraban bastante la vida diaria de los residentes.

Al final del pasillo, de frente, había una puerta cerrada que para mí había pasado desapercibida. Las palabras de Bea me indujeron a fijarme en ella.

–Ésa es la habitación de Miguel, estos días no está. Me extrañó el tono de familiaridad con que Bea se refirió al huésped desconocido.

MIGUEL (17)

Sentí que alguien caminaba de manera apresurada tras de mí y me hice a un lado del pasillo para facilitarle el paso. Al adelantarme se paró y pareció sorprendido por mi presencia, como hablando para sí, le oí decir: “Vaya a quién tenemos aquí”, al tiempo que me observaba con curiosidad. Si para él fue una sorpresa mi presencia, para mí lo fue mucho más. De repente me encontré ante un hombre distinto a todos los que había visto hasta entonces. Era alto comparado con mis hermanos, podía tener la edad del mayor, grandes ojos oscuros que me miraban con atención sin despertar en mí inquietud, por el contrario me invitaban a responder cualquier pregunta que me formulara. Su atuendo se parecía al de don Saturnino, el médico del pueblo, traje azul oscuro y camisa blanca. Llevaba gafas de concha como él. Me sorprendió mi propia voz explicándole quién era:

“Me llamo Paula. Tengo casi veinte años. Llevo unas pocas semanas trabajando aquí. Estoy bastante contenta, todos son buenos conmigo. Esto me gusta más que mi pueblo, aunque echo en falta a mi familia, me acuerdo de ellos, pero también de la nieve y del frío del invierno…”

Mientras hablaba, pude contemplar a mis anchas al desconocido. Su pelo negro lo dividía una raya que lo apartaba hacia la derecha, dejando despejada la mayor parte de su frente. En el primer momento no me había dado cuenta de que tenía un generoso bigote que enmarcaba su labio superior. Me sonreía, dijo algo así como:

–Siento no tener tiempo para seguir charlando contigo. Voy a trabajar. Hablaremos más tarde.

Me quedé un rato parada en el pasillo, primero siguiendo con la mirada la figura que se alejaba, luego tratando de asimilar lo sucedido. ¿Quién era aquel hombre con el que había hablado como si le conociera de toda la vida?

Con el servicio del desayuno de don Anastasio en las manos, llegué a la cocina donde me esperaban Paca y Bea. Paca parecía impaciente.

–Chica, ¿dónde te has metido? ¡Te has perdido!

–No, me he entretenido un poco hablando con…

–Con don Anastasio, no creo.

–Mire lo colorada que está. Ésta no ha estado hablando con don Anastasio –interrumpió Bea mirándome con atención– ha estado hablando con un buen mozo, moreno y simpático –continuó diciendo.

–Sí –susurré apenas.

–Has estado hablando con Miguel. Vino anoche.

Bea, comprensiva, mientras Paca colocaba la vajilla en su sitio, me informó a grandes rasgos sobre la identidad de Miguel: "Es un huésped que vive entre Bilbao y Vitoria. Es periodista, trabaja para el diario El Liberal que se edita en Bilbao; él trabaja como corresponsal en Vitoria recogiendo los sucesos locales para la edición de Álava". Escuché a Bea tratando de no mostrar demasiado interés. Me dijo que tenía madre y hermana en Bilbao, más no sabía. La charla fue interrumpida por Paca.

–¡Vamos chicas! Dejad los cotilleos para otro momento y poneos a trabajar, la mañana se pasa volando.

Al igual que Bea retomé mi labor, que en ese día consistía en pelar patatas para cocinarlas en salsa verde. Por primera vez, vi cómo las preparaba Paca. Mi madre no ponía patatas con pescado fresco, a veces lo hacía con raspas de bacalao o chorizo. Tomé buena nota de sus movimientos, decidida a prepararlas para mi familia cuando volviera a Montoria. Estaban deliciosas con sus guisantes, perejil, ajos. Todos los comensales las alabaron entusiasmados y no sobró nada en el puchero.

Estábamos terminando de comer cuando Miguel apareció en la cocina, me debí de poner colorada y buena rabia que me dio. Me

pareció que Paca y Bea me miraban con sorna.

–El olor me ha traído hasta aquí. ¿Qué tenemos hoy para comer?

–¡Adivine! Con usted no hay problemas, le gusta todo –respondió Bea.

–Te he dicho mil veces que no me trates de usted. No puedo evitar que los demás lo hagan, vosotras para mí sois como mi familia, me cuidáis como si lo fuera. Si acaso esta jovencita deberá tratarme con respeto, aunque como yo la voy a tutear, ella puede hacer lo mismo. Nuevamente me azoré al sentir las miradas de todos, no pude articular palabra.

–No me habíais dicho que ya estaba Paula en la casa. Menos mal que ella misma se ha presentado. Seguro que con su ayuda, a partir de ahora, las cosas van a ir aún mejor –continuó diciendo Miguel.

–¿Qué tal por Bilbao? Parece que las cosas andan revueltas, según doña Rosita hay huelgas y manifestaciones a diario –comentó doña Plácida. Todas escuchamos con atención las palabras de Miguel.

–Los mineros y los trabajadores de la industria esperaban que la República mejorase sus condiciones de vida, pero esas mejoras no acaban de llegar y se impacientan.

–Sería mejor que se dedicaran a trabajar y sacar sus familias adelante.

–Eso no les libra del hambre y las necesidades. Ahora voy a asearme para la comida –Miguel salió de la cocina, por un corto espacio de tiempo estuvimos en silencio, lo interrumpió doña Plácida:

–Este chico es noble pero tiene unas ideas… –ninguna nos atrevimos a refutar sus palabras. Fue la primera vez que escuché la palabra “huelga”.

Mientras colocaba los recipientes con el guiso de patatas sobre las mesas, volví a escuchar las palabras de Miguel. Hasta entonces durante la comida no había oído hablar a los huéspedes, normalmente comían en silencio. Miguel estaba sentado junto a la mesa que ocupaban doña Rosa y doña Rosita, en animada

conversación. Don Anastasio y don Benito a pesar de mantenerse en silencio, no perdían detalle.

–Esta vez ha tardado más que de costumbre en volver a Vitoria. Se ve que en Bilbao hay cosas importantes que le retienen –oí decir a doña Rosita.

–Tenía que recoger información sobre las Elecciones Generales, acompañar a los candidatos en los mítines…

–Aquí también ha habido mítines y candidatos –replicó doña Rosita.

–Estoy al tanto de todo. Por cierto, ¿han ido ustedes a votar? ¿Al menos sabían que podían hacerlo?

–Sabíamos pero desde luego no hemos ido. La política no es algo que nos interese –esta vez habló doña Rosa.

–Yo hubiese ido si hubiera sabido a quién votar. Lo dicho por doña Rosita despertó el interés de don Anastasio y don Benito, que en ese momento interrumpieron su tarea para mirarla. Don Benito se atrevió a decir:

–Miguel, no sea liante. Deje en paz a estas buenas mujeres. Las mujeres no han votado nunca, ni falta que les hace, lo suyo es la casa y los hijos.

–Sería bueno que decidieran ellas –empezó a decir Miguel. Don Anastasio pareció despertar de su letargo y casi atragantándose se le oyó decir:

–¡Eso es una blasfemia! Una buena cristiana no necesita votar, le basta con cumplir los preceptos que la Santa Madre Iglesia ordena.

Un profundo silencio se hizo en el comedor. Pasado un tiempo Miguel reinició la conversación con las mujeres, comentando lo rica que estaba la comida y el frío que hacía en la calle. Con los postres la conversación se animó y don Benito informó sobre las telas que se llevarían en primavera.

Tenía que admitir que la llegada de Miguel me había hecho descubrir ideas nuevas, posiblemente modernas, con las que don

Anastasio y seguramente padre, no estarían de acuerdo. Mientras servía el café, sonó el timbre de la puerta. Normalmente abría doña Plácida, esta vez me dijo que lo hiciera yo.

Al abrir me topé con un hombre joven vestido de negro, con capa hasta la rodilla que sujetaba en su mano derecha un sombrero. Me llamó la atención el brillo de sus zapatos de charol. Preguntó por Miguel. Doña Plácida, desde el fondo del pasillo preguntó que quién era. “Soy Emilio”. Ella se acercó diciendo: ¡Por favor, don Emilio, pase a la sala y siéntese! Ahora va Paula a buscar a don Miguel.

Volví al comedor para decirle a Miguel que don Emilio preguntaba por él. Dejó la servilleta sobre la mesa, se levantó y pidió excusas a las mujeres. Dirigiéndose a mí, me pareció que buscando mi comprensión, dijo: “Gracias Paula” y salió.

Se volvió a hacer el silencio, solo interrumpido por el susurro de doña Rosa: “¿Qué andará buscando ese hombre?”

SE ACERCA LA NAVIDAD (18)

Cada vez que algún vecino de Montoria venía a Vitoria por el motivo que fuera y madre se enteraba, le encargaba que viniera a visitarme a la pensión y me entregara su paquete. Pequeñas cosas, según sus posibilidades, un pedazo de queso, rosquillas, algunos huevos… Yo insistía una y otra vez a cada visitante que dijera a madre que no me mandara nada, que donde vivía había de todo. Madre parecía no recibir el mensaje e insistía en sus envíos. Cuando entraba en la cocina con los regalos, Paca y Bea sonreían socarronas ante mi enfado y siempre decían que lo enviado por mi madre tenía una pinta estupenda. Siempre valoré su buena intención.

A las visitas yo las recibía en el portal. Doña Plácida y Paca me decían que las hiciera pasar a la sala de la pensión. Si hubieran entrado, yo me hubiera sentido incómoda para hablar de nuestras cosas. Aquella mañana de finales de noviembre, había venido a visitarme Sofía, una de las hijas de la señora Leonor, que venía a visitar a una tía monja, la hermana mayor de su madre, de la Orden de la Caridad. Sofía, nada más llegar me entregó el paquete de madre y una carta que yo guardé cuidadosamente en el bolsillo.

Sofía quería saber cómo era la vida que llevaba, si estaba contenta. Le dije que con el trabajo y la casa estaba contenta, de lo que pasaba en la calle no sabía mucho. Salía los domingos a misa y solo una vez había acompañado a doña Plácida al mercado.

Sofía me contó que ella no acababa de decidirse a venir a vivir a Vitoria. Su tía le había ofrecido alojamiento en el convento y trabajo de aprendiza en un taller de costura, pero le costaba abandonar el pueblo. Me pareció oportuno decirla que lo que no quería dejar era a Eugenio, su novio, buen chico y de familia acomodada. Ella me dijo que novios, lo que se dice novios. No eran. La pregunté que cómo se sabe eso y riéndose me dijo que ella no me lo iba a decir, que ya lo descubriría por mí misma.

En ésas estábamos cuando se abrió la puerta y entró una pareja curiosa. Cerraron con rapidez para impedir que el frío de la calle les acompañara. Él era un hombre joven vestido con traje de pana negra, protegía las piernas con polainas, una manta rayada colgaba de sus hombros, llevaba sombrero abombado en la cabeza. La mujer, a pesar de su vestimenta oscura, aparentaba ser bastante más joven. Llevaba falda de paño pardo hasta los tobillos, debajo asomaban medias de lana y zapatos negros con cordones. Se protegía del frío con un amplio mantón de lana negro, cubría la cabeza con un pañuelo estampado de flores en tonos oscuros. Entre ambos sujetaban un baúl con vistosos herrajes y contrafuertes de madera, debía contener su equipaje. Del brazo de la mujer colgaba una cesta cubierta por un paño que ocultaba el contenido. Mientras se frotaban las manos, ateridos por el frío, el hombre dirigiéndose a nosotras preguntó:

–¿Es aquí la pensión Vallejo?

–Vicent, claro que es aquí. Mira que te lo he dicho pero tú erre que erre. Se te olvida de un año para otro –oímos decir a la mujer.

Intervine para decirles que efectivamente en el tercer piso estaba la pensión Vallejo y que yo trabajaba allí. Me despedí de Sofía con el encargo de que dijera a madre que yo estaba bien y que me acordaba mucho de todos. Me adelanté por la escalera para conducir a los recién llegados hasta la pensión. Llamé a la puerta y pronto sentí unos pasos que se acercaban, abrió la puerta doña Plácida. Al vernos, no pareció sorprenderse por la presencia de la pareja, posiblemente les estaba esperando, les saludó de manera efusiva y les invitó a entrar.

Una vez dentro, posaron el baúl en el suelo con claras muestras de alivio. Pronto aparecieron Petra, Bea y doña Rosa para darles la bienvenida. Todas los conocían, interpreté por sus palabras que se llamaban Vicent y Choana, venían de Valencia cada invierno para vender turrones en el mercado. Les fui presentada como la ayudante de Paca. Choana me abrazó efusivamente, Vicent me hizo una pequeña reverencia, quitándose el sombrero y doblando la cabeza. Los sentí muy cercanos. Choana se desprendió del cesto que llevaba en el brazo y se lo entregó a doña Plácida.

–Le hemos traído naranjas de nuestra cosecha, están muy dulces. No creo que aquí las haya tan buenas.

–Muchas gracias, no tenían que haberse molestado, pero ya que están aquí, daremos buena cuenta de ellas –fueron las palabras amables de doña Plácida.

Ella nos encargó a Bea y a mí que preparásemos la habitación del final del pasillo, la que estaba junto a la de Miguel, para los recién llegados. Mientras realizábamos la labor encomendada, Bea me contó que el matrimonio se alojaba en la pensión desde que se casaron. Normalmente, los turroneros pernoctaban en los camiones en que viajaban. Choana era hermana del dueño de una fábrica de turrón y desde que se casó con Vicent, su hermano le dijo que si viajaba con su marido, de ningún modo consentiría que durmiera en el camión, él correría con los gastos para que viviera de manera decente. Por supuesto Vicent estuvo de acuerdo y disfrutaba sin complejos de tener un cuñado acomodado. Repetía una y otra vez que mientras él viviera a Choana no le iba a faltar de nada. Ella parecía feliz, nunca la habían visto enfadada.

Una vez que la habitación estuvo dispuesta, invitamos a los nuevos huéspedes a que se instalaran en ella. Yo estaba deseando quedarme sola para poder leer la carta que me había entregado Sofía, la acariciaba cada vez que metía la mano en el bolsillo. Una vez recuperada la tranquilidad tras la instalación de los valencianos, me metí en mi habitación. Sentada en el borde de mi cama, desdoblé el papel con impaciencia y descubrí la letra grande y clara de mi hermano Benito. La carta la dictaba madre que muy a su pesar no sabía escribir. De niña no tuvo ocasión de aprender, luchó para que sus hijos no fueran analfabetos y aprendieran todo lo posible. Con la primera frase me emocioné, las lágrimas brotaron de mis ojos.

“Querida hija:

Espero que al recibir la presente te encuentres bien, nosotros estamos bien, gracias a Dios.

El domingo cuando nos sentamos al mediodía para comer, sabes que es cuando nos juntamos todos en casa, nos fijamos en el hueco vacío que te pertenece en la mesa y todos, incluido padre, hablamos

de ti. Que cómo se la echa en falta, es tan alegre, tan salada y tan dispuesta… No sigo, que se te van a subir los halagos a la cabeza.

Tú, ¿cómo te encuentras? ¿Cómo se portan contigo las dueñas de la pensión?, ya sabes que ésta es tu casa y que si no estás contenta puedes volver cuando quieras. Lo que tenemos lo compartiremos a gusto contigo.

Dice tu hermana que te diga que aquí hay un par de mozos que preguntan continuamente por ti, que si tenemos noticias tuyas, que cuando va a volver Paula… Seguro que sabes de quiénes te hablamos.

Abrígate bien, procura no resfriarte, si coges constipado límpiate la nariz con agua salada. Si te coge la garganta, haz gárgaras de agua con vinagre. Con ayuda de tus hermanas te estoy tejiendo un jersey de lana y una bufanda, son de color celeste que es el que te gusta. Te los mandaré pronto.

En casa todo tranquilo, de nuevo te diré que ha parido la gata, ha traído cuatro gatitos blancos y negros como ella. Dejaremos que los críe, los verás cuando vengas.

Tus hermanos quieren que te diga que este año van a sembrar una pieza más. Están muy ilusionados con la cosecha, esperemos que el tiempo sea propicio y que Dios quiera que todo vaya bien.

Benito quiere decirte algo de su cosecha. Hermana, en cuanto pueda me voy yo también a trabajar a Vitoria.

Ya termino, que Benito se cansa de escribir. Tendrías que ver la cara que pone. Recibe muchos besos y abrazos de tu familia que te quiere y sobre de todo de tu madre que te recuerda cada día".

Terminada la lectura, todavía permanecí algún tiempo tratando de imaginar a madre junto a padre y mis hermanos, dando forma a la carta que tanto me había emocionado. Pensé que un par de lágrimas serían inevitables, lo que sucedió es que sollocé un buen rato sin consuelo, sentía pena de mí por estar alejada de los míos. Poco a poco recobré el sosiego, consciente de que ya no era una niña y debía ser capaz de cubrir mis necesidades. Nunca más sería una

carga para nadie.

Me lavé la cara cuidadosamente, procurando que no quedara rastro de mi llorera. Las buenas mujeres que me habían acogido en su casa, no tenían por qué soportar mi falta de ánimo. Entré en la cocina, tratando de aparentar normalidad. Algo adivinaron Paca y Bea que durante un buen rato estuvieron en silencio.

Ese día la comida del mediodía consistió en cocido de alubias, acompañadas de morcilla, chorizo y tocino. Después filete con patatas fritas. De postre, naranjas de Valencia, las que habían traído los nuevos huéspedes.

Las naranjas anunciaban su presencia por el armonioso aroma que despedían. Al igual que hicieron mis compañeras, cogí una y la coloqué sobre mi plato. La fui librando de su rugosa piel con la ayuda de un cuchillo de alpaca. No se resistía en absoluto, casi conseguí una monda completa. Apareció su piel blanca, semejante a la camisa de una doncella. También la libré de ella. Después procedí a dividirla en tantos gajos como tenía, conté hasta doce, quedó pendiente un pequeño rebujo de gajos, que hasta entonces había servido para mantenerlos unidos a todos. Ya solo quedaba la parte más satisfactoria.

Cogí un gajo y lo metí en la boca. Sin casi desearlo, alguno de mis dientes lo hirió y mi lengua percibió la existencia de un líquido que la envolvía en un jugoso dulzor. Al reventarse los alvéolos, mi boca fue invadida por el zumo de la naranja. La pulpa se iba instalando entre mis dientes. Miré a mis compañeras y todas sonreímos satisfechas con la experiencia que nos estaban proporcionando aquellos hermosos frutos. Poco a poco se fue vaciando el plato. Para finalizar solo quedaba por comer el amasijo de gajitos, lo que hice con el mismo entusiasmo. Resultó ser algo más fibroso pero igual de dulce. Alargamos tanto como pudimos el placer que nos proporcionaban aquellas naranjas.

Ese día el comedor de la pensión estuvo más animado que de costumbre. La presencia de Vicent y Choana despertó la curiosidad de los huéspedes. Todos los saludaron de manera efusiva, incluso don Anastasio se les acercó, les dio la mano y les preguntó cómo había ido el viaje, cuánto tiempo habían tardado en llegar a Vitoria.

Todos escuchamos con atención la respuesta de Vicent. De Picassent, su pueblo, había salido una caravana de camiones hacia las provincias del norte. Habían estado dos días en la carretera, pasado una noche en el camión, todo lo daban por bien empleado si el esfuerzo servía para endulzar el paladar de sus conciudadanos.

Don Anastasio complacido les dijo que el buen Dios propiciaría que fueran generosamente recompensados. Vicent agradeció los buenos deseos del cura y siguiendo las indicaciones de doña Plácida, fue a sentarse junto a su mujer en una mesa contigua a la que ocupaba don Benito. Seguramente pensó que entre comerciantes se entenderían. A don Benito pareció agradarle la decisión, pensé que la presencia de Choana influía en ello.

Los recién llegados comían con apetito al tiempo que platicaban con los demás. Doña Rosa y doña Rosita se interesaron por la salud de la pareja, en especial por la de Choana, a la que encontraban muy mejorada desde la última vez que la vieron. No pudieron evitar el preguntar "si había novedad". Choana con cierto sonrojo les informó de que "no había novedad". Vicent que en ese momento hablaba con don Benito sobre la cosecha de almendras de ese año, dándose la vuelta al sentirse aludido por la pregunta, dijo que "ellos ponían mucho empeño en que hubiera novedad y seguro que pronto la habría". Sus palabras las acompañó acariciando con el dorso de la mano la cara de su mujer.

El comedor quedó en silencio, nos pareció que la pregunta de las mujeres había rozado la indiscreción, vi a doña Plácida mover la cabeza en señal de desacuerdo. Miguel, que había sido testigo de todo lo acontecido, antes de abandonar el comedor, se acercó a la pareja y les preguntó que cuándo pensaban poner a la venta sus productos para recomendar a sus conocidos que fueran a proveerse de mantecadas, turrones, guirlaches… Le respondieron que cuando el Ayuntamiento les designase el puesto en la plaza y que él y sus amigos serían bien recibidos.

La presencia de Vicent y Choana en la pensión despertó en todos nosotros la curiosidad por el desarrollo de su actividad durante su estancia en Vitoria. Hasta el punto que de alguna manera trastocó la vida de todos. Por mandato expreso de doña Plácida, cada mañana alrededor de las once, yo tenía que acercarme al mercado, donde se

encontraba el puesto de nuestros huéspedes, para llevarles el bocadillo y un termo con café con leche que les hiciera más llevadero el frío otoñal. Para mí suponía una novedad ver la ciudad a esas horas, con las idas y venidas de gentes bulliciosas trasportando bolsas y capachos que contenían productos de todo tipo. A veces me paraba ante algún puesto que llamaba mi atención, por poco tiempo, sabía que me esperaban en la cocina de la pensión.

Vicent y Choana me recibían sonrientes, algo pálidos por el frío que soportaban. Vicent golpeaba el suelo con sus botas, tratando de trasmitir algo de calor a su cuerpo. Choana soplaba con suavidad, produciendo rastros de vaho que ocultaban su cara.

–Choana, saluda a Paula que viene a salvarnos la vida –decía cada día Vicent al tiempo que cogía el capacho.

Su puesto, aunque de pequeñas dimensiones, llamaba la atención por el colorido de la decoración. Del techado colgaban guirnaldas y farolillos de papel de colores vivos. Sobre un mantel blanco estaba colocada la mercancía no menos vistosa, turrones envueltos en papeles plateados, con la excepción de las gruesas tabletas de turrones de almendra cubiertas de papel de celofán blanco. Trozos de guirlaches envueltos en papel transparente de colores. Grandes cajas de cartón conteniendo mantecadas, polvorones, rosquillas… para ser vendidas al peso en pequeños paquetes que Choana rellenaba con esmero. Cajas en las que aparecían pintados los productos de su contenido. En un rincón de la mesa había siempre una bandeja plateada, conteniendo trozos de turrón blando y duro que Choana ofrecía solícita a los posibles clientes.

Yo me detenía un buen rato contemplando complacida el puesto, hasta escuchar a Vicent decir a Choana:

–Dale un trozo de turrón a Paula. A riesgo de parecer descarada, nunca rechacé el regalo. Cogía el pedazo de turrón de la bandeja, ni el más grande ni el más pequeño, lo mordía con cuidado para hacerlo durar. Se resistía a ser destrozado entre mis dientes. Yo lo machacaba con decisión, perseguía con la lengua los pedacitos que se escondían entre los dientes, bajo el paladar, en el espacio que se forma entre los labios y los dientes… La boca entera era invadida

por el polvo dulzón que tanto me gustaba. Permanecía un tiempo atenta solo a la labor de degustar el turrón. Choana me contemplaba complacida, satisfecha sin duda por el efecto que el dulce producto causaba en mí.

Casi cada día, además de la visita a los "valencianos", doña Plácida me encomendaba acercarme al puesto de los huevos, para que llevase un par de docenas a la pensión. El puesto les pertenecía, al frente habían puesto a una prima lejana, doña Elvira, viuda y con pocos recursos desde hacía muchos años. Siempre la encontraba porfiando con la clientela, a mí me recibía con gesto hosco, me entregaba el pedido sin terciar palabra.

Una de las veces en que llevé el almuerzo a Vicent y Choana, ella me dijo que tenía necesidad de comprarse medias y algo de ropa interior y si podía acompañarla. La miré algo confusa, no sabía dónde encontrar la tienda adecuada para tal menester. Le dije que de mil amores la acompañaría pero que ahora no podía demorarme, me esperaban en la cocina de la pensión para ayudar a preparar la comida del mediodía. Si me daban permiso, tal vez pudiera acompañarla por la tarde. En eso quedamos.

Cuando volví a la pensión comenté el deseo de Choana de hacer algunas compras. Todas estuvieron de acuerdo en que a media tarde la acompañase a una corsetería muy conocida de la calle Dato, "Hermanas Hidalgo" se llamaba y que dijéramos que íbamos de parte de las dueñas de la pensión Vallejo.

Esa tarde Choana no fue con Vicent al mercado. Se quedó en el comedor esperando a que yo terminara el fregado del mediodía para que la acompañara en sus compras. La novedad despertó la curiosidad de los demás huéspedes. Doña Rosa sugirió que fuéramos a una tienda que ella conocía en la parte antigua, según ella tenía género de buena calidad y más económico. Don Benito haciendo gala de sus conocimientos sobre el comercio de la ciudad, quiso saber qué artículos quería comprar Choana. Ella celosa de su intimidad se negó en redondo a darle información.

Terminada mi labor en la cocina, me puse la ropa de calle y me dispuse a acompañar a Choana. Para mí representaba una novedad salir a media tarde. Desde mi llegada a la pensión, mis salidas

habían sido únicamente para hacer algún recado y la misa de los domingos. Esta vez era distinto, podría detenerme ante los escaparates y observar a la gente a mis anchas. Choana parecía más indecisa que yo, avanzamos por la calle San Prudencio hasta llegar a Dato, allí nos paramos y la oí decir:

–¿Dónde estamos?

–Es la calle principal, la calle Dato. Aquí es donde vienen los domingos a pasear las señoritas y aquí encontraremos la tienda de las “Hermanas Hidalgo”.

Al comienzo de la calle nos topamos con el escaparate de una zapatería y ante él estuvimos paradas un buen rato, mirando los diferentes modelos de zapatillas y zapatos. Los había de vestir y más corrientes. Ambas nos quedamos prendadas de unos zapatos de tacón alto con hebillas doradas. Aunque nos gustaban, coincidimos en que seguramente nosotras no encontraríamos la ocasión para lucirlos, en nuestro entorno nadie tenía unos zapatos tan elegantes. Choana dijo que los cantos rodados de las calles de su pueblo no la permitirían caminar con semejantes zapatos. Yo no abandoné la idea de poderlos calzar algún día.

Junto a la zapatería, había unos grandes ventanales, tras ellos se veían hombres bien vestidos, sentados en grandes butacones, junto a pequeñas mesas redondas sobre las que había tazas de café y copas de licor. Los hombres hablaban entre sí, mientras fumaban y bebían. Aquello debía de ser un casino, no había visto ninguno, pero había leído sobre los lugares donde se reunían los hombres para hablar de sus cosas. Nos pareció que alguno nos miraba, lo que nos indujo a seguir nuestro camino.

Pasamos por delante de varios portales, luego por un pequeño comercio de paraguas, boinas y sombreros para hombre. Aunque nos paramos ante el escaparate, su contenido no despertó nuestro interés y seguimos buscando el comercio que nos habían recomendado. Algo más adelante, antes de llegar al cruce con la calle Florida, encontramos el local que ocupaba el comercio de “Hermanas Hidalgo”.

Antes de entrar observamos atentamente el escaparate. No era gran

cosa, de las paredes laterales colgaban camisones de franela como los que usábamos en el pueblo. Sobre el suelo destacaba una pierna de caucho envuelta en una media de lana negra, también había pañuelos de bolsillo de señora y caballero, mantillas en pico y redondas para asistir a misa, atravesadas por alfileres de cabeza negra. Tratando de lograr vistosidad, un amasijo de cintas de colores se distribuía entre los diferentes artículos. En el lado derecho, un maniquí de busto lucía un sujetador de medio cuerpo con varillas metálicas.

Algo decepcionadas ante lo visto hasta entonces, entramos en el comercio. Tuvimos que esperar bastante tiempo a que la dependienta atendiera a unas clientas que parecían ser madre e hija. Por lo que dijeron, la chica estaba preparando su ajuar, estaba cercana la fecha de su boda. Al llegar nosotras, sobre el mostrador había varias combinaciones de estrechos tirantes, profusamente adornadas de encaje. Nos miramos sorprendidas ante la delicadeza de aquellas prendas. A las combinaciones le siguieron sujetadores de blonda, camisones de raso, medias blancas de seda. Todo lo contemplábamos con admiración, la espera nos fue placentera.

Cuando nos tocó el turno, yo me limité a mirar a Choana para que hablara. La sentí titubear ante la mirada impaciente de la dependienta, al fin la oí decir:

–Necesito bragas.

–¿Son para usted? –preguntó la dependienta preocupada en mantener cierta distancia.

–Sí.

–La talla pequeña será suficiente –dijo hablando para sí misma.

Luego la vimos perderse en la trastienda y volver con una caja. Al abrirla vimos que contenía bragas blancas de algodón. Desdobló una de ellas ante la mirada atenta de Choana, en busca de su aprobación y directamente la preguntó cuántas quería. Dijo que cuatro. Enseguida la volvió a preguntar si deseaba algo más, ella pidió un par de medias de lana. En esta ocasión la operación se desarrolló con mayor rapidez. La dependienta cogió un paquete de

debajo del mostrador y extrajo un rebujo que se correspondía con un par de medias de lana negra. Choana apenas tuvo tiempo de dar su conformidad, mientras la dependienta procedía a empaquetar lo pedido.

Antes de lo que nos hubiera gustado, nos encontramos de nuevo en la calle. Choana guardó el paquete en el capacho al tiempo que decía:

–¿Has visto qué preciosidades tienen en esta tienda? Cómo me gustaría tener alguna de esas combinaciones y un sujetador de seda… Seguro que Vicent me lo compra.

–Vicent no va a entrar en esa tienda, no está bien visto.

–Le pediré dinero y tú me acompañarás. ¿Qué hacemos ahora?

–Volver a la pensión –dije sin convicción.

–Ni hablar, tenemos que aprovechar la buena tarde que hace. He oído decir que Vitoria tiene un parque precioso. ¿Sabes dónde está?

–No he estado nunca, lo veo de lejos cuando vamos a la iglesia los domingos. Si vamos hacia la derecha lo encontraremos –le dije a Choana mientras caminaba en esa dirección.

Choana me siguió con decisión, pronto descubrimos las altas copas de los árboles del parque de La Florida. Al llegar nos miramos y sonreímos satisfechas, anduvimos por un camino de guijo, bordeado de hierba, que nos condujo a una amplia explanada con muchos árboles.

En el centro había una construcción redonda a la que se podía acceder por unas escaleras de piedra, estaba abierta por todos lados, llamó poderosamente nuestra atención y nos acercamos a ella. Concentradas como estábamos en la contemplación del quiosco, no habíamos percibido que un par de soldados se habían acercado.

–No puede ser que estas chicas estén solas –dijo uno de ellos.

–No estamos solas –se apresuró a decir Choana.

–No veo a nadie por aquí. Tal vez podamos responder alguna de vuestras preguntas.

–¿Qué es esto? –dije señalando la construcción.

–Es el quiosco de la música. Aquí se colocan los músicos de la banda cuando actúan. Casi todos los domingos, en fiestas de la Blanca… ¿No soléis venir a bailar los domingos? ¿De dónde habéis salido?

No respondimos a las preguntas de los chicos, nos dirigimos hacia el interior del parque. Ellos nos siguieron con la intención de hacernos hablar, que si cómo nos llamábamos, que si creíamos que ellos eran poco para nosotras… A veces les miraba de reojo, no eran mal parecidos. Vi cómo Choana sonreía con disimulo. Ellos querían saber si podían acompañarnos. Entonces Choana reaccionó de manera inesperada, se puso a correr hacia la salida del parque, yo trataba de alcanzarla pero no podía. Los chicos gritaban: "¿Qué os pasa? ¡No somos sacamantecas!"

Tras un buen rato de carrera, Choana se paró jadeante y miró hacia atrás, murmuró: "No nos siguen".

–¿Por qué te has puesto a correr de esa manera? –la pregunté.

–Me ha venido a la cabeza que soy una mujer casada y que si se enterara Vicent de que ando tonteando con otros, me iba a montar una buena.

–No hacíamos nada malo.

–No se te ocurra contar nada a nadie, tampoco a Bea.

Tuve que prometerla que jamás mentaría a los soldados, aunque la verdad, a mí no me habían hecho ningún mal, al contrario, agradecía que alguien se interesara por mí. Ambas coincidimos en que era hora de volver a la pensión, tal vez empezaran a inquietarse por nuestra tardanza. Vicent seguiría en el mercado.

Ya sosegadas después de la carrera, volvimos a casa. Nos abrió la puerta Bea.

–Aquí llega la pareja de compradoras. ¿Os ha costado encontrar la tienda?

–Un poco. Había bastante gente y hemos tenido que esperar a que nos atendieran –contestó Choana de manera acelerada.

Después tuvimos que soportar el interrogatorio a que nos sometieron Bea, Paca, doña Plácida y hasta doña Rosa que merodeaba por allí. Quisieron ver lo que habíamos comprado, qué nos había parecido el comercio, cómo eran las clientas que habíamos visto, si nos habían tratado con simpatía, si había mucha gente por la calle… Del paseo por el parque no dijimos nada.

Un par de días después, Choana cayó enferma, por lo visto no soportaba bien los rigores de nuestro clima. Por la mañana Vicent apareció en la cocina con aspecto de haber pasado una mala noche. Choana tenía fiebre y, según él, no paraba de decir cosas sin sentido. El hombre se lamentaba por haberla permitido que viniera con él a un lugar donde hacía tanto frío. Doña Plácida fue a verla y decidió llamar al médico.

Después de examinarla diagnosticó “punto de pulmonía”. La recetó algunas medicinas y, sobre todo, reposo absoluto durante un par de semanas. Dijo que mientras tuviera la fiebre tan alta tomara agua y alimentos líquidos, así hasta que el propio organismo recuperara el apetito.

A Vicent se le veía muy afectado. Parecía dispuesto a no separarse de la cabecera de su mujer. Doña Plácida le dijo que él no podía abandonar su labor en el mercado, que nosotras nos encargaríamos del cuidado de Choana, lo haríamos de “mil amores”, como si fuera de nuestra familia. Las tres asentimos, mientras escuchábamos las palabras de doña Plácida. Algo más tranquilo, Vicent nos agradeció nuestra buena disposición y marchó a su trabajo.

Choana pasó un par de días medio amodorrada, no parecía comprender lo que le decíamos. Cada rato nos turnábamos para ir a verla, darla de beber y ver cómo se encontraba. Al tercer día la fiebre había remitido y ya se tomó el tazón de leche con galletas remojadas del desayuno. Después se volvió a dormir plácidamente.

Esa tarde, cuando volvió Vicent del mercado, la encontró sentada en la cama de cháchara conmigo. Se le iluminó la cara al verla. La besó primero en la mejilla y luego en los labios. Ella respondió a las caricias con entusiasmo. Me pareció que hacían caso omiso de mi presencia y abandoné la habitación haciendo el menor ruido posible.

Por las tardes, sacaba un rato para acompañar a Choana. A veces me encontraba con doña Rosa que pasaba buena parte de la tarde con su labor de punto en la habitación de la enferma. Cuando nos quedábamos solas hablábamos de nuestras familias, de cómo era la vida en nuestros pueblos, de cómo cambiaba la vida de las mujeres al casarse… Me decía que no hiciera la tontería de casarme tan joven como ella, que esperara a saber más y disfrutara de mi juventud.

Choana se recuperó y volvió a acompañar a su marido en el puesto del mercado. Yo les llevaba el almuerzo cada día, labor que realizaba con gusto. Ya próxima la Navidad, Vicent y Choana decidieron volver a su tierra. La despedida fue muy emotiva, con su sencilla bondad se habían ganado el cariño de todos.

Al besar a Choana no pude evitar derramar alguna lágrima. Sentía que perdía una amiga, la única que tenía fuera del entorno de mi pueblo y de mi familia. Sentí las miradas comprensivas de los presentes. La pareja prometió volver al año siguiente si las dueñas les aceptaban como huéspedes. Doña Plácida se apresuró a decirles que allí siempre habría un lugar para ellos. Choana partió algo más pálida que cuando llegó.

Con la marcha de los turroneros, yo tuve más tiempo para recapacitar sobre mi situación. Ese año pasaría la Navidad fuera de mi casa. Llevaba poco tiempo en la pensión y no procedía que dejara mi trabajo. Sentí que las hermanas Vallejo y Bea se mostraban conmigo más solícitas que de costumbre. Yo no podía ocultar mi tristeza y trataban de compensarme como mejor sabían.

Hablaban todo el tiempo sobre los preparativos de la cena de Navidad, sobre lo bien que le salía el pavo relleno a Paca, de la compota y los dulces de la sobremesa. Había que preparar el nacimiento en el hall, labor en la que colaboraba don Anastasio con

entusiasmo. Después de la cena asistiríamos todos a la misa del gallo, seguro que me gustaría ver la iglesia tan iluminada, el nacimiento viviente y los villancicos cantados por el coro. Yo me esforzaba por aparentar interés para no desairarlas.

Llegó la Navidad y la verdad es que aunque echaba en falta a mi familia, disfruté bastante con la celebración. El día de Navidad cenamos todos juntos en el comedor. Faltaron Bea y Miguel. Bea cenó con sus padres, aunque quedamos en vernos en la misa del gallo. Miguel había marchado de víspera a Bilbao para pasarla con su familia.

Esa noche todos colaboramos en la preparación de la mesa, recoger platos y cubiertos, repartir los alimentos… Hasta don Benito trajo los dulces desde la cocina. Después de la cena se inició una prolongada tertulia en la que cada uno contaba anécdotas divertidas y algún chiste subido de tono de don Benito, que don Anastasio no pareció oír. Yo escuchaba con interés, aunque sin atreverme a participar en la conversación.

Madre se las apañó para hacerme llegar su regalo de Reyes. Por carta le había comunicado que pasaría la Navidad en la pensión, para animarla, añadía que aunque sentía no estar con los míos, me hacía ilusión ver cómo eran las celebraciones en Vitoria. Me mandó el jersey y la bufanda azul que me anunciaba en su carta. Yo correspondí con un paquete de dulces que compré con el aguinaldo que me había dado doña Plácida.

El día de Reyes, al entrar en la cocina, me encontré con las miradas sonrientes de doña Plácida, Paca y Bea, sobre la mesa había cuatro paquetes, cada uno con su nombre.

–Paula, te estábamos esperando, coge el paquete que el Rey Mago Miguel ha traído de oriente para ti –dijo doña Plácida.

Como las demás, tal vez algo más emocionada, cogí el paquete que llevaba mi nombre. Por el tacto supe enseguida de qué se trataba, un libro. En la portada aparecía un chico vestido pobremente y una ciudad desconocida, adornada con vivos colores. Era la novela de Charles Dickens, Oliver Twist. Los otros paquetes contenían frascos de colonia.

LIBRERÍA LINACERO (19)

Tanto al salir como al volver a la pensión, pasaba por delante de la librería Linacero. Siempre me paraba delante de su escaparate más o menos tiempo, dependiendo de la prisa que llevara. Nunca había visto tantos libros juntos. Ya me parecían muchos los de la escuela del pueblo. Aquí había muchos más. Acercaba mi cara al cristal para poder distinguirlos. Con el tiempo creí descubrir, de acuerdo con los dibujos y coloridos de las portadas, que los de la derecha estaban destinados a ser leídos por jóvenes lectores, los del medio por adultos y los de la izquierda por los que buscaban complicarse la vida al hacer trabajar al cerebro más de lo necesario. Si me preguntaran cómo había llegado a esa conclusión, no sabría decirles mucho más.

Uno de esos días, sentí que alguien trataba de llamar mi atención tocándome en el hombro, al volverme me encontré con la mirada curiosa de Miguel.

–Hola Paula, ¿hay algo de tu interés en ese escaparate?

–Los libros –dije azorada.

–¿Quieres verlos de cerca? ¡Ven! ¡Vamos dentro! –al tiempo que hablaba me condujo al interior de la librería– José está deseando de acoger a nuevos clientes.

José, el dueño de la librería, nos recibió sonriente de pie junto al mostrador. Era la primera vez que entraba en una librería. Estuve un buen rato contemplando lo que allí había. En el centro, largas mesas servían de soporte a las filas de libros que las cubrían. Las paredes estaban tapadas por vitrinas que también contenían libros. Los de las mesas, como supe más tarde, eran los más recientes. Al fondo descubrí sillas y una mesa trasversal vacía. Un par de clientes sentados, ojeaban libros con parsimonia.

–Por fin te veo bien acompañado. ¿Quién es esta jovencita? Yo hubiera contestado, que era Paula, la ayudante de cocina de la pensión Vallejo, que estaba fascinada ante tanto libro. Sin embargo me mantuve en silencio, me limité a escuchar las palabras de Miguel.

–Paula es una de las personas con las que comparto casa y mantel en la pensión Vallejo y a partir de hoy una de tus clientas. ¿Cuál es el último libro que has leído? –me preguntó y ahora sí que contesté.

–Oliver Twist.

–Muy triste ¿verdad? José, ¿qué la recomiendas?

–¿Algo de Pérez Galdós?

–No, vuelve a ser triste. Para empezar, mejor Robinson Crusoe. Podrás conocer otras tierras y cómo sobrevivir en ellas a base de imaginación. José, dale a Paula un ejemplar y ponlo en mi cuenta –dirigiéndose a mí, continuó diciendo–, cuando lo leas nos dirás qué te ha parecido.

José fue a buscar lo pedido. Miguel se dirigió al fondo de la librería. Yo le seguí y entonces descubrí una cara conocida, le había visto al menos una vez. Enseguida reconocí al hombre que había venido preguntando por Miguel a la pensión y al que yo abrí la puerta. Era don Emilio. Al igual que la primera vez, me llamó la atención la distinción de su atuendo. En lugar de corbata como la mayoría de los hombres, llevaba una pajarita de color verde que resaltaba alegre en su cuello. Parecía muy concentrado en la lectura de un libro que estaba sobre la mesa. De reojo pude leer Luís Cernuda, Donde habite el olvido. Al acercarnos levantó la cabeza y sonrió. No pareció sorprenderse por nuestra presencia.

–Ya es hora de que aparezcas, llevo un buen rato esperándote, al menos no vienes solo… ¿Dónde has encontrado la ninfa de los ojos curiosos?

No hubo respuesta a la pregunta de don Emilio. En ese momento llegó José que traía un ejemplar de Robinson Crusoe y se lo entregó a Miguel. Sin mirarlo me lo dio.

–¡Déjame ver! A esta chica le iría mejor la poesía, algo que se acerque más a sus sentimientos. Yo escuchaba expectante, sin saber qué hacer ni qué decir.

“Unos ojos curiosos me miran, me observan

me atraen, me atrapan.

Continúo curioso y me alejo”

–Esto es auténtica poesía, cualquiera puede manifestar lo que siente dando ritmo a las palabras –continuó diciendo don Emilio.

–No hay ningún ritmo en lo que pretende ser tu poema.

–En mi poema no hay rima, sí ritmo. Los poetas actuales han abandonado la rima. Voy a por un libro que seguro le va a gustar a esta jovencita –al tiempo que hablaba, don Emilio se levantó y se dirigió a una de las estanterías cercanas. Volvió trayendo un pequeño libro que me ofreció. Lo cogí. Tenía pastas de cartón con dibujos sencillos. Su título, Rimas, de Gustavo Adolfo Bécquer. Miguel lo miró por encima de mi hombro.

–No te va a hacer daño leer algo de poesía, Bécquer no está mal para empezar, además te ganarás el aprecio de Emilio. Entre capítulo y capítulo de Robinson Crusoe, puedes leer alguna rima. Ya nos dirás si disfrutas con su lectura –me dijo Miguel.

Yo observaba con interés las idas y venidas de ellos. Escuchaba las palabras que me dirigían bastante sorprendida. Me parecían mostrar preocupación por mis lecturas que hasta entonces habían sido escasas, los libros de la escuela y alguna vida de santos. Salí de mi ensimismamiento al oír las palabras de Miguel:

–Paula, ahora es mejor que vuelvas a la pensión, puede que te echen en falta. Ya sabes que aquí serás siempre bien recibida. José te atenderá con gusto, aunque nosotros no estemos. Le puedes comentar y preguntar lo que quieras sobre libros; cualquier otra cosa que se te ocurra mejor nos preguntas a nosotros.

Llevando el par de libros entre el brazo izquierdo y el pecho y la bolsa del pan en la otra mano, salí de la librería Linacero. Esta vez

miré su escaparate con indiferencia, ya no lo encontraba tan interesante. Me sentía ligera, por primera vez en mi vida algo me pertenecía, estaba allí también por mí. Sin causa aparente mi cuello se irguió y así continúa.

No recuerdo haber subido la escalera de la pensión, solo la cara de Bea al abrirme la puerta.

–Ya es hora de que aparezcas, estábamos empezando a preocuparnos. ¿Qué traes ahí?

–Libros que me ha dado Miguel.

–¿Dónde lo has encontrado?

–En la librería Linacero.

–Ya. ¿Te gusta leer? A mí también. Te puedo dejar alguna novela de Pérez y Pérez, son de amor.

Sin hacer aprecio a la oferta de Bea, fui a mi habitación y dejé los libros sobre la mesita. Al salir, vi cómo Bea me hacía señas para que me acercara a ella.

–Acompáñame y así me ayudas a arreglar las habitaciones.

La seguí y mientras quitábamos el polvo de los muebles de la habitación de doña Rosa y su hija, me dijo que no era conveniente que dijera a nadie de la pensión que había entrado en la librería Linacero y mucho menos que lo había hecho en compañía de Miguel. Quise saber el motivo. Después de una serie de vacilaciones vino a decir que en la trastienda de la librería se reunían personas de mala fama, gente que no respetaba el orden y la moralidad, liberales de los peores, ateos y sin escrúpulos. Confusa pregunté:

–¿Miguel es de ésos?

–No es de ésos, pero anda con malas compañías, según él, porque tiene que estar al tanto de todo lo que sucede en Vitoria.

Leí los libros que me habían regalado Emilio y Miguel y otros muchos que José, el de la librería Linacero me fue recomendando.

Cuando coincidía con Miguel, comentábamos mis lecturas y poco a poco fueron creciendo mis conocimientos sobre literatura, poesía, teatro… Quise conocer la vida de los autores, de dónde procedían, cómo se relacionaban, de qué pie cojeaban... Descubrí que no era lo mismo ser buen escritor que buena persona.

JACINTA (20)

Al entrar en la cocina me pareció que Paca y Bea interrumpían la conversación y por las miradas que me dedicaron, versaba sobre mi persona. Entre sorprendida y confusa me decidí a preguntar:

–¿Pasa algo? Ellas no parecieron oírme, concentradas en sus tareas de pelar ajos y rehogar la carne. Aparentando ignorar mi presencia, Paca dijo:

–Seguramente Miguel tiene razón…

–¿Qué ha dicho Miguel? –pregunté alarmada.

–Dice que deberías tener amigas de tu edad y salir más –ahora fue Bea la que habló tratando de adivinar el efecto de sus palabras en mí, continuó diciendo–: yo trato de que tengas alguna diversión, la verdad es que me gusta tu compañía, con la disculpa de acompañarte, disfruto de los paseos –me alarmó el tono quejumbroso de sus palabras.

–Bea, no necesito más amigas, lo paso muy bien contigo –me apresuré a decir. La realidad era que echaba en falta las conversaciones y risas con Choana, desde que se fueron los valencianos mi estado de ánimo no era el mismo. En la pensión empleaba la mayor parte de mi tiempo libre en lecturas que encontraba interesantes, incluso ojeaba El Liberal que cada día Miguel colocaba sobre la mesita de la entrada, sobre todo las noticias de sociedad y de espectáculos.

Siempre recordaré la tarde que Bea me acompañó a la zarzuela. Me impresionaron aquellos actores que lo mismo hablaban que cantaban, e incluso bailaban. Lloré y reí con ellos. Durante el camino de vuelta a casa la hice mil preguntas, quería saber cuántas piezas conocía, que me contara sus argumentos y me hablara sobre la vida de los actores… Complaciente trató de satisfacer mi

curiosidad, siempre le tendré que estar agradecida por haberme ayudado a descubrir el “género chico”.

En los días sucesivos, las mujeres de la pensión se empeñaron en la tarea de buscarme una amiga idónea que me acompañara en mis salidas por la ciudad. Yo las escuchaba como si la cosa no fuera conmigo. La verdad es que no podía aportar gran cosa a sus pesquisas. No conocía a ninguna chica de mi edad.

–Si todavía estuviera viviendo con ella, la hermana pequeña de la del segundo derecha –dijo Paca.

–Dices la que se fue al convento –quiso saber Bea.

–No sabía lo del convento. Parecía una chica dispuesta y con ganas de diversión.

–Algo pasó que la hizo cambiar de opinión, algo que no sabremos nunca.

–¿Y la sobrina de Matilde?

–Debe tener novio, hace tiempo que la veo con un chico que la acompaña.

Fue doña Plácida la que una mañana de aquellas, entró en la cocina con aire resuelto y como si hubiera tenido una revelación dijo:

–¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Me parece que ya he encontrado una amiga para Paula, a ver qué os parece.

–Di su nombre de una vez –replicó Paca impaciente.

–Jacinta, la chica que sirve en casa de Encarna, la parienta de la madre de Paula.

Se hizo el silencio en la cocina, cada una de nosotras tratamos de asimilar las palabras de doña Plácida. Yo enseguida supe de quién se trataba. Era la chica que vi en casa de la prima de madre el día que llegué a Vitoria. No podía recordar su cara porque aquel día no pude verla de frente.

Pronto sentí que las miradas de las tres mujeres se posaban sobre mí, convencidas de que al fin habían encontrado la chica adecuada y que solo faltaba conocer mi opinión. Fue doña Plácida la que me preguntó:

–¿Qué te parece Paula?

–Bien –qué otra cosa podía decir.

Llegado a este punto, con una candidata que contaba con el beneplácito de todas, se produjo una animada conversación de la que la protagonista involuntaria era Jacinta. Le tuvieron que estar sonando los oídos durante toda la tarde. Parecía que todas la conocían a fondo. Debía tener un año más que yo, una amiga que se había vuelto al pueblo. Era muy bien parecida y también muy modosita, la veían en misa cada domingo… Decidieron que la tarde siguiente, doña Plácida visitaría a doña Encarna para hacerla partícipe de sus intenciones, y hacer posible que Jacinta fuera mi amiga de salir. Yo escuchaba impasible sus palabras, convencida de que cualquier tipo de oposición por mi parte, no serviría más que para afianzar aún más sus convicciones.

El día siguiente fue para mí uno de los más largos de mi vida, confiaba en que pasara algo imprevisto que impidiera que Jacinta se convirtiera en “mi amiga de salir”. En el pueblo tenía alguna amiga y sobre todo un amigo, Constan, con ellos jugaba a la soga, andábamos por el campo cogiendo moras, manzanas de algún huerto; buscábamos nidos, contábamos cuentos de aparecidos…, ellos no eran “amigos de salir”. Mis esperanzas se truncaron, cuando doña Plácida volvió a casa después de su visita a doña Encarna y con tono triunfante nos comunicó que la propuesta había sido muy bien acogida, que hacía meses que Jacinta no salía más que para ir a misa y algún recado. El hecho de que ambas muchachas sirviéramos en casas formales, garantizaba que estuviéramos convenientemente vigiladas. En una última tentativa, me atreví a preguntar:

–¿Qué ha dicho Jacinta?

–Con ella no he hablado, tú tranquila, estará encantada de ser tu amiga.

De acuerdo con las costumbres de la época, saldríamos los jueves y domingos por la tarde, de cinco a nueve. Así se me hizo saber y resignada esperé la llegada del jueves siguiente.

El día llegó antes de lo deseado; por ser la primera vez, Bea me esperó en el hall para acompañarme a casa de doña Encarna, a la que no había visto desde el día que había ido a esperarme a la estación de autobuses. Para la ocasión me vestí con mi ropa de calle, vestido azul de manga larga y el abrigo gris, los zapatos eran los de cordones de siempre. Las mujeres me examinaron de arriba a abajo.

–Esta chica necesita renovar el vestuario. Mañana mismo que la acompañe Bea a comprar unos zapatos nuevos, que sean de vestir –dijo doña Plácida con decisión. En mi fuero interno interpreté que los zapatos me serían regalados, eso me puso de mejor humor. Por el momento desconocía la cuantía de mi sueldo, suponía que mensualmente me lo ingresaban en una libreta de ahorro, nunca me había atrevido a preguntar.

Al fin Bea y yo salimos a la calle para ir a casa de doña Encarna. Nos abrió la puerta Jacinta que nos saludó con una sonrisa que a mi me pareció entre tímida y bobalicona. Esta vez sí que pude verle la cara. Era rubia, de ojos claros, melena corta. Tuve que admitir que era guapa. Yo no lo era tanto, al menos eso creía en aquel momento, siempre me pareció tener una nariz desproporcionada, demasiado grande, en eso me parecía a padre.

Entramos en la sala de las visitas, seguidas por Jacinta, esperamos en silencio a que viniera doña Encarna.

–Paula está muy mejorada, hecha una “pollita”.

Las palabras de la prima de madre me ruborizaron, adiviné la sonrisa de sorna de Jacinta.

–Bea, hechas las presentaciones, ya va siendo hora de que éstas se vayan a disfrutar de su tarde libre, eso sí, antes de que den las nueve tenéis que estar en casa, que hay que cenar y recoger –fueron las palabras de doña Encarna al tiempo que se ponía de pie.

Ya en la calle, Bea se despidió de nosotras. La vi alejarse y tuve sensación de desamparo. En ese momento Jacinta se metió en un portal y yo la seguí indecisa. Sin decir palabra sacó un espejo y una barra de labios de su bolso y se los pintó de rojo. La miré curiosa mientras ella apretaba los labios, tratando que la pintura se distribuyera de forma homogénea.

–¿Tú no te pintas? –me preguntó al tiempo que me ofrecía la barra.

–No –contesté con determinación. Luego me arrepentí de no haberlo hecho, al comprobar que la mayoría de las chicas llevaban los labios pintados.

La tarde aunque fría, era apacible. Caminé junto a Jacinta y nos dirigimos a la calle Dato, lugar de paseo y encuentro de jóvenes y adultos de la época. Se notaba que Jacinta sabía de sobra cómo había que comportarse. Pensé que era una suerte tenerla como compañera. Sin ella me hubiese encontrado perdida entre toda aquella gente. Me limité a imitarla. A veces se erguía más de lo normal, y cuando percibía las miradas de algunos chicos apretaba el paso, otras se paraba junto a algún escaparate para coincidir con quien ella quería. Así llegamos a tropezar con un grupo de chicas que conocían a Jacinta.

–Hace tiempo que no se te veía por aquí. ¿Dónde te habías metido? –le dijo a Jacinta una de las chicas.

–He estado saliendo, lo que pasa es que no hemos coincidido.

–Y ésta, ¿quién es?, ¿también es de tu pueblo?

–Es de aquí, seguro que ya la has visto alguna vez. Se llama Paula.

–Por lo menos tienes con quien salir…

–Bueno, adiós –Jacinta se despidió y continuamos nuestro paseo en dirección a la estación del ferrocarril. Entonces le pregunté:

–¿Por qué le has dicho que soy de aquí?

–Porque es una curiosa y “al que mucho quiere saber se le dice poco y al revés”.

No me pareció mal que Jacinta me hiciera pasar por una chica de capital. Mientras caminábamos conversamos sobre nosotras, así supe que los padres de Jacinta habían muerto cuando ella era pequeña. La había criado la abuela y al cumplir quince años, la había mandado a servir a la capital, diciéndola que "allí tendría mejores oportunidades de vida, el trabajo del campo era muy duro".

Jacinta estaba contenta en casa de doña Encarna, parecía severa, pero la trataba bien y mantenían largas conversaciones sobre cualquier tema que fuera de su interés. No pensaba pasarse toda la vida sirviendo; se casaría, tendría hijos y sería la dueña de su casa. Al llegar a una de las calles laterales, Jacinta interrumpió la charla y dijo:

–Vamos a acercarnos hasta el Ideal Cinema para ver qué ponen el domingo. Caminamos hasta la entrada del cine y nos topamos con un enorme cartel en el que figuraba un gorila que tenía en su mano una mujer rubia, a su lado parecía una muñequita. Era el anuncio de la película que estrenarían el domingo, King Kong. Lo contemplamos con sorpresa. Las palabras de Jacinta sonaron contundentes: "Esto promete, vendremos a verla el domingo". Me quedé mirando el cartel que había sobre la taquilla que ponía el precio de las entradas, "Localidad de Butaca 30 céntimos", "Localidad General 15 céntimos", muy a mi pesar dije:

–Me parece que el domingo no voy a poder venir.

–Claro que vendrás. Yo te invito y no se hable más –estuve un buen rato callada, no me parecía justo que Jacinta tuviera que pagar mi entrada, yo tendría que corresponder de alguna manera y no sabía cómo. Su pregunta sobre si había estado alguna vez en el cine, me sacó de mi ensimismamiento, la dije que había visto algunas películas en Peñacerrada.

En contra de mis temores, la tarde pasó volando. Jacinta era una buena compañía y estaba dispuesta a poner todo mi empeño en ser su amiga. Me acompañó hasta la esquina de mi calle y antes de las nueve estaba de vuelta en la pensión. Doña Plácida me abrió la puerta y tras su mirada escrutadora la oí decir: "Por la cara que traes lo has debido de pasar bien". Fui a mi habitación para cambiarme de ropa y ayudar a servir la cena. Petra y Bea andaban

trajinando cuando entré en la cocina.

–Luego nos cuentas qué tal has pasado la tarde, primero es la obligación y luego la devoción. Ahora lleva la sopa al comedor –me dijo Petra y yo me limité a hacer lo que se me mandaba.

Servida la cena y recogidas las mesas, a Petra y Bea se las veía impacientes por saber cómo había ido mi primera salida. Pronto se nos unió doña Plácida y yo traté de dar cumplida respuesta a sus preguntas.

Cuando dije que teníamos intención de ir al cine el domingo próximo, doña Plácida enseguida me preguntó si había salido sin dinero esa tarde. La verdad la alarmó y se culpó de no haberlo previsto. Según ella una chica no debía de salir sin algo de dinero en el bolsillo. Me sentí más ligera ante sus palabras, podría pagar el precio de la localidad del cine. A partir de aquel día nunca me faltó una peseta los días de salida, ella me permitió satisfacer algunos pequeños caprichos.

Esperé impaciente la llegada del domingo, iría al cine con Jacinta, mis expectativas de sorpresa y diversión eran muy grandes. A las cinco sonó el timbre y me apresuré a salir de casa. Abajo en el portal me estaba esperando Jacinta.

–¡Vamos! La película empieza a las cinco y media, y todavía tenemos que comprar las entradas –fueron sus palabras a modo de saludo.

Ambas nos pusimos a correr hasta la puerta del cine que no distaba mucho de la pensión. Nos encontramos con una larga cola, pero no nos colocamos al final de la misma, en mi deseo de llegar cuanto antes a la taquilla, no quise percatarme de que alguien nos hacía un hueco. Sí que le dije a Jacinta que yo pagaría mi entrada. Una vez que pasamos por taquilla, subimos la escalera corriendo y me limité a seguir a Jacinta y sentarme junto a ella. No pasó mucho tiempo cuando se apagó la luz y comenzó la película.

Las primeras imágenes mostraban una ciudad de edificios muy altos, después supe que se trataba de New York. Fueron apareciendo personas que hablaban entre sí con toda normalidad. Para mí fue la

primera sorpresa, en la única película que había visto, la gente por lo visto no podía hablar, había que leer lo que decían; tampoco tenía música de fondo.

Ann, la protagonista, era la chica más elegante y delicada que hasta entonces había visto. Para mí, lo más emocionante de la película fue cuando vi a King Kong, el gorila, que llenaba la pantalla. Me impresionó de tal manera que no pude evitar mirar a Jacinta y ver que sobre su mano estaba apoyada otra, la del chico que se sentaba junto a ella. Me concentré en la película y traté de evitar las miradas indiscretas. La verdad es que bastante tenía con seguir las andanzas de King Kong que me tenía fascinada, deseé ser Ann y poseer un cariño tan enorme.

Después de que se encendiera la luz, me costó un rato volver a la realidad, hasta que Jacinta me hizo un gesto con la cabeza para que nos fuéramos. Salimos del cine y yo seguía viendo a King Kong apretando su puño para impedir que Ann se cayera.

–¿Te ha gustado? –dijo Jacinta

–Sí, mucho –contesté con entusiasmo. Comentamos la película mientras caminábamos despacio por la calle Dato. Del chico que se había sentado junto a ella no había ni rastro. De repente Jacinta cambió de tema:

–¿Te has fijado en el chico del cine?

–No –me apresuré a decir.

–No te hagas la tonta. Sí que te has fijado. Se llama Sebas, me ha dicho para salir. Es de Burgos, está haciendo la mili aquí, tenía que volver al cuartel cuanto antes, por eso no te lo he presentado. No digas a nadie que hemos ido al cine con un chico.

–Por mí puedes estar tranquila –Jacinta continuó hablando de Sebas, que si era muy atractivo, muy atento, pero que ella no se atrevía a ir más lejos porque cuando terminan la mili, se vuelven a su casa y “si te he visto no me acuerdo”.

Al acercarse las nueve de la noche, al finalizar la calle Dato, nos

despedimos hasta el jueves siguiente. Aligeré el paso para llegar cuanto antes a la pensión. Era la hora de servir la cena a los huéspedes y no quería llegar tarde. Me abrió la puerta Bea, que a modo de saludo, me pidió que trajera las croquetas de la cocina. Yo ya sabía que a las horas punta no había tiempo que perder, había que evitar que los comensales se impacientaran.

La hora de las confidencias llegó después de que todos hubiéramos cenado. Mientras secaba los cubiertos, fui sometida a un intenso interrogatorio por parte de las mujeres, incluida doña Plácida. Querían que les contara la película con pelos y señales. Tratando de relatar lo que recordaba, me interrumpían a cada momento, haciendo comentarios que provocaban risas. De repente, se abrió la puerta lo justo para que asomara la cabeza Miguel:

–Paula, ¿qué estás contando para reíros tanto? Yo también quiero reírme –me quedé callada mirándole, seguro que me sonrojé.

–Paula nos está contando la película de monstruos que ha visto en el Ideal Cinema –se adelantó a contestar Bea.

–¿Qué película es ésa?

–King Kong –me atreví a decir.

–¿Te ha gustado? El gorila aparenta ser más humano que muchos. La chica parecía estar más segura en sus manos que en la sociedad que pretende explotarla.

–Miguel, ¿la has visto? –pregunté sorprendida.

–Claro, tengo que estar al tanto de todas la novedades de Vitoria. Es una gran película, deberíais de verla todas –dijo dirigiéndose a las demás–. Buenas noches Paula, no sueñes con King Kong –al salir Miguel se reanudó la conversación y ellas acordaron ir a ver la película alguna tarde que se lo permitieran sus ocupaciones.

Mi vida se iba enriqueciendo paulatinamente: tenía una amiga, iba al cine con cierta frecuencia, leía los libros que me recomendaba el librero de Linacero, con las enseñanzas de Petra me creía capaz de preparar un buen guisado de carne. Aprendí a diferenciar la

monarquía de la república, me sentía poderosa cuando presentía que los chicos me miraban, y si Miguel me hablaba… Algo más de tiempo necesité para descubrir que las relaciones personales, podían ser muy gratificantes y también producir mucho dolor.

Ese año pude participar, al menos como testigo de los carnavales que se celebraron en Vitoria. El domingo por la tarde hubo un desfile de carrozas que, partiendo del Prado, llegaba hasta la calle Dato. Jacinta y yo lo vimos subidas al peldaño de la entrada de un comercio. En la primera carroza aparecía un hombre vestido de mujer, con los pechos al aire que debían ser postizos. Según dijo un hombre de edad que estaba cerca de nosotras, era la representación de la república. La gente reía con ganas.

Otra de las carrozas representaba un grupo de hombres con sombreros y grandes puros, sentados alrededor de una mesa cubierta de sabrosos manjares y bebida. Los asientos eran figuras de cartón que representaban a hombres y mujeres vestidos pobremente. Dejándome aleccionar por los comentarios de los presentes, llegué a la conclusión de que la carroza quería representar a los burgueses como opresores de los humildes.

No necesité ayuda de nadie para distinguir en una de las carrozas a un grupo de curas y monjas besándose y manoseándose de manera obscena. En realidad, ellos y ellas pertenecían al género masculino. Siempre me ha llamado la atención que en cuanto tienen ocasión, los hombres se disfrazan de mujeres. La escena me violentó, me vino a la cabeza la figura de padre, siempre tan respetuoso con todo lo relacionado con la religión, ¿cómo se lo hubiera tomado él? Jacinta me miró y dijo: “No deberían permitir esto”.

El desfile para mi gusto, mejoró con las carrozas finales, que representaban personajes de película, a Frankenstein, el vampiro, el hombre lobo y no faltó nuestro admirado King Kong.

Terminado el desfile nos dirigimos al parque de La Florida donde en el quiosco, la banda municipal interpretaba piezas bailables que animaban a participar a los jóvenes allí concentrados. Ese día el ambiente parecía más distendido que de habitual. Los disfraces de algunos impedían clasificar socialmente a las personas por su indumentaria, y ello impedía cumplir con la costumbre de que

dependiendo del grupo social al que pertenecías, tenías un lugar asignado en el espacio del baile.

Jacinta y yo bailamos un rato juntas hasta que llegó Sebas, pensé que querrían estar solos y fui a sentarme en un banco. Enseguida se sentó junto a mí un individuo que tenía el rostro cubierto con una careta, que representaba a un chino con sombrero en punta. Al quitársela no pude evitar proferir un grito de sorpresa al encontrarme con la torpe mirada de Rufino.

–¿Qué haces aquí? –es lo único que se me ocurrió decir en ese momento.

–No pareces alegrarte de verme. No pensarás que iba a permitir que otro se te acercara.

Rufino era un chico de mi pueblo, el hijo menor de la viuda Morales. Tenía cuatro hijos, todos varones, en mi opinión un poco brutos y Rufino además con estrabismo. No era una compañía que yo deseara, no obstante, por tratarse de un paisano quise mostrarme amable.

–¿Cómo es que estás en Vitoria?

–Estoy trabajando con un camión y hoy es mi día libre. ¡Vamos a dar un paseo! –dijo poniéndose de pie. Su movimiento brusco hizo que le imitara y le seguí por el camino que nos alejaba del recinto festivo.

–Paula, de las chicas del pueblo eres la que más me gusta y vamos a ser novios. Escuché sus palabras como si no se refiriesen a mí. Me pareció que los árboles se nos acercaban. Una mano agarró con fuerza la mía y me condujo hacia uno. Pronto sentí sobre mi cara un beso babeante que se posaba en mi cuello. Una mano poderosa restregaba mi pecho.

Quise desasirme de aquel animal que me indujo a introducir mi mano en la bragueta de su pantalón, ordenándome que acariciase su picha. No podía moverme, encajada entre el árbol y el hombre. Para liberarme, no se me ocurrió otra casa que retorcer aquel repugnante pedazo de carne. Oí como un aullido y aproveché para alejarme. Él

trató de retenerme, sujetándome por el brazo, emprendí la carrera y mi abrigo sufrió un desgarrón a la altura de la manga. Libre de impedimentos corrí tanto como pude, a empujones pasé entre la gente y no paré hasta llegar a la puerta de la pensión. Me atreví a mirar para atrás, nadie me seguía.

Me abrió la puerta doña Plácida, ante mi estado se alarmó.

–¡Paula! ¡Hija! ¿Qué ha pasado?

Sin decir palabra, recorrí el pasillo hasta llegar a la cocina y alcanzar mi habitación. En la cocina vi a Petra y Bea trajinando. Ni siquiera las saludé, entré en mi habitación y cerré la puerta. Me tumbé sobre la cama y ya no me contuve, lloré entre sollozos de manera desesperada. Lo que nunca me había pasado desde mi llegada a Vitoria. Me sentí abandonada, lejos de los míos, por mi cabeza pasaron las imágenes de mis hermanos, de padre y sobre todo de madre. Me aferraba a mi madre en un abrazo deseado y arreciaba el llanto. Me llegaban las voces de la cocina. No sé cuánto tiempo estuve así. Alguien tocó la puerta y escuché la voz de Bea.

–Paula, ¿puedo pasar?

–¡Pasa! La puerta está abierta –respondí como una autómata. Aunque no quería ver a nadie, no me parecía oportuno desairar la buena intención de las personas que se preocupaban por mí.

Bea se me acercó y me acarició la cara diciendo: "¿Me contarás a mí lo que te ha pasado?" No pudo reprimir una exclamación cuando vio en mi cuello las marcas producidas por los dientes de mi agresor. Me cubrí el cuello con las manos, al tiempo que me senté en la cama. Bea movía la cabeza de arriba abajo, en silencio, adivinando lo sucedido. Nos abrazamos largo tiempo. No me hizo más preguntas. Después me ayudó a desvestirme y ponerme el camisón. Me dijo que me acostara, que me traería algo para relajarme, que esa noche la pasaría conmigo.

Después de tomarme la tisana que me trajo Bea, sentí un sopor que me tuvo como enfebrecida toda la noche. A ratos tenía sobresaltos que me despertaban. Me encontraba con la mirada comprensiva de Bea y eso me tranquilizaba. Pude dormir algunas horas. Cuando

desperté, debía ser muy tarde, estaba sola en la habitación, entraba luz por el ventanuco del baño. Me costó recordar lo sucedido el día anterior. La puerta se abrió, era Bea que dirigiéndose a doña Plácida y Petra dijo:

–Paula se ha despertado –vi asomarse a las tres con mirada interrogante y no tuve más remedio que sonreír.

–Enseguida te traigo el desayuno –continuó diciendo Bea.

Ese día lo pasé casi entero en la cama. De manera inconsciente sollozaba cada rato. Por la tarde oí la voz de Jacinta, pero no la vi. Más tarde supe que mis cuidadoras habían decidido que no me viera. Ya habría tiempo de aclarar lo sucedido cuando me serenase. Tuve tiempo para recapacitar sobre muchas cosas, una sobre todo, que tenía que cumplir con mis tareas y no cargarlas sobre aquellas buenas mujeres.

Pronto me incorporé a la rutina del trabajo en la pensión. Para los huéspedes había padecido unas anginas con fiebre y me había visto obligada a estar en la cama. Ése era el motivo de llevar un pañuelo al cuello. Nadie pareció tener dudas al respecto, y más de una vez tuve que satisfacer las preguntas que me hicieron sobre mi estado de salud.

Una tarde, algunos días después, apareció por la pensión doña Encarna interesándose por mi salud. Jacinta le había dicho que me encontraba enferma. No hubo más remedio que contarle parte de la verdad. Doña Plácida me llamó para que fuera a la sala de la entrada, donde se recibían las visitas. Pidió a Petra y Bea que también estuvieran presentes. Inició la conversación diciendo que ya iba siendo hora de que contara lo sucedido, no tanto por satisfacer su curiosidad, sino para evitar que quien me había hecho daño tratara de repetir la hazaña. Empleó todas sus dotes de oratoria. Entendí que vivíamos en un mundo organizado en beneficio de los hombres. Las mujeres debíamos de protegernos entre nosotras.

Empecé derramando algunas lágrimas, ante la mirada serena de las presentes relaté a grandes rasgos lo sucedido. Solo doña Encarna me preguntó si conocía al agresor y le dije de quién se trataba. También

quiso saber dónde se encontraba Jacinta cuando se produjo la agresión, no tuve más remedio que decirla que bailando con un chico. Nadie hizo comentarios al respecto. Petra me rodeó con su brazo y luego salió de la habitación para volver con chocolate caliente y bizcochos. Incluso yo comí con apetito. Empecé a sentirme mejor ante la comprensión de aquellas mujeres.

Ellas coincidieron en que por una temporada, no debía salir sola a la calle. Por el momento, no dirían nada a mi madre. Su recuerdo revivió en mí el deseo de su compañía y volví a sentirme triste.

NUEVAS EXPERIENCIAS (21)

La primera vez que salí a la calle después de mi encuentro con Rufino, fue acompañada por Bea para comprar productos de limpieza y mercería que se necesitaban en la pensión. Al abrir la puerta de la calle, el aire frío me acobardó, quise retroceder, la actitud decidida de Bea me indujo a salir al exterior y caminar con decisión por la calle. Su mirada insistente, me llevó a decirla: "Estoy bien". Al llegar a la altura del escaparate de la librería Linacero, nos paramos y durante un espacio breve de tiempo contemplamos los libros. Pude comprobar que habían sido renovados. Al levantar la cabeza me encontré con la cara sonriente del librero que hizo un gesto de saludo. Desde la distancia le correspondí.

Muy a mi pesar, no conseguía evitar el mirar a mi alrededor con desconfianza, tratando de prevenir algún peligro incierto. Bea se dio cuenta y me agarró del brazo con gesto protector. Así caminamos todo el tiempo. En la droguería dejamos el pedido mensual por escrito. En la mercería estuvimos más tiempo, mientras elegíamos botones y puntillas. Percibí que Bea caminaba de manera lenta, como si fuéramos de paseo, se paraba delante de las tiendas de ropa, incluso me propuso que visitáramos el comercio de don Benito, para ver las telas de la próxima temporada. Inquieta le rogué que volviéramos a la pensión cuanto antes y así lo hicimos.

Supe que Jacinta estuvo una larga temporada sin disfrutar de salidas. Vino algunas veces a visitarme con doña Encarna. Parece que Sebas por fin se decidió a ir a la casa de doña Encarna y pedirla permiso para salir con Jacinta, insistiendo en que sus intenciones eran las de llegar a ser novio formal. A doña Encarna le debió de caer en gracia el chico y le dijo que durante un tiempo podía ir a casa a verla, más adelante ya se vería.

Yo preferí permanecer en la seguridad de la pensión. En mi tiempo libre leía todo lo que caía en mis manos, poesía, historia, novelas e incluso teatro. Los domingos por la tarde se organizaban en la

pensión partidas de cartas, en las que participaba sin demasiado entusiasmo. Me pareció que los residentes se esforzaban en entretenerme, incluso don Anastasio me enseñó a jugar a las damas y jugábamos durante largo tiempo partidas que él siempre ganaba.

La rutina de la pensión se vio alterada por la presencia de Juanita Millás. Se trataba de una joven actriz que vino a Vitoria con una de las compañías que en esos años se promocionaron desde el Gobierno republicano, para divulgar la cultura en provincias. No era la primera vez que una actriz se alojaba en la pensión. Era habitual que en la temporada de teatro, jóvenes actrices se alojaran en la misma. La buena fama del establecimiento las inducía a ello.

En esta ocasión la obra en la que participó Juanita Millás, que se estrenó en el Nuevo Teatro, fue La Zapatera Prodigiosa de Federico García Lorca, por entonces un joven autor, del que se decía que tenía un prometedor futuro. Leí el artículo que Miguel escribió en El Liberal, ponderaba el trabajo de García Lorca e inducía a los lectores a que acudieran a la representación de la obra, que en su opinión no decepcionaría por su frescura y originalidad.

Juanita Millás representaba a la Zapatera, la protagonista. En mi opinión, nadie mejor que ella para serlo. De por sí, tenía mucha gracia al hablar. Era gaditana y el seseo que acompañaba su lenguaje hacía que todos la escucháramos con atención, dejándonos llevar por el sonido de su voz. Eso, unido a sus ojos oscuros y vivaces, a su figura menuda y bien proporcionada, a su abundante mata de pelo negro, hacía que nos tuviera a todos encandilados. La magia del teatro se había instalado en la pensión.

Creo que sentí algo parecido a los celos al principio, al ver cómo Juanita era el blanco de las miradas de todos los varones de la pensión. En alguna ocasión me pareció descubrir a don Anastasio mirándola un poco embobado, no digamos a don Benito que no paraba de hacerse el gracioso. Miguel mantenía largas conversaciones con ella después de las comidas, lo que provocaba que no pudiéramos recoger la estancia a la hora habitual. Nadie parecía preocuparse por ello.

Juanita aparecía siempre perfectamente arreglada. Anunciaba su presencia el sonido acompasado de sus tacones. Siempre llamó mi

atención la costura de sus medias, dividiendo sus piernas de manera perfecta. Eran medias de cristal. Su melena ondulada era sin duda el fruto del trabajo minucioso de su dueña. A veces se peinaba con un moño plátano que acentuaba sus suaves facciones, haciéndola aparentar más edad.

Poco a poco hasta yo me dejé seducir por su encanto. Tenía la virtud de hacernos sentir a todos importantes cuando nos hablaba, nos hacía partícipes de sus confidencias. Nuestra curiosidad sobre su vida y trabajo era generosamente satisfecha. Así supimos que llevaba casi un año sin ver a su familia de Madrid. Había recorrido capitales de provincia y pueblos importantes de toda España. Las comidas las realizaba en la mesa de doña Rosa y Rosita, era cuando me acercaba a ella para con el pretexto de servirla, observar su perfumada elegancia e intercambiar algunas palabras.

–Paula, no me llenes más el plato. Tiene muy buen aspecto pero yo no puedo comer todo eso.

–Vamos doña Juanita que yo como eso y más.

–No me llames doña que me haces sentir mayor, Juanita está bien.

Ese día, al volver al comedor para servir el postre, melocotón en almíbar adornado con guindas, hablaba Rosita:

–Juanita, cuando termine de comer tal vez pueda recitarnos algunos párrafos de la obra que está preparando.

–¡Buena idea! –oí decir a Miguel con entusiasmo. Todos quedamos pendientes de su respuesta.

–Haré algo mejor, les invitaré a todos al estreno en el Nuevo Teatro. La propuesta fue muy bien acogida.

Entusiasmada con la idea de ver una obra de teatro y temerosa de no tener quien me acompañara, les comenté a Petra y a Bea la oferta de Juanita. Petra nos propuso que fuéramos Bea y yo. Alguien tenía que quedarse para preparar la cena. Ella iría con su hermana en otra ocasión. Pronto apareció Miguel en la cocina para proponernos acompañarle a ver actuar a Juanita y sin más

dilaciones acordamos ir juntos el domingo al estreno.

Se me hizo muy larga la espera hasta el domingo. Me pareció que la ocasión merecía que yo estrenara el vestido granate y el abrigo azul marino que me había confeccionado la modista de la casa a instancia de doña Plácida. Me recogí el pelo en un moño, tratando de imitar el que a veces llevaba Juanita y me puse carmín en los labios. Bea se puso el traje gris marengo que tan bien la sentaba, conjuntado con bolso y zapatos de charol negro. También se pintó los labios y se puso los pendientes de perlas que solo lucía en las grandes ocasiones. Cuando nos encontramos en el hall, nos miramos la una a la otra de arriba abajo y no pudimos reprimir la risa ni el abrazo en que nos fundimos. La voz de Miguel, que complacido había observado la escena, nos sacó de nuestro ensimismamiento.

–Si no queremos llegar tarde al teatro, tenemos que salir ya.

Los tres juntos caminamos a lo largo de la calle de Los Fueros, me gustaba el sonido que producían los tacones de nuestros zapatos, afianzaba mi confianza y alegría. Muy distinto del que me tocaría escuchar meses después, durante los numerosos desfiles militares que invadieron la ciudad.

Cuando llegamos al teatro, Miguel entregó las entradas al portero y nosotras nos limitamos a seguirle. Nuestras localidades eran las tres centrales de la tercera fila. En opinión de Miguel, las mejores, Juanita había sido muy generosa. Mis acompañantes decidieron que me sentara en el asiento del medio, a mi derecha Bea, a mi izquierda Miguel. Recuerdo ese día como uno de los más felices de mi vida. Hasta que empezó la función, no paré de parlotear y de mirar en todas las direcciones para no perderme detalle de lo que me rodeaba. Traté de contar el número de columnas decoradas con flores, las lámparas que iluminaban los pasillos laterales, los palcos llenos de gente… Contemplaba hechizada la cortina granate que ocultaba el escenario, deseando poder descubrir cuanto antes su secreto.

Al fin se apagaron las luces y brazos ocultos corrieron la cortina. En el escenario apareció una chica joven vestida de vivos colores, verde intenso, dos rosas adornaban su pelo. No me costó mucho descubrir que se trataba de Juanita, La Zapatera. Me sorprendió que

la dama que yo conocía, elegante y sofisticada, pudiera transformarse con tanta facilidad en una aldeana descarada y con tanta gracia. Estuve todo el tiempo pendiente de sus ocurrencias y movimientos. A su lado, era evidente que los demás personajes ocupaban un lugar secundario. El tiempo pasó pitando, la obra terminaba con una fiesta en la que se interpretaron canciones populares. Conocía una de ellas, la de "Los cuatro muleros". Con ella terminó la función.

Los actores fueron saliendo al escenario para recibir los aplausos del público, se inclinaban y sonreían. Cuando apareció Juanita con su vestido blanco y corona de flores, arreciaron los aplausos y nos pusimos en pie. Me pareció que Juanita nos miraba, los tres aplaudimos entusiasmados. Al fin se volvieron a cerrar las cortinas y como si despertara de un sueño, me encontré sentada en la butaca entre Bea y Miguel que me miraban sonrientes. Me preguntaron: "¿Te ha gustado?" "Muchísimo" fue mi categórica respuesta.

Salimos acompañados por los comentarios y animadas conversaciones del público asistente. Ya en el vestíbulo del teatro, Miguel nos dijo que iba a buscar a Juanita al camerino para acompañarla luego al Círculo Republicano –allí la esperaban algunos aficionados al teatro para conocerla y cambiar impresiones con ella– y que los esperáramos para ir juntos. Bea dijo que para nosotras se hacía tarde, teníamos que volver a la pensión. Miguel no hizo ningún comentario, se marchó en busca de Juanita.

Con la mente ocupada por lo sucedido a La Zapatera, fui testigo mudo de la decisión de mis acompañantes. Seguramente me hubiese gustado ir con Juanita y Miguel al Círculo Republicano, en el que no había estado nunca, a pesar de encontrarse frente a la pensión. Durante el camino de vuelta casi no hablamos. Bea caminaba ligera, parecía tener prisa. Al llegar, en el hall nos estaban esperando las mujeres de la casa: Petra, Rosita, doña Plácida y doña Rosa, querían conocer nuestra impresión sobre lo acontecido en el teatro.

–Paula, explícales tú, que lo harás mejor, lo que hemos visto y oído –fueron las palabras de Bea dirigiéndose a mí.

Traté de satisfacer su curiosidad, contándoles la historia de La Zapatera, que en realidad era Juanita, la esposa del zapatero. El

zapatero tenía bastantes más años que ella, y se lamentaba por ello continuamente. Agobiado se marchó, pero volvió al darse cuenta de que La Zapatera le echaba de menos. Traté de describirlas lo alegre de los decorados, el colorido de los vestidos, la agilidad de los movimientos de los actores…; cómo la música y las coplillas lo envolvían todo. No lo debí hacer mal, ellas me escuchaban con atención. Cuando creí que había terminado, todavía tuve que dar satisfacción a unas cuantas preguntas. Las cuatro fueron a ver la obra al día siguiente.

Por primera vez, desde hacía meses, ese día dormí de manera profunda, acunada por la música del teatro. Por la mañana me desperté alegre, convencida de que en la vida también tendría gratas experiencias. Al encontrarme con Juanita, me pareció imposible que fuera la misma que yo había visto el día anterior en el teatro, ante mi confusión me abrazó y me dio dos besos, después me miró insistente y dijo:

–Paula, ¿te gustó la función?

–Mucho.

–Gracias Paula, eso es lo que da sentido a mi trabajo.

Al terminar de servir las comidas, pude ojear el periódico que Miguel dejaba en la mesita de la entrada. En la primera página había una foto de Juanita, acompañada por un artículo firmado por Miguel Espinosa, decía:

“Ayer noche, en el Nuevo Teatro, se representó la obra del reconocido autor Federico García Lorca, La Zapatera Prodigiosa. El papel de la protagonista fue interpretado por la joven actriz Juanita Millás que consiguió mantener la atención del público durante la hora y media que duró la función. La Zapatera dialogó, recitó, cantó y se movió por el escenario con gracia magistral. La historia nos descubrió comportamientos poco habituales en la vida amorosa de una pareja desigual. Superados ciertos avatares, la obra tiene un final feliz. Terminada la representación, la compañía al completo salió al escenario para saludar al público, que entusiasmado aplaudió durante largo tiempo”.

La obra se estuvo representando durante quince días, después Juanita se despidió con palabras cariñosas para todos nosotros y se llevó su mundo de ilusión que nos había permitido compartir. Creo que todos la echamos de menos; por mi parte volví a concentrarme en el trabajo y en la rutina de siempre. Mi tiempo libre transcurría entre lecturas y juegos de mesa con Bea y los huéspedes de la pensión.

Una de esas tardes, al final de la primavera, jugaba a las cartas en el comedor, cuando apareció Miguel preparado para salir y me dijo:

–Paula, hace muy buena tarde, arréglate que nos vamos de paseo.

Sorprendida le miré al tiempo que Bea dijo:

–Paula, deja las cartas y prepárate para salir, necesitas un poco de aire fresco. No me hice de rogar. Me levanté y fui a mi habitación para cambiarme de ropa. Me hubiera gustado consultar a Bea cuál era la más adecuada para la ocasión. No tenía muchas opciones; al final me decidí por el vestido granate. No quería hacer esperar a Miguel.

Cuando volví al comedor taconeando con decisión, me pareció ver miradas de aprobación.

–Vamos ya, antes de que se haga sentir el norte –dijo Miguel.

Una vez en la calle, caminé por el lado derecho de la acera. A mi izquierda iba Miguel, me sentía segura. “Te voy a enseñar una Vitoria para ti desconocida” oí decir a Miguel. Sin hacer comentarios, me centré en adaptar mi caminar al suyo. Al final de la calle Fueros torcimos a la izquierda, atravesamos Dato, dejamos atrás la Plaza Nueva, por el momento era el mismo trayecto que hacía cada domingo para ir a la misa de San Miguel. Continuamos andando, aquello ya me era desconocido, mi mirada de interrogación indujo a Miguel a decir:

–Seguro que no habías visto nunca el edificio de la izquierda. Es el Palacio de la Diputación, desde ahí se gobierna la provincia y se administran los impuestos. Está lleno de funcionarios, manejando papeles –contemplé el edificio mientras escuchaba sus palabras que

me parecieron confusas, continuó diciendo–. Vamos, no es esto lo que quiero enseñarte.

Seguimos andando hasta toparnos con una calle estrecha, el cantón de las Carnicerías como figuraba en un amplio cartel a su entrada. Miguel quiso que observara con detenimiento la calle. Quería saber si había algo que llamara mi atención. Estuve un rato tratando de adivinar lo que me pedía. Vi que la calle terminaba en una escalera cercada por muros de piedra que formaban un arco, señalé en su dirección.

–Eso es, parece una entrada, es la entrada a la ciudad antigua.

–¿Hay una ciudad antigua? –me decidí a preguntar.

–Claro, la vas a ver. Atravesaremos la muralla que la protege y subiremos la escalera.

Aquello empezaba a resultar interesante. Subí la escalera siguiendo a Miguel. Pronto alcanzamos una amplia explanada rodeada por una pared de piedra. A la derecha había una construcción, también de piedra, que debía ser importante, la puerta de entrada estaba muy adornada. Dijo Miguel que se trataba del Palacio de Escoriaza-Esquibel.

–¿Qué te parece Paula? Antes de responder, me di una vuelta completa para hacerme una idea del lugar en que me encontraba.

–Nunca había visto algo parecido. Las casas de piedra me recuerdan a las de mi pueblo. Éstas son más grandes, debe de vivir en ellas gente importante.

–Aquí comienza la historia de Vitoria. Primero era una ciudad amurallada. Quedan restos de la muralla, la puerta por la que hemos entrado y los que protegen la catedral de Santa María. Vamos a acercarnos hasta la catedral.

La tarde alcanzaba su plenitud, los rayos solares caldeaban con tibieza el ambiente. Miguel se sentó sobre unas piedras que bien podían ser un banco, hice lo mismo, sus palabras me sobresaltaron.

–¿Cómo te encuentras?

–Bien, ¿por qué? –dije indecisa. No sabía si su pregunta se refería al momento presente o a mi estado de ánimo en general. Como si ambos estuviéramos pensando lo mismo, continuó hablando:

–Paula, lo que pasó no debe de impedir que confíes en las personas y que disfrutes de las cosas buenas de la vida. Solo fue una mala experiencia de la que puedes sacar enseñanzas para el futuro. No tienes por qué mantenerte aislada, lo mejor de la vida se encuentra en las relaciones personales, la mayoría somos buenos. Tienes que aprender a protegerte de los que no lo son, hombres o mujeres; en caso de necesidad pide ayuda a tus amigos, entre los que me gustaría encontrarme.

Me emocioné con las palabras de Miguel, debí de sonrojarme, él golpeó suavemente mi mano, al tiempo que se puso de pie y ambos caminamos hacia la catedral. Estaba abierta. Me impresionó su altura, allí una se sentía muy pequeña. Al principio me pareció que dentro estaba muy oscuro. Se oían los rezos de los asistentes al rosario. Miguel me indicó que le siguiera y en completo silencio recorrimos el templo, parándonos en los lugares que llamaban nuestra atención. Después salimos, todavía lucía el sol.

–Paula, quiero que veas alguno de los edificios más importantes. Caminamos retrocediendo, volvimos a pasar por delante del Palacio de Escoriaza-Esquibel, hicimos un corto recorrido hasta llegar a un edificio no muy alto, de fachada alargada, que destacaba por los adornos de sus numerosos ventanales.

–Éste es el Palacio de Montehermoso, aquí vive el obispo.

–Muy grande para una sola persona –fue lo único que se me ocurrió decir.

–Seguro que no está solo. Desde aquí se administra toda la diócesis y eso requiere mantener ocupada a mucha gente.

Después torcimos por una calle empedrada que nos condujo a una construcción en forma de cubo; según dijo Miguel se trataba del depósito de aguas. Continuamos descendiendo hasta toparnos con la calle Cuchillería, cerca de la entrada de la calle, Miguel se paró delante de una casa.

–Paula, quiero que te fijes en este edificio. Es la Casa del Cordón, ¿sabes por qué?

–Ni idea.

–Fíjate en la puerta y el cordón que la adorna, representa el cordón franciscano. Aunque ahora no lo parezca, esta calle formaba parte de la judería. La casa la construyó un judío converso en el s. XV. Escuché con atención las explicaciones de Miguel. Estuvimos un buen rato parados delante de la casa, observando los detalles de la fachada. Después recorrimos la calle, torcimos a la izquierda, abandonando la ciudad vieja por la Cuesta San Vicente. Tras el interesante paseo, pronto nos encontramos con la entrada de la calle Los Fueros. Parecía que nuestro recorrido había terminado, cuando oí decir a Miguel:

–Paula, voy a pasar un rato en el Círculo Republicano, ¿quieres venir?

El Círculo Republicano se encontraba en la misma calle que la pensión, casi enfrente. Nunca había estado dentro. Al pasar, veía acercarse a su entrada personas de ambos sexos y edades, bien vestidas, que conversaban entre sí animadamente. Iría con Miguel, no dudé en aceptar su invitación.

Para entrar en el Círculo había que subir dos peldaños que lo separaban de la calle y permitían crear una atmósfera más cálida. De frente había una escalera que conducía al piso alto, donde más tarde supe que se encontraba el salón de actos. Al entrar, Miguel me condujo a un amplio local que aparentaba ser un café, tenía una barra atendida por una mujer joven. Miguel me preguntó qué quería tomar, me pareció que un vaso de leche estaría bien; él pidió un café solo. Con nuestras bebidas en la mano, fuimos a sentarnos junto a una mesa que ya estaba ocupada por un hombre, era don Emilio. No pareció sorprenderle nuestra presencia.

–Paula, al fin te has decidido a visitarnos.

–Sí, don Emilio –apenas susurré.

–No me digas don, aquí todos somos amigos.

Pronto se nos acercó una chica de aire decidido, de pelo demasiado corto para mi gusto. Me la presentaron como compañera de trabajo de Miguel, se llamaba Lídia. No pareció extrañarle mi presencia. Gran parte de la conversación se basó en el artículo que había escrito Miguel sobre la fiesta de puesta de largo de las jóvenes vitorianas de familias importantes. En opinión de Lídia no había tenido el "tino" suficiente. Me sentía a gusto entre aquellas personas que me habían acogido con tanta naturalidad. Como queriendo cambiar de conversación, Miguel dijo:

–Paula, siempre que quieras puedes venir aquí. Lídia te enseñará las diferentes estancias y te presentará a chicas de tu edad.

Desde entonces frecuenté el Círculo, sobre todo los días en que se representaban obras de teatro, encuentros literarios y excursiones al campo y a los pueblos cercanos.

ALZAMIENTO MILITAR (22)

Debía de ser una mañana de julio de 1936, cuando sorprendí a Miguel y doña Plácida mirando la calle apartando ligeramente los visillos. Intrigada me acerqué a ellos que se mantuvieron impasibles. Pronto comprobé que lo que llamaba su atención era el local del Círculo Republicano. En ese momento, en la entrada se encontraban algunos hombres que debían ser militares a juzgar por sus uniformes, entre ellos había otros vestidos con camisas de color azul oscuro. A base de patadas rompieron la puerta y entraron. Un par de ellos permanecieron en la calle en posición de firmes y con las armas apoyadas en el hombro. Estuvimos bastante tiempo a la espera de algún movimiento, hasta que vimos sustituir la bandera republicana por la roja, amarilla y roja. Me pareció sentir la respiración aliviada de Miguel al decir:

–Parece que el local está vacío. Se sentó en la silla de brazos de la sala, doña Plácida y yo le imitamos. Me atreví a preguntar:

–¿Qué pasa?

–Estamos en guerra Paula. Los militares se han levantado contra la república y ya controlan Vitoria. Lo que hemos visto es el desalojo del Círculo Republicano, lo que están haciendo con las instituciones y las organizaciones que no les son afines.

–¿No podré ir al círculo?

–Me temo que no –dijo Miguel pesaroso.

De repente vinieron a mi mente los buenos ratos pasados en aquel local, ¡cómo habían enriquecido mi vida! Tendría que volver a la situación anterior y no pude contener las lágrimas. Doña Plácida y Miguel me miraron en silencio, no encontraron palabras de consuelo para mí. Volví a la cocina y no me quedó más remedio que decirles a Petra y Bea lo que pasaba.

Durante la comida Miguel estaba muy serio y al contrario que otras veces, no respondió a los comentarios de los demás y se marchó a su habitación sin comer el postre.

–Esto se veía venir, alguien tenía que atajar tanta huelga y tanto desorden –oí decir a don Benito con convicción.

–Esos anarquistas lo estaban poniendo todo patas arriba. Pretendían que todos practicáramos su credo libertario. Hasta ahí podíamos llegar –doña Rosa le ratificó.

Don Anastasio parecía rezar complacido. Rosita callaba, seguramente cavilando sobre en qué le podía afectar a ella la nueva situación. El ambiente en la cocina era expectante, pretendíamos aparentar normalidad para no alarmar a las otras. El tiempo traería las respuestas.

De una u otra manera la guerra nos afectó a todos. Doña Rosa y Rosita salían todas las tardes a pasear por la calle Dato, que se encontraba más animada que de costumbre. Día sí, día no, desfilaban compañías del ejército rebelde. Pronto se unieron los marroquíes, italianos y alemanes. Con tanto hombre soltero, era fácil encontrar pareja. En contra de la opinión de su madre, a Rosita se la veía pasear con un teniente italiano, seguramente encandilada por el uniforme. A mi parecer, despojado de su aire marcial, no era gran cosa.

Don Anastasio parecía haber rejuvenecido, salía para ir a misa cada mañana y empezó a frecuentar el Círculo Vitoriano. Don Benito veía florecer su negocio con los importantes pedidos de telas que le encargaban las damas de la Sección Femenina, entre las que llegó a ser muy popular. Solo la cocina mantenía el tono de siempre.

Miguel apenas salía de casa. Pasaba mucho tiempo en su habitación. Los nuevos mandatarios habían clausurado el periódico para el que trabajaba. Algunos días salía al anochecer, pronto descubrí que no iba muy lejos. Le vi entrar en la librería Linacero.

En cuanto a mí, se puede decir que mi vida experimentó un fuerte cambio, de salir poco, pasé a estar casi todo el día fuera de casa. Doña Plácida y Bea parecían haber decidido no pisar la calle y yo

debía realizar la mayor parte de las compras. Petra, muy en su línea, solo salía para la misa del domingo.

Yo iba cada mañana al mercado para comprar los alimentos necesarios. Allí me enteraba de sucedidos y rumores que corrían de boca en boca. Debido a ello me convertí en la mejor fuente de información para los miembros de la pensión. Por la tarde, volvía al mercado para ayudar a doña Elvira en el puesto de huevos, que ahora con tanta gente de fuera, recibía mucha demanda. Además de la clientela habitual, venían a comprar los proveedores de los diferentes ejércitos, algunos apenas hablaban español.

Entre ellos llamaba mi atención un cabo furriel que semanalmente nos visitaba, ataviado con una especie de sotana blanca, que más tarde supe que se trataba de una "chilaba", prenda habitual entre los marroquíes. La de nuestro cliente destacaba por su blancura. Me pareció que el cabo prefería ser atendido por mí. Esperaba paciente a que yo despachara a los clientes que tuviera delante, evitando la atención de doña Elvira.

Protegida por el ancho mostrador me sentía segura y trataba de entretenerme con la singularidad del cabo. Me divertía su torpeza con el idioma.

–Mujer bonita, ¿cómo llamar?

–¿Quién, yo?

–Sí, ti –me señalaba con su dedo índice.

–Fátima –dije lo primero que se me vino a la cabeza. No estuve acertada, a él se le iluminó la cara y no paró de repetir el nombre.

Doña Elvira, testigo mudo de lo que sucedía, se me acercó y me dijo al oído: "La que has liado, ya no te lo quitas de encima". No di importancia a su comentario. La verdad es que el moro se puso bastante pesado con su insistencia en que quedáramos para pasear. La colaboración de doña Elvira fue muy útil para disuadirle, al decir que necesitaba el permiso de mis padres y ellos estaban muy lejos.

Pasado un tiempo, el moro dejó de frecuentar el mercado, en su

lugar venía otro de chilaba menos blanca y más distante. Doña Elvira, haciendo gala de un sentido del humor que no tenía, de vez en cuando me llamaba Fátima.

Algunas mañanas, al regresar del mercado, con la excusa de ayudar a Bea en arreglar las habitaciones, me acercaba a la de Miguel, que solía estar leyendo o escribiendo, para hacerle un rato de compañía. Me parecía que pasaba demasiado tiempo encerrado en su habitación, aunque seguramente estuviera entretenido con sus cosas. Siempre me pareció ser bien recibida. Miguel dejaba lo que estuviera haciendo en ese momento para charlar conmigo.

–¿Ya has hecho la compra? ¿Había mucha gente por la calle?

–Sí, sobre todo muchos soldados que visten de manera diferente.

–Claro, hay requetés de boina roja, caquis del Ejército Español, legionarios, marroquíes de chilaba, y no nos olvidemos de las camisas azules de los falangistas. Paula, ¿se me olvida alguno?

–Se te olvidan los italianos –dije satisfecha de poder completar la enumeración iniciada por Miguel.

–Verás, pronto vendrán más. ¿Estás leyendo algo? –me preguntó en una ocasión Miguel, dispuesto a dar por terminada la conversación sobre los nuevos habitantes de la ciudad.

–No tengo mucho tiempo. Ya he terminado de leer la novela de Agatha Christie que me prestó el librero. Cuando tenga un rato iré para devolvérsela y le pediré algo sobre historia antigua.

–¿Qué parte de la historia te interesa?

–Los griegos, romanos. No sé casi nada de ellos, parece que son la base de nuestra civilización.

–Lo son. Está bien que te intereses por ellos. Te traeré algo. Es mejor que de momento no entres en la librería, está muy vigilada.

–Vigilada, ¿por qué?

–Los amantes de la lectura, para algunas personas, siempre seremos

sospechosos.

–Entonces tú tampoco deberías de entrar allí –Miguel no dijo nada.

Una mañana del mes de septiembre, estando en el mercado, se oyó un sonido de alarma, semejante a la sirena que anunciaba el final de la jornada de trabajo en las fábricas. Pronto descubrimos que se nos quería advertir del bombardeo de los aviones republicanos. Nos mirábamos confusos, sin saber qué hacer. Luego salimos a la calle mirando hacia el cielo. Pude ver algunos aviones que dejaban caer objetos informes. Las explosiones parecían producirse en lugares no muy lejanos a donde nos encontrábamos. Más tarde supe que había muerto una mujer en la calle La Paz.

Algunos días después, al volver a casa del mercado, me sorprendió que me abriera la puerta Miguel y a modo de saludo me preguntara:

–¿Has visto en la calle algún uniforme nuevo?

–¿A qué te refieres?

–Me refiero a si has visto a personas de aspecto distinto, que hablan otro idioma.

–Alemanes. Los vi desfilar ayer por la calle Dato. Muy tiesos y rubios.

–Solo faltaban ellos… –murmuró Miguel, mientras volvía a su habitación.

Me extrañó su actitud, él que siempre aparentaba tranquilidad. La guerra no dejaba de sorprenderme. A los pocos días de la llegada de los alemanes, una mañana se oyó un terrible estruendo procedente del centro de la ciudad. En lugar de dirigirme al mercado, me acerqué al lugar del suceso, la Plaza Nueva. Una multitud me había precedido para satisfacer su curiosidad.

A través de los espacios libres, pude ver en la plaza un trasto humeante, se trataba de un avión que se había estrellado. En su caída había destrozado varios tejados de los edificios que circundaban la plaza. Era un avión alemán, el piloto había muerto en el acto.

Al día siguiente, en el Pensamiento Alavés, el único periódico que en esos días llegaba a la pensión, pude leer que el avión había caído, después de haber mantenido un duro combate con bombarderos republicanos. Por la calle circulaba otra versión. Para celebrar la llegada de los alemanes, las autoridades les habían obsequiado con una fiesta en el Círculo Vitoriano, que se prolongó hasta la madrugada y en la que se consumió alcohol en abundancia. Los alemanes agradecidos, quisieron hacer alarde de su pericia como pilotos. Estaban concentrados en el aeropuerto de Lakua y desde allí partieron hacia Vitoria para realizar un vuelo rasante, que terminó en tragedia.

Un domingo por la mañana, cuando me estaba preparando para ir a misa con Bea, vino doña Plácida a buscarme y me dijo que mi padre me esperaba en la sala de la entrada. Me costó asimilar que mi padre hubiera venido a verme, nunca lo había hecho hasta entonces, y no se me ocurrió otra cosa que pensar que algo malo ocurría. Terminé de arreglarme y fui a encontrarme con él. Estaba de pie, mirando por la ventana, la boina entre sus dedos. Vestía el traje de siempre, no del todo negro, con tenues rayas grises. La blancura de la camisa resaltaba del chaleco, del mismo tejido que el traje.

Me impresionó ver su cabeza descubierta y el tono grisáceo de su pelo, lo encontré envejecido y como más vulnerable. Me invadió un sentimiento de ternura que me impulsó a besarle. Respondió con un abrazo que prolongó para mirarme y decir: “Hija, tenía tantas ganas de verte”.

–¿Cómo usted por aquí?

–Tengo unos días libres hasta que me den nuevo destino y he aprovechado para visitarte. ¿Estás preparada para salir?

–Sí, iba a ir a misa con Bea.

–Voy con vosotras. Yo todavía no he ido y al tiempo aprovecho para conocer un poco la capital.

Los tres fuimos a la iglesia de San Miguel, nosotras delante, padre cubriéndonos la espalda. Después de misa, padre me dijo que le

gustaría que comiéramos juntos, me quedé sin saber qué decir, Bea solventó la situación.

–Paula, quédate con tu padre, diré en la pensión que no te esperen para comer –se marchó sin darme opción a decir nada.

Padre inició la marcha con decisión, por lo visto ya tenía pensado dónde comeríamos. Se detuvo a la entrada de un local en la calle La Cuesta. Seguramente había pasado por delante de él en otras ocasiones sin que hubiera llamado mi atención. Se trataba de la casa de comidas Felipe. Era la primera vez que entraba en un restaurante y que comía con mi padre a solas. La situación me inquietaba. Nos sentamos a la mesa que nos indicó el camarero, que pronto quiso saber lo que íbamos a comer. Enumeró unos cuantos platos, dejé que padre decidiera por los dos. Su pregunta no se hizo esperar.

–Paula, ¿qué te parece unas patatas con chorizo y una merluza en salsa? –estuve de acuerdo. El camarero volvió para traernos el pan, el vino y el agua. Después volvimos a estar solos. Apenas me atrevía a levantar la cabeza, temerosa de encontrarme con la mirada de padre.

–Seguro que entre tus planes para hoy, no estaba el de comer con tu padre. Aprovecho para decirte que aunque no haya sabido expresarlo, quiero a mis hijos y os echo en falta. No sé cuándo podré veros a todos de nuevo juntos. El tono de sus palabras me indujo a mirarle y me pareció que estaba triste.

–Padre, ¿qué pasa?, ¿qué tal está madre?

–Tu madre ha pasado una pulmonía, el médico dice que tiene debilidad en la sangre, pasa mucho tiempo como ausente. Desde que se fueron los hijos…

–¿Dónde están mis hermanos?

–Han ido voluntarios a la guerra. Vino un camión de requetés y se fueron con ellos.

–¿También Benito?

–Sí, también él. Quiso ir con ellos para limpiar España de rojos.

–Padre, no debería habérselo permitido, es un niño.

–Me pareció legítimo que fuera a participar de la cruzada para combatir a los que echaron al rey de España, que no respetan la patria y la religión.

Las palabras de padre me dejaron confusa, sin saber qué decir. No me atreví a decirle que tal vez estuviera equivocado, que los rojos que yo había conocido, disfrutaban de la vida y permitían que los demás también lo hicieran. Mientras tanto, el camarero había colocado delante de nosotros los platos humeantes de patatas con chorizo. Nos mejoró el ánimo, mientras degustábamos el plato de caldo espeso, en el que destacaba el color rojo del pimiento y el chorizo. Le siguió la merluza en cazuela de barro, acompañada de espárragos y huevo frito. En mi fuero interno tuve que reconocer que estaba deliciosa. En ese tiempo, yo ya tenía opinión para saber cuándo los productos eran de calidad y estaban bien cocinados. Comimos en silencio.

Al terminar retomamos la conversación. Me pareció que padre quería decirme algo, dudaba como si no encontrara las palabras adecuadas.

–Tu madre y yo nos estamos haciendo mayores, ya sé que eso no es ninguna novedad. Las hijas se han ido casando. Ahora la guerra se lleva a tus hermanos. Estamos muy solos, tu madre os echa en falta, la veo muy alicaída… La única que nos visita de vez en cuando es María, que tiene que hacer un largo viaje desde Portilla con el burro.

–Padre, ¿qué puedo hacer yo? –dije interrumpiendo sus cavilaciones.

–Me cuesta pedírtelo, sé que estás contenta con tu trabajo, nos gustaría que pasaras las Navidades con nosotros. No sé si podríamos afrontarlas solos. Por otra parte sé que no vamos a ser una compañía muy agradable para una joven…

–Padre, no diga eso, pediré permiso y pasaré las Navidades con

ustedes.

–Gracias hija.

Completamos la comida con el postre. Padre pidió arroz con leche y yo un flan.

Apenas una semana después de la visita de padre, estando una mañana en el mercado, se produjo un gran alboroto, hubo algunas detonaciones y enseguida se corrió la voz de que se trataba de fusilamientos. Seguí a la gente que salía del mercado para enterarse de lo sucedido. Todos nos dirigimos al cementerio de Santa Isabel.

Curiosa me acerqué todo lo que pude para ver lo sucedido, apoyados en la tapia había tres hombres caídos, uno sobre otro, como si de un fardo se tratara. Nadie se atrevía a acercarse. De sus cuerpos fluía sangre que iba formando un charco, miré incrédula la escena. Horrorizada me aparté de allí y casi no me sorprendió encontrarme con Bea que me abrazó llorando desconsolada. "¿Quién ha podido hacer esto?" le susurré al oído.

Bea no respondió, su llanto se transformó en sollozos desesperados, la pregunté: "¿Conocías a esos hombres?" Me pareció oírla decir que los conocíamos todos. Bea me trasmitió su pena y yo también lloré. Juntas volvimos a la pensión. Nos abrió la puerta doña Plácida y con gesto preocupado, en voz baja nos dijo que fuéramos derechas a la cocina, así lo hicimos.

En la cocina estaba Petra, con nosotras entró doña Plácida que inquieta nos preguntó:

–¿De dónde venís?

–Venimos del cementerio, hemos visto los fusilados –respondió Bea entre sollozos.

–Sabemos lo sucedido por los comentarios de los huéspedes. Quería advertiros que lo mejor es que no digáis nada de lo que habéis visto. Las opiniones son muy diversas y es mejor evitar discusiones. Nuestro sustento depende de esas personas y por el bien de todos es mejor que no manifestemos nuestro parecer.

–Ha sido horrible, doña Plácida –clamó Bea.

–Lo sé hija, si no puedes aparentar serenidad, es mejor que no vayas al comedor, que sirva la comida Paula, yo la ayudaré.

Si bien la idea de hacer el trabajo sola y enfrentarme a la curiosidad de los comensales no me era agradable, la tristeza de Bea y la angustia de las hermanas, me indujo a afrontar la situación de la mejor manera posible. Mi presencia no pareció extrañar a los huéspedes, que conversaban animádamente entre ellos. No presté la menor atención a lo que decían, sumida en la idea de volver cuanto antes a la cocina. Sí que eché en falta a Miguel.

Ese mismo día por la tarde oí cómo alguien golpeaba suavemente mi puerta, era Miguel que por primera vez entró en mi habitación.

–Paula, perdona que te moleste, pero me urge pedirte un favor –me limité a seguir escuchándole–, quiero que entregues esta carta a mi madre en Bilbao, la dirección está escrita en el sobre. Cogí la carta al tiempo que le pregunté:

–¿No puedes echarla al correo o ir tú mismo a Bilbao?

–No puedo, las comunicaciones están cortadas. El Gobierno Vasco ya tiene su propio ejército y ha iniciado la ofensiva contra los nacionales, el frente está a la altura de Villarreal.

–Entonces yo tampoco podré hacerlo –dije impotente.

–Guarda la carta, lo harás cuando puedas –mientras le miraba confusa, siguió hablando–: Gracias Paula, solo puedo confiar en ti. Antes de que pudiera decir algo, Miguel salió de mi habitación.

El sobre permaneció largo tiempo en el fondo de mi mesilla. No comenté con nadie el encargo que me había hecho Miguel.

DE VUELTA A MONTORIA (23)

Como acordé con padre, mediado el mes de diciembre, volví a Montoria. Padre bajó con el burro a recibirme a Peñacerrada. Al bajar del autobús me abrazó, a la manera que lo hacen los hombres, al tiempo que me decía: “Gracias hija”. Aprovechamos para hacer algunas compras en la tienda y en la farmacia. Luego emprendimos el camino hacia Montoria, lo hicimos en silencio. Yo estaba bastante inquieta ante el encuentro con madre, con mi vida anterior, hacía dos años que faltaba del pueblo. Todo me parecía una imagen difuminada de los recuerdos conservados.

Cuando llegamos, la puerta de casa estaba cerrada, padre la abrió y dejó que pasara delante. Subí la escalera indecisa, el silencio reinante hacía pensar que no había nadie. Según me acercaba a la cocina percibí el chisporroteo de la leña en el fuego. Cerca, sentada en la silla que solía usar Juana para coser, estaba madre. Al verme, trató de levantarse, la ayudé a conseguirlo y nos abrazamos. Apoyó su cabeza sobre mi hombro y pronto sentí la humedad de sus lágrimas deslizándose por mi cuello. “Madre, no llore” dije sin poder contener el llanto. Así estuvimos bastante tiempo, hasta que fuimos conscientes de que padre nos contemplaba desde la entrada de la cocina y nos separamos.

–Hija, mira que soy tonta, no te he preguntado por el viaje, seguro que estás cansada, querrás tomar algo…

–Está bien madre. Tomar algo caliente me vendrá bien.

–Pondré leche a calentar. Siento que no haya azúcar, ahora escasea.

Mientras madre trajinaba por la cocina, pude contemplarla con detenimiento, descubrí que se cubría el cuello con un pañuelo blanco. Los años se le habían echado encima, parecía cansada.

–Madre, ¿sigue yendo al monte a hacer carbón?

–No, alguna vez va tu padre pero para consumo nuestro. Desde que empezó la guerra está casi siempre en casa. Han cerrado las escuelas y los niños tienen que suplir a los mayores con las labores del campo.

–¿Qué le pasa en el cuello?

–Me suelen salir diviesos que duelen bastante hasta que brotan y que hago madurar con paños de agua caliente.

–¿Lo sabe don Saturnino?

–Sí, dice que tengo anemia, falta de hierro. Me lo ha recetado para que lo tome en gotas, pero no lo hay en la farmacia de Peñacerrada.

–Si me lo hubieran dicho, habría tratado de conseguirlo en Vitoria. ¿Qué sabe de mis hermanos? –la pregunta que estaba fijada en mi mente desde que llegué, surgió con fuerza y debió sorprender a madre, que no pudo evitar que su cara mostrase toda la preocupación que acumulaba.

–La verdad es que no sé mucho. Llega alguna carta de vez en cuando, siempre diciendo que están bien, que no me preocupe por ellos, que la guerra durará poco. Los tres están con los requetés en el batallón de Flandes. ¿Qué se comenta en Vitoria? ¿Crees que esto acabará pronto?

–Seguro que sí –lo dije con la intención de tranquilizar a madre, desde luego que no sabía la respuesta.

Los días en Montoria se sucedían sin pena ni gloria. Yo me esforzaba en ser útil, procuraba que madre trabajara lo menos posible. Me hice cargo de la limpieza y de las comidas, tratando de que tuvieran sabor y buena presencia. Para ello me servía de los conocimientos adquiridos en la pensión.

Uno de los días me atreví a preparar unas croquetas, tuve que sustituir la mantequilla por un poco de manteca de cerdo, la leche era la de nuestra cabra. Les puse un poco de chorizo, aún así en la cocina de madre fueron una gran novedad. Me pareció ver una sonrisa en su cara, mientras las degustaba durante la comida. Padre

me sorprendió diciendo que nunca había comido algo tan bueno y que se veía que yo no había perdido el tiempo en Vitoria.

La despensa estaba bien surtida. Había bastantes productos de la matanza del año anterior, además de nueces, manzanas, conservas de tomate y pimientos… Lo que era imposible conseguir era pescado. El pan lo cocíamos en el horno de la señora Jacinta. Aprendí a elaborarlo y a usar manzanas a falta de azúcar.

Las tardes, las pasábamos madre y yo sentadas frente al fuego, realizando alguna labor de costura. Gran parte del tiempo lo pasábamos rezando el rosario, dirigidas por padre que se sabía como nadie los quince misterios. Acercándose todo lo que podía a la bombilla que pendía del techo, leía capítulos de su libro de oraciones que nosotras escuchábamos en respetuoso silencio, pensando en nuestras cosas.

Antes de la cena, yo aplicaba a madre en el cuello las compresas de agua caliente que ayudaban a acelerar el proceso de curación de sus forúnculos. Compartía con padre una sopa de ajo que yo misma preparaba, en ella estrellaba un huevo de nuestras gallinas. Para madre preparaba un huevo pasado por agua y un vaso de leche. Me parecía una dieta más apropiada para una persona inapetente. Después colocaba el caldero sobre el fuego para cocer las patatas que servirían de pienso al cerdo que criábamos cada año.

Todavía permanecíamos largo rato delante del fuego, padre sentado en el banco de madera, hasta que empezaba a dar cabezadas inducidas por el sueño. Solía abrir los ojos y decía: “Ya es hora de irse a dormir”. Nos levantábamos e íbamos a acostarnos. Mis padres lo hacían en la habitación junto a la cocina, yo cogía la palmatoria con la vela y subía al piso de arriba.

A menudo por la tarde, nos visitaba alguna de nuestras vecinas, interesándose por nuestra salud o para contarnos alguna noticia que ella consideraba de interés. En el pueblo no quedaba ningún hombre menor de cuarenta años, todos estaban en la guerra. Una de las tardes vino a vernos Josefa, la viuda de Morales y madre de Rufino, traía una carta del frente, era de mi hermano Justo.

Como era costumbre en ese tiempo, cuando un vecino bajaba a

Peñacerrada se acercaba a correos y recogía toda la correspondencia que hubiera para los del pueblo. Aunque la viuda no gozaba de nuestra simpatía, en esta ocasión fue muy bien recibida. Madre la ofreció una taza de chocolate que aceptó sin dudar. Impaciente abrí la carta de mi hermano y sabiendo lo que los demás esperaban de mí, me puse a leerla en voz alta.

"Queridos padres: Al recibo de ésta espero que os encontréis bien. Yo bien gracias a Dios.

Hace unos días que nuestro batallón salió del cuartel y estamos en primera línea de fuego, combatiendo a los rojos separatistas que no van a poder con nosotros y pronto tendrán que salir huyendo. Ustedes no se preocupen por nada, el señor cura siempre nos acompaña y como él dice, nuestra madre la Virgen está de nuestro lado y nos protege. Todos los días asistimos a la santa misa". Interrumpí la lectura para dar paso a los comentarios aprobatorios de padre, mientras las mujeres permanecíamos en silencio.

"A Teo lo veo cada día, a la hora de recoger el rancho, abundante y sabroso, siempre hay postre, algunos días hasta pasteles. Teo me dice que cuando escriba les diga que está bien, a él le cuesta más escribir. En cuanto a Benito, lo veo menos, lo que sé es que está de trompeta y por lo tanto alejado de los combates. En cuanto tenga descanso iré a verlo, por él no hay que temer".

Madre escuchaba mis palabras expectante y creí sentir un suspiro de alivio por su parte, la carta continuaba: "Díganle a mi novia que la próxima vez la escribiré, que no sufra que estoy bien, que los hombres tienen que cumplir con su deber, aunque su padre no apruebe mi decisión".

La carta terminaba con recuerdos para todos y un fuerte abrazo de despedida. Josefa aprovechó el silencio que se produjo al terminar la lectura para decir que ella había recibido carta de su hijo Rufino el día anterior y que en ella preguntaba por mí. Madre pareció sorprendida, debió de ver en mi rostro la alarma que las palabras de Josefa habían producido y se apresuró a decir:

–Dile a tu hijo que Paula está bien, que ha venido al pueblo para cuidar de su madre –lo dijo en tono conciliador, lo que provocó que

Josefa siguiera hablando.

–Ya sabes Floren que a Rufino siempre le ha gustado Paula, no hace más que hablar de ella, creo que él la considera su novia. Me dijo que se veían cuando iba a Vitoria, podrías escribirle ahora que lo necesita…

Me sentí atrapada una vez más, pero entonces no podía salir corriendo. En esta ocasión fue madre la que me sacó del atolladero:

–Josefa, estás avergonzando a Paula, no te metas en las cosas de los jóvenes.

Después, la conversación tomó otro rumbo, se habló de cómo serían las próximas Navidades sin los hijos, del tiempo, de la falta de alimentos, del embarazo de mi hermana la mayor… Al fin Josefa consideró que era hora de volver a su casa, donde nadie la esperaba.

Como me temía, nada más marchar Josefa, madre me preguntó:

–¿Qué opinas de Rufino? Ya has oído a su madre. ¿Tú le correspondes? Rufino aunque es un poco bruto, es trabajador y su familia posee las mejores tierras del pueblo –inquieta, interrumpí las palabras de madre.

–Madre, no siga. Espero que quiera para mí algo mejor que Rufino – la rotundidad de mis palabras la indujo a decir: “Vaya, pues no se hable más”.

Cercana la Navidad, una mañana tuvimos una grata sorpresa, la visita de mi hermana María. Había hecho el camino desde Portilla con la sola compañía de su burro. Los padres y yo la recibimos con tanto entusiasmo como la situación permitía. Padre descargó las alforjas y llevó al burro a la cuadra. Mientras, madre y yo acompañamos a María a la cocina y la ofrecimos leche caliente y rosquillas hechas por mí. Aceptó lo ofrecido de buen grado. Madre dijo:

–Hija, ¿cómo se te ha ocurrido venir con este tiempo?

–Hace frío y había un poco de niebla a la mañana, por lo demás no

está tan malo. El burro conoce el camino de sobra y viene solo. Tenía ganas de verles, no sabía que estuviera Paula. Me alegro mucho de que estén acompañados.

–¿Cómo están tu marido y sus hermanos?

–De Manuel no sé mucho, desde que empezaron los combates en Villarreal las comunicaciones están suspendidas, no puede salir de Bilbao. Dos de mis cuñados están en el frente y los jóvenes, incluida la niña, están en casa.

–¿Quieres decir que Manuel no puede venir a su casa?

–Así es madre.

Madre se quedó pensativa sin hacer comentarios. Mi cuñado Manuel trabajaba de cartero en Bilbao desde hacía unos meses. No sabía entonces que aquel trabajo soñado, conseguido por oposición tras largos meses de preparación, le conduciría a quedarse aislado de su familia. No tenía padres, era el mayor de seis hermanos que dependían de él. Mi hermana al casarse tuvo que afrontar el hacerse cargo de la casa, incluida la educación de los más pequeños. Se casó enamorada de su marido y parecía satisfecha con el cariño que todos la dispensaban. María continuó hablando:

–La niña, como no puede ir a la escuela, me ayuda con las cosas de casa y así aprende. Los chicos hacen lo que pueden en el campo y la huerta, no nos falta qué comer. Por lo demás no queda más remedio que esperar a que termine la guerra.

Las palabras de María me indujeron a recordar a Miguel. ¿Qué habría sido de él?, sin poder ir a Bilbao a reunirse con los suyos.

Mi hermana regresó a su casa al día siguiente. Esa noche la pasamos casi en blanco, hablando de nuestras cosas. Hubo un momento que madre se durmió, aproveché para contarle a María lo sucedido con Rufino. Sentí que con sus muestras de cariño y comprensión aliviaba mi angustia. Dijo que haría todo lo posible para mantener alejado de nuestra familia a semejante “energúmeno”. Como era su costumbre cada vez que visitaba a los padres, traía alimentos procedentes de tierras más fértiles que las de Montoria: uvas pasas,

miel, conservas de melocotón, pimientos, tomates, algún conejo… En esta ocasión, sin conseguir que nos dijera cómo los había adquirido, además azúcar, arroz y un poco de café.

La noche de Navidad la pasamos padre, madre y yo solos. Evitamos hacer comentarios al respecto, para poder superar la pena del recuerdo de los ausentes. Me esforcé en preparar una cena apetecible, a pesar de que las opciones eran escasas. De primero repollo hervido con patatas. El pimentón fue mi aliado para darle color. Padre mató un pollo del corral que yo guisé añadiéndole pasas y especias. Como postre, utilizando el azúcar que nos había traído mi hermana, preparé arroz con leche a la manera que lo había visto hacer en la pensión. Faltó la canela que no pude conseguir. Estaba bueno. El gesto que hizo madre para llamar la atención de padre mientras comía, me lo confirmó y me hizo sentir compensada por el esfuerzo.

Al día siguiente, en ausencia del cura que también se encontraba en el frente, padre nos reunió en la iglesia a todos los que quedábamos en el pueblo, rezamos y hasta cantamos algún villancico. La mayoría éramos mujeres. Estuve con las chicas de mi edad y conversamos un buen rato hasta la hora de la comida.

Pasadas las fechas navideñas, tal como había acordado con mis padres, volví a la pensión para recoger mis cosas y despedirme como es debido. Lo hice con cierto pesar pero no quedaba más remedio que echar una mano en casa.

La distancia entre el autobús y la pensión, a pesar de que lloviznaba agua nieve y el frío se colaba por el cuello del abrigo y atenazaba mis manos, lo recorrí de manera pausada. Quería contemplar con detenimiento las calles de la capital, que recordaría con nostalgia en las monótonas jornadas de Montoria. Me parecía que algo había cambiado. En mi recuerdo estaba presente el bullicio del mercado, las pocas personas con las que me cruzaba parecían tener mucha prisa, como si alguien las persiguiera.

Al entrar en el portal del edificio en que se encontraba la pensión, me sentí como si volviera a casa, subí la escalera emocionada ante la perspectiva de encontrar de nuevo a mis amigos. Me abrió la puerta doña Plácida, que de manera confusa me indicó que fuera

derecha a la cocina. Así lo hice. Ella entró después y cerró la puerta. Dentro estaba Petra que al verme me pareció más asustada que sorprendida. Al fin se acercó a mí y me abrazó entre sollozos que no pudo contener.

–Paula, perdóname por este recibimiento. Me alegro mucho de verte.

Doña Plácida interrumpió a su hermana diciendo:

–Paula vete a dejar las cosas en tu habitación y ordénala un poco, desde que te fuiste nadie ha entrado en ella, tal vez tengas que hacer algo de limpieza.

Antes de cumplir con lo indicado por doña Plácida, saqué de mi bolsa los dos quesos que madre había hecho para obsequiar a mis benefactoras.

–Voy a poner estos quesos que les manda madre en un plato, están empezando a perder el suero –dije mientras cogía el plato de la alacena–. ¿Dónde está Bea?

–En el mercado, luego vendrá –ante el mutismo de las mujeres que no parecían apreciar el regalo, entré en mi habitación. Dejé la bolsa sobre la mesa y en contra de mi deseo, me sentí como si fuera la primera vez que lo hacía.

El silencio lo invadía todo y, sin saber por qué, me sentí abatida. ¿No era aquél el mismo lugar que me había protegido y despertado mi curiosidad por el mundo que me rodeaba? Con desgana, saqué mis cuatro cosas de la bolsa, las guardé en el armario. Me lavé las manos durante largo rato, hasta que oí la voz de Bea en la cocina y, entonces, salí para encontrarme con ella. Al igual que Petra me abrazó entre sollozos.

–Paula, cuánto me he acordado de ti.

–Sobre todo a la hora de servir las mesas –dije tratando de quitar solemnidad a las palabras de Bea.

–No es eso.

Doña Plácida nos interrumpió y creí entenderla que las cosas en la pensión habían cambiado bastante desde que me marché. Había nuevos huéspedes, militares, falangistas que requerían mucha atención. Bastante confusa pregunté por los huéspedes que yo conocía: Don Benito, don Anastasio, Rosita, doña Rosa, Miguel…

–Miguel, ya no está –se apresuró a decir doña Plácida.

–¿Dónde está? ¿Ha vuelto a Bilbao? –pregunté alarmada.

–No sabemos. Vinieron dos hombres uniformados y se lo llevaron.

–¿A dónde?

–Creímos que a la cárcel. Fuimos a llevarle ropa y comida, nos dijeron que allí no estaba.

Las palabras de doña Plácida cayeron sobre mí como una tormenta de pedrisco. Empecé a temblar y buscar a mi alrededor donde apoyarme.

Las tres mujeres me miraban compasivas. Me sentía desamparada, no podía ser que Miguel hubiera desaparecido sin que nadie lo impidiera. Bea se acercó y me abrazó.

Me acompañó a mi habitación y allí estando las dos sentadas en la cama, me explicó que dos hombres, vestidos con el uniforme de la falange, habían venido a la pensión para llevarse a Miguel.

–¿No dijeron el motivo?

–No nos dijeron nada. Hemos oído rumores, que solo son eso, de que Miguel mandaba información a los rojos de Bilbao sobre los movimientos del Ejército Nacional. No sabemos dónde está, puede ser que no esté en Vitoria, tal vez en Burgos…

Me pareció que las palabras de Bea eran bienintencionadas para proporcionarme algo de consuelo, todas sabían lo que Miguel significaba para mí. Bea me advirtió que no me extrañara de nada de lo que viese a partir de entonces.

Después, al quedarme sola en la habitación, me vino a la mente la

carta que me había dado Miguel, la última vez que nos vimos, para que se la hiciera llegar a su madre. Al instante abrí la mesilla y allí debajo de algunos libros se encontraba la carta. La cogí y la estuve contemplando largo rato. Con mi mano derecha recorría las letras escritas por Miguel a modo de caricia. Si pudiera hacer algo por él… Pasó por mi cabeza la idea de abrirla y enterarme de su contenido. No lo hice, me pareció que traicionaba la confianza que Miguel había puesto en mí.

Como de costumbre, aunque no tenía ganas de comer, acompañé a Petra y Bea. Comían en silencio, sentía sus miradas compasivas e impotentes. De repente, alguien abrió la puerta de manera brusca y apareció un hombre uniformado, sus palabras tuvieron el efecto de poner en pie a Bea, que dejó caer la cuchara en el plato.

–Estamos esperando el café –dijo el recién llegado con severidad.

–Ahora mismo lo sirvo. Yo también me levanté con la intención de ayudar a Bea, me di la vuelta al oír que el hombre ahora se refería a mí: “Y ésta, ¿quién es?”

–Paula, hace meses que trabaja en la pensión.

–¿Cómo es que no la había visto antes?

–Ha estado unos días en el pueblo con sus padres –respondió Bea.

Sin más preguntas, el hombre abandonó la cocina. Ayudé a Bea a preparar el café y cuando me ofrecí para llevarlo al comedor, me dijo que me quedara en la cocina, era mejor que pasara desapercibida ante aquellos hombres.

Cuando volvió, la pregunté por los nuevos huéspedes. Todo lo que saqué en limpio es que eran “peces gordos” de la falange, que se comportaban como si fueran los dueños de la pensión. Recibían visitas femeninas, se mofaban y tenían atemorizados a los demás huéspedes. Por el momento, parecían respetar a las dueñas, bastante inquietas desde que llegaron. Ellas trataban de satisfacer sus deseos a rajatabla.

A pesar de los temores de mis amigas, pronto se dieron cuenta que

aquellos hombres me trataban con cierta deferencia, debió de ser porque habían pedido información sobre mí y alguien les había dicho que tres de mis hermanos combatían en el frente de Villarreal.

Estuve algunos días en Vitoria, aproveché para comprar algunas cosas en el farmacia: aspirinas, cataplasmas, el hierro para madre…, también algo de ropa y algunos alimentos que no podría encontrar en la tienda del pueblo. Con la pena de no haber podido ver a Miguel, con su carta entre las páginas del misal, me despedí de las mujeres de la pensión, que lloraban desconsoladas por mi marcha y porque se veían desprotegidas ante los "nuevos huéspedes". Volví a Montoria, a la casa de mis padres.

Después de los días pasados en Vitoria, me costó bastante adaptarme de nuevo a la vida del pueblo. Transcurrían los días de manera rutinaria, las conversaciones con padre y madre se repetían casi cada día. Seguíamos sin tener noticias de mis hermanos. Hasta que lo inesperado ocurrió.

Una mañana al regresar madre de cocer el pan, vino diciendo que se había encontrado con Josefa, muy emocionada porque el día anterior se había presentado en casa su hijo Rufino. Debido a que el frente estaba estabilizado, los mandos habían decidido enviar de regreso a sus casas, a uno de los miembros de las familias que tuvieran tres o más combatientes en la guerra. Era el motivo por el que Rufino estaba de vuelta en Montoria.

Madre debió percibir la angustia que me producían sus palabras, me dijo:

–Hija, ¿qué te pasa?, estás muy pálida. Solo respondí: "Nada madre", sin poder controlar el temblor de mi cuerpo.

Esa misma tarde, sonó la aldaba de la puerta. Por suerte estaba padre en casa y bajó para ver quién era, desde la cocina oí a Rufino decir:

–Vengo a ver a mi novia.

No pude reprimir el impulso de huir, dejando a madre en la cocina

muy alarmada. Subí la escalera tan rápido como mis piernas me lo permitieron, entré en mi habitación y eché el cerrojo. Aunque creí estar segura, no pude evitar golpear la puerta con rabia, seguramente para liberarme del miedo acumulado. Lloré durante bastante tiempo, la casa estaba en silencio y probablemente me dormí. Me despertaron unos golpes en la puerta y la voz suave de madre diciendo:

–Hija, abre, estoy yo sola.

Abrí la puerta y entró madre. Sus primeras palabras fueron:

–Creo que has hecho bien en esconderte, ese hombre es muy violento.

Madre me dijo que Rufino quería verme a toda costa. Padre le dijo que estaba acostada, a lo que respondió que eso no le importaba, había pasado muchas penalidades en el frente y tenía derecho a estar con su novia. Padre le contuvo a su manera, le dijo que si no se moderaba, pediría auxilio a los vecinos. Eso le hizo reflexionar, antes de marchar insistió en que yo era la mujer que había elegido para esposa y que respetaba a sus padres como a los suyos propios. Madre permaneció un buen rato en silencio, esperando que yo dijera algo. No pude articular palabra, solo sollozaba temblorosa.

Los días posteriores los pasé sin apenas salir de mi habitación. Madre pasaba mucho tiempo junto a mí, impotente, sin saber qué hacer para ayudarme. En el momento oportuno vino María a visitarnos, vio la situación en que me encontraba y tomó la mejor decisión posible, llevarme a su casa. Salimos de Montoria, camino de Portilla, una mañana temprano, bastante antes del amanecer.

DESTINO BILBAO (24)

Pronto me adapté a la vida de Portilla. Allí me sentía segura y sobre todo pude recuperar mi libertad. El pueblo era más pequeño que Montoria, protegido por una montaña, coronada por los restos de un castillo del mismo nombre. Siguiendo con las comparaciones, la casa de mi hermana era bastante más grande que la de mis padres, toda ella de piedra.

En la planta baja, había un amplio portalón, las cuadras del ganado, el gallinero, la leñera y la bodega, lugar que servía de expansión a los hombres cuando regresaban del campo. En la primera planta estaban los dormitorios, la despensa, la cocina y el comedor. Me parecía un palacio que recorría una y otra vez a mis anchas. Arriba, el lugar donde reposaban los productos de la cosecha del huerto y los frutales, el desván, la parte de la casa de la que mi hermana se sentía más orgullosa. Allí también se podían ver –colgando de las vigas– chorizos, tocino veteado y morcillas. Perfectamente alineadas en los estantes laterales, estaban en tarros de cristal las conservas de pimientos, tomate, bonito escabechado, melocotones en almíbar…

De una cuerda que atravesaba el desván, colgaban sábanas que poníamos a secar en los meses de invierno. El aire circulaba sin trabas entre los huecos simétricos abiertos en las paredes. Aunque el lugar era frío, me gustaba acompañar a María y verla disfrutar contemplando sus posesiones, quedándose parada frente a los pimientos de color rojo, casi listos para ser consumidos en los guisos, los manojos de cebollas primorosamente trenzadas y sobre todo las hermosas tinajas de barro llenas de chorizos en manteca. La visita al desván solía terminar con la recogida por parte de mi hermana de algunos puñados de nueces que llevábamos a la cocina, las rompíamos con un martillo y comíamos, saboreándolas despacio. Era el momento de las confidencias.

Junto a la casa había un huerto en el que los cuñados de mi hermana realizaban las labores más pesadas, María recogía los

frutos. No era raro el día en que ella misma iba a coger el repollo o las hortalizas para la comida. En la casa vivíamos seis personas, cuatro hermanos de mi cuñado –tres varones y una niña de once años– mi hermana y yo. Ella se ocupaba de mantener la casa limpia y en orden, además de preparar las comidas para todos. No paraba de trajinar. Creo que le vino bien mi ayuda.

Los cuñados salían cada mañana muy temprano a trabajar al campo. Mi hermana se levantaba con ellos. Yo desde la cama la sentía moverse por la cocina. Me levantaba en cuanto oía marchar a los hombres. Mi hermana siempre me decía lo mismo: "No es necesario que te levantes tan temprano, si yo fuera tú, me quedaría un rato más en la cama". Mi respuesta se repetía: "Prefiero estar contigo". Mi hermana ponía sobre la mesa un par de tazones de leche caliente, juntas desayunábamos; añadía a la leche pan del día anterior, se formaba una papilla que entonces me parecía deliciosa.

Mi hermana no paraba de trabajar en todo el día. Con todo no perdía de vista a Julia, su joven cuñada que en cuanto podía se escapaba para ir a jugar con sus amigas. María le tenía dicho que por las mañanas tenía que ayudar en las tareas de casa, ya tenía las tardes libres para hacer lo que quisiera. Uno de los días, María me dijo: "Paula, estaría bien que te sentaras un rato por las mañanas con Julia para que repase la enciclopedia y mejore su escritura, con tanto tiempo sin escuela se le va a olvidar lo poco que sabía. Recuerdo que tú eras muy aplicada en la escuela".

Traté de cumplir el encargo de mi hermana, no fue fácil. Julia se entretenía mirando las moscas y vigilando la puerta de entrada a la casa. Algo más de éxito tenía cuando le leía alguna historia que llamaba su atención. Una de las labores que la niña tenía asignada, era la de ir a por agua fresca a la fuente. No era algo que hiciera con gusto. Más de una vez la acompañé por el placer de sentir el sonido que producía el agua al tropezar con la base de piedras. Era una delicia beber el agua fresca que acumulaba en el cuenco de mi mano.

Todavía recuerdo con emoción, los días de colada. Una vez por semana, procurando que el tiempo fuera favorable, íbamos Julia, María y yo al lavadero del pueblo, cargadas con la ropa sucia, la tabla de lavar y un par de trozos de jabón. Si nos acompañaba el

sol, disfrutábamos de un día perfecto, en el que además de lavar, comíamos sentadas en la hierba, entre la ropa extendida al sol. Julia se entretenía recogiendo flores, que anunciaban que ese año también habría primavera. Al atardecer, se acercaba alguno de los cuñados de mi hermana para ayudarnos a llevar a casa la ropa casi seca.

Durante el tiempo que estuve en Portilla, pude comprobar que mi hermana era querida y respetada por sus cuñados. Nunca vi un mal gesto por parte de ellos. Cuando María les pedía hacer alguna tarea, la hacían sin rechistar. Cuando volvían del campo y la encontraban desgranando alubias, doblando sábanas, pelando patatas…, sin que nadie se lo pidiera, trataban de sustituirla en la labor para que ella descansara. Respondían a sus preguntas con todo lujo de detalles y la mantenían informada de aquello que sucedía fuera de la casa que pudiera ser de su interés.

Como era costumbre en esos días, después de la cena, al calor de la lumbre de la cocina, manteníamos largas conversaciones hasta la hora de acostarnos. Una de las veces Eusebio nos sorprendió a todos con su relato. Mientras estaba en el campo –comprobando la marcha de la cosecha– vio cómo la carretera que conducía a Miranda se llenaba de camiones y gente. Eran militares que se instalaron en la planicie junto al Ebro. Todos le miramos en silencio, hasta que mi hermana preguntó alarmada:

–¿Qué hacen los militares en Miranda? Nadie lo sabíamos.

Más tarde supimos que en Miranda se había instalado un Batallón de Trabajadores. Los propios presos instalaron los barracones. Alguna de las veces que bajamos de compras María y yo, nos acercamos al lugar en que se encontraban los barracones. Desde el otro lado del río, subidas en un ribazo, tratamos de ver lo que allí ocurría. Los barracones y la vegetación nos lo impedían. Pudimos vislumbrar la figura de algún hombre desarrapado, moviéndose con desgana. También oímos voces de alguien que daba órdenes.

Mientras caminábamos de vuelta a Portilla, oí decir a María: “Si entre esos hombres estuviera mi marido…” Alarmada la interrumpí, diciéndola que eso era imposible, su marido estaba trabajando en Bilbao. No sé si la convencí, al menos interrumpió sus

lamentaciones. Sin saber por qué, apareció con fuerza en mi mente el recuerdo de Miguel y de la carta que aún guardaba. Me había comprometido a entregársela a su madre y así lo haría.

Al llegar a casa, fui derecha a mi habitación, quería comprobar que la carta estaba en su sitio. Abrí la mesilla y rebusqué entre mis cosas. En el fondo estaba la carta, la saqué y la tuve un buen rato en mis manos. De repente, me entró un deseo irrefrenable de leer su contenido. En algún sitio había oído que se podía abrir el sobre con facilidad, solo hacía falta acercarlo al vapor de agua. Lo hice, fui a la cocina que por suerte estaba vacía, aproveché el vapor que despedía el caldero en el que hervían las patatas.

Volví a la habitación con el sobre abierto y sin poder contener la emoción, saqué el folio escrito por Miguel. Traté de leer el primer párrafo y fracasé en el intento. No entendía nada de lo que allí ponía, eran palabras sin sentido. Repetí la operación una y otra vez, sin conseguir ningún resultado. Me pareció sentir la mirada de Miguel que me sonreía, al tiempo que decía: “Te está bien empleado por curiosa”.

Por un momento pensé si valía la pena esforzarme en entregar aquella carta de la que no se entendía nada. No la entendía yo, pero no era para mí. Me había comprometido en hacerla llegar a su destinataria y lo haría tan pronto como pudiera. Cerré el sobre con mucho cuidado.

Mediado el mes de junio, ya avanzada la mañana, oímos los gritos que daba Julia desde la calle. María y yo estábamos en la cocina, interrumpimos la labor para escucharla, pronto pudimos entender lo que decía: “Sube Manuel por la carretera de Zambrana”. María se acercó a la ventana, alborozada dijo: “Es Manuel”. Se quitó el delantal, lo lanzó sobre una silla, bajó corriendo la escalera y desde la ventana pude verla correr por la carretera al encuentro de su marido.

Julia y yo les esperamos a la entrada de la casa. Manuel caminaba apoyando su brazo sobre el hombro de mi hermana. Era la primera vez que veía a mi cuñado. Cuando se casaron, no pude asistir a la boda. Su aspecto era el de un hombre cansado y a pesar de todo, mi primera impresión fue la de que me encontraba ante un hombre

decidido y honesto. Sus facciones pronunciadas encuadraban una mirada reflexiva y curiosa.

Cuando estuvo cerca, Julia corrió a abrazarle, él quiso elevarla en el aire, le fallaron las fuerzas, aparentamos no darnos cuenta. Al descubrirme, me miró afectuoso y preguntó:

–¿Quién es esta moza?

–Es Paula, mi hermana pequeña.

–Ya tenía yo ganas de conocer a mi cuñada –fueron sus palabras al tiempo que extendía su mano para saludarme.

Ese día, fue uno de los más alegres que recuerdo. Cuando volvieron sus hermanos del campo, se vieron gratamente sorprendidos por la presencia de Manuel. Le abrazaron y le hicieron mil preguntas, hasta que María les dijo que la comida ya estaba en la mesa y que dejaran que Manuel descansara. Por la tarde, mientras Manuel dormía, sus hermanos fueron de caza para obsequiarle; volvieron con varios conejos de monte que prepararon para la cena.

Manuel dijo que los nacionales habían entrado en Bilbao. La mayor parte de la población, había huido hacia Santander. Él había aprovechado para visitar a los suyos. Su presencia, sin saber muy bien por qué, nos daba seguridad, nos sentíamos felices.

Días después, mi cuñado fue a Bilbao para interesarse por su situación laboral. Las nuevas autoridades decidieron que todos los funcionarios de la República, quedaban suspendidos de empleo y sueldo hasta nueva orden, se les comunicaría de manera individual, cuándo incorporarse al trabajo. Con las mismas se volvió al pueblo.

Conservo un grato recuerdo de aquel verano del 37. Con mi cuñado en casa dirigiendo las labores de la labranza. Nosotras bromeando mientras realizábamos las labores de casa, pasando gran parte del día al aire libre, disfrutando de largas tardes que al refrescar nos invitaban a volver a recogernos. Cada tarde, portando el cesto de la merienda, íbamos al campo en busca de los hombres que estaban trabajando, para acompañarles y compartir tiempo y mantel. Ayudábamos en la siega, en la trilla, en la recogida de fruta…

Después de la cena, conversábamos largo tiempo en la cocina. Comentábamos las noticias que casi siempre nos proporcionaba mi cuñado. Hacíamos partícipes a los demás de nuestros sueños y esperanzas. Mediado agosto, una de esas noches, un hermano de mi cuñado dijo que tenía pensado ir a trabajar a una fábrica metalúrgica de Vitoria, le habían dicho que necesitaban gente y pagaban un buen sueldo. Fue cuando me atreví a decir que yo ya tenía pensado ir a trabajar a Bilbao. Mi hermana me miró alarmada y dijo:

–¿Qué se te ha perdido a ti en Bilbao?

–Nada. No voy a estar aquí para siempre, tendré que ponerme a trabajar –respondí decidida. Mi cuñado sonrió y me preguntó:

–¿Qué harás en Bilbao?

–Podría trabajar como lo hacía en Vitoria. Sé cocinar, planchar, atender una casa… –me interrumpió mi hermana diciendo que ya hablaríamos de eso en otro momento.

Desde ese día se repetía en mí, cada vez con más asiduidad, la idea de ir a Bilbao. Sin duda influía el deseo de entregar la carta de Miguel a su destinataria, también distanciarme lo más posible del asedio de Rufino. Estaba contenta en casa de mi hermana, sin embargo, sabía que antes o después debería seguir mi camino. Así debió de comprenderlo mi cuñado, cuando un día que me encontró sentada en el banco de piedra que había junto a la puerta de casa, me dijo:

–Paula, tú no te ves viviendo siempre en el pueblo ¿verdad?

–No, la verdad es que no.

–Yo tampoco. A los que hemos conocido la ciudad, se nos hace muy difícil vivir en un pueblo. Echamos en falta el bullicio de la calle, los coches, el teatro, el cine… Allí hay más posibilidades de conocer gente y conseguir un trabajo.

–Entonces me apoyarás para convencer a María.

–Lo haré. Espero poder reincorporarme pronto al trabajo, en cuanto

mis hermanos emprendan el vuelo, María vendrá conmigo a Bilbao.

Pasaron bastantes años antes de que él pudiera cumplir su sueño. Las palabras de ese día me animaron a seguir con mis planes. Una tarde de septiembre, mientras María y yo doblábamos las sábanas, después de haberlas cogido del tendedero, me sorprendió diciendo:

–Paula, ¿sigues pensando en ir a trabajar a Bilbao?

–Debes de entenderlo, no puedo estar aquí viviendo a vuestra costa –respondí a la defensiva.

–No te estoy diciendo que no vayas. Al final iremos todos. Las cosas hay que hacerlas bien.

Fue cuando me dijo que tenía una amiga que estaba de monja en el convento de los Ángeles Custodios de Bilbao. Se trataba de una chica de Montoria, de su edad, a la que no recordaba porque cuando se marchó, yo debía tener seis o siete años. María la había visitado en el convento, ahora se llamaba hermana Esperanza. Entre otras cosas, en los Ángeles Custodios las monjas alojaban a las chicas que llegaban de los pueblos, las enseñaban a realizar las tareas que se precisaban en los hogares de la clase acomodada e incluso las colocaban.

Si me parecía bien, las dos iríamos a ver a la hermana Esperanza para ver si podían acogerme en el convento. Ella estaría más tranquila si me quedaba al cuidado de las monjas. Con ellas aprendería todo lo necesario para conseguir una buena colocación. Aunque no me hacía muy feliz la idea de vivir en un convento, sabía que era una buena oportunidad para ir a Bilbao. Acepté de buen grado la propuesta de mi hermana.

Así las cosas, a finales de septiembre, una mañana nos acompañó mi cuñado, a mi hermana y a mí, a la estación del tren de Miranda que nos llevaría hasta Bilbao. Era la primera vez que viajaba en tren y me encantó. Eso de poder moverte a tus anchas por el vagón mientras el tren avanzaba entre los campos, fue para mí una experiencia que aún hoy día me sigue cautivando.

El viaje se me hizo corto. Antes de que el tren parase cogí mi maleta

y fui la primera en situarme delante de la puerta, haciendo caso omiso a las palabras de mi hermana, que me pedía que me mantuviera sentada hasta que el tren parase. Bajé y tuve que esperar a María en el andén. Juntas salimos de la estación y me encontré con Bilbao. La primera impresión fue contradictoria, los edificios eran mucho más altos que los que yo había visto hasta entonces. Parecían ennegrecidos por una sombra que lo invadía todo, lo que me produjo una cierta inquietud. Lo que tenía delante no parecía ser un mundo de color de rosa. De alguna manera eso me animaba a enfrentarme a cualquier situación adversa. María me observaba con curiosidad, me preguntó:

–¿Qué te parece?

–Bien –no se me ocurrió decir nada más. María no debió quedar muy convencida, siguió diciendo:

–Todavía estás a tiempo de volverte atrás, damos un paseo y nos volvemos al pueblo.

–Nada de eso, ¡vamos! –me puse a andar con decisión, sin saber hacia dónde.

María me tomó la delantera y yo me limité a seguirla. Cruzamos un puente sobre la ría. Me dijo que estábamos en el Arenal; atravesamos un laberinto de calles estrechas, luego tuvimos que subir una cuesta pronunciada, hasta que jadeantes nos encontramos ante la puerta enrejada de un convento. El edificio de piedra era semejante a los que había visto en Vitoria, de fachada severa, sin adornos, infundía respeto y un poco de miedo. No me quedaría allí mucho tiempo.

María hizo sonar el tirador de la puerta, me pareció una eternidad el tiempo que pasó hasta que una monja anciana nos abrió. María preguntó por la hermana Esperanza. Sin responder, la monja nos miró de arriba abajo y nos permitió la entrada. La seguimos por un largo pasillo, se paró delante de una puerta que conducía a una sala en la que había una mesa redonda y algunas sillas. Nos dijo que esperáramos allí a la hermana Esperanza. Ella le anunciaría nuestra visita.

Nos sentamos y mientras esperábamos, mi hermana apoyó su mano en la mía, creo que con la intención de darme ánimos. La espera no fue muy larga. Pronto apareció la hermana Esperanza. Parecía algo sofocada por la carrera y emoción que le provocaba nuestra visita. Nada más verla, sus facciones me recordaron a las de alguien conocido, era tan bajita como yo, lo que a mis ojos delataba su procedencia de Montoria. Se abrazó efusiva a mi hermana diciendo: "¡Cómo me alegro de verte!" Después se quedó mirándome y dijo:

–Ésta debe ser Paula, ella era muy pequeña cuando me marché del pueblo.

La hermana Esperanza hizo muchas preguntas sobre la gente del pueblo, quiso saber cómo le iban las cosas a María y finalmente se centró en mí. María le dijo que yo era muy trabajadora y que me defendía muy bien en la cocina. Ella se interesó por mis conocimientos culinarios y terminó diciendo que con ellas podría aprender repostería. También algo de costura e incluso a bordar.

La conversación de la hermana Esperanza me produjo tranquilidad y confianza en mí misma. El tiempo pasó deprisa y María tuvo que marchar. Me quedé desolada, sin embargo me levanté de la silla con decisión cuando la hermana Esperanza me pidió que la acompañara. Me dijo que lo primero era presentarme a la madre superiora que no pareció muy interesada por mi presencia, apenas me miró por encima de sus gafas, al tiempo que decía dirigiéndose a la hermana Esperanza: "Es la chica de la que me habló, ¿verdad?"

Después, la hermana Esperanza me acompañó a un dormitorio colectivo en el que había dos filas de camas, señaló la primera de la derecha como la que se me había asignado. Entre las camas había pequeños armarios metálicos, me dijo que colocara mis cosas en el contiguo a mi cama. Mientras lo hacía, ella me fue informando sobre cuál sería mi trabajo durante mi estancia en el convento. Me dijo que ella era la responsable de la limpieza, pero había pensado que teniendo en cuenta mis aptitudes, me iría mejor en la cocina.

Cuando terminé la tarea, la hermana Esperanza me llevó a la cocina. Allí me presentó a las monjas encargadas y a varias chicas que ejercían de ayudantes, parecieron alegrarse al verme, más manos para trabajar siempre eran bien acogidas. Me dijeron que esa

misma tarde podía empezar con el trabajo. Así lo hice, después de la comida.

La hermana Esperanza me dedicó un buen rato para ponerme al tanto de la vida diaria en el convento. Sabía que resultaría dura para una chica de mi edad. Me dijo que contara con ella para salvar cualquier dificultad. Por otra parte aprendería cosas que me serían muy útiles para realizar mi trabajo al servicio de una buena casa. Ella se ocuparía de que se me asignara una familia importante. Sus palabras me tranquilizaron, se las agradecí como pude.

A partir de ese momento me dejé llevar por la rutina del día a día del convento. De la mañana a la noche no había tiempo más que para trabajar, rezar y trabajar. Pronto descubrí que mis compañeras no eran muy aficionadas a la conversación, parecían cohibidas, poco dispuestas a las confidencias. La primera noche me pareció oír algún llanto contenido, seguramente yo también derramé alguna lágrima. Los días siguientes llegaba tan agotada al dormitorio que me dormía al momento.

Ya estaba en Bilbao, tenía que encontrar a la madre de Miguel para entregarle la carta. Pronto supe que mientras estuviera en el convento, no dispondría de tiempo libre. Eran las normas, las monjas no se responsabilizaban de las salidas de las internas. Si salían, sería para siempre. La carta permanecía en el bolsillo de mi abrigo, que estaba colgado en el armario hasta que lo necesitara, sin fecha. Pasé la Navidad de 1937 con las monjas.

Al final del invierno, la hermana Esperanza me comunicó que una familia importante de Neguri, les había pedido que le proporcionaran una sirvienta que supiera defenderse en la cocina. Ella había pensado en mí. Se la veía entusiasmada con la noticia y por lo visto, se suponía que yo también debía de estarlo. Yo no sabía dónde estaba Neguri y tampoco qué se entendía por una "familia importante". Algo tenía claro y era salir del convento cuanto antes.

Al día siguiente, la hermana Esperanza me acompañó a la casa que se me había asignado para servir. En el Arenal cogimos el tranvía, era parecido al tren, más pequeño, por lo visto solo realizaba trayectos cortos. Quise saber cómo se llamaba la calle que bordeaba

la ría, la hermana me dijo que era el paseo del Campo Volantín, era la calle que aparecía en la carta de Miguel. Recordé que me había dicho que reconocería la casa por una alta palmera que había en la entrada. Me pareció ver al pasar más de una palmera.

Durante el trayecto, la hermana Esperanza me informó que la familia para la que iba a servir, pertenecía a la nobleza, ella era marquesa, el marido un prestigioso cirujano. Algo inquieta le pregunté si creía que yo era la persona que necesitaban. Me figuro que por darme ánimos, contestó que estaba segura de que lo era.

El tranvía paró en Las Arenas, nos bajamos y anduvimos un buen rato hasta que la hermana Esperanza se paró ante un hermoso edificio de varias plantas, rodeado por un frondoso jardín. Una amplia escalinata conducía a la entrada principal. Sin duda era más alegre que el convento. La hermana Esperanza tocó el timbre de la puerta y pronto apareció una mujer de mediana edad, vestida de negro. Según dijo, nos estaba esperando. Era el ama de llaves.

Una vez que estuvimos sentadas en un gabinete de pequeñas dimensiones, doña Brígida me preguntó qué experiencia tenía en el servicio doméstico, le hablé de mi trabajo en la pensión Vallejo y de lo aprendido con las monjas, parecieron satisfacerle mis palabras. Dijo que por el momento trabajaría como ayudante de cocina.

Durante el tiempo que estuve sirviendo en aquella casa, nunca tuve ocasión de ver a la dueña, la marquesa vivía en la tercera planta, solo la veían sus doncellas. Cuando salía a la calle lo hacía por una puerta que solo los dueños utilizaban. Eso no impidió el que me sintiera a gusto en su casa, disponía de un dormitorio para mí sola y lo mejor, tenía libres las tardes de los jueves y domingos. Por fin podría entregar la carta.

Mi primera tarde libre, la aproveché para cumplir con la promesa que le había hecho a Miguel, entregar aquella enigmática carta a su madre. Sabía que vivía en el Campo Volantín y cómo llegar hasta allí. Cogí el tranvía en la misma parada en la que nos bajamos la hermana Esperanza y yo. Puse mucha atención, en cuanto vi la ría, de mirar hacia mi izquierda para descubrir los edificios que marcaban el principio del paseo. En cuanto paró me bajé del tranvía. Cada rato metía la mano en el bolsillo para comprobar que

el sobre estaba allí.

No me costó mucho encontrar la dirección que buscaba. Se trataba de un edificio de tres plantas que seguramente había tenido tiempos mejores. Le rodeaba una verja de hierro. En la parte derecha estaba la palmera que Miguel había mencionado cuando me entregó la carta. Me acerqué a la puerta, en el cartelito que había junto al timbre del tercer piso, se podía leer: “Laura Otero, Vda. de Espinosa”. Era la madre de Miguel.

La primera vez, no debí tocar el timbre con suficiente fuerza, nadie respondió a la llamada. Lo hice una segunda vez con más decisión y esta vez alguien me abrió la puerta. Subí la escalera de madera, desgastada por el tiempo y los continuos restregones del cepillo de fregar. En la puerta me estaba esperando una mujer anciana, me recordó a mi abuela, le dije que quería ver a doña Laura, que tenía que darle un recado de su hijo. La mujer me dijo que esperara que tenía que hablar con la señora. Durante el tiempo que duró la espera, se abrían y cerraban puertas, aparecían personas que me miraban curiosas. Llegué a impacientarme, incluso pensé que la anciana se había olvidado de que esperaba, al fin apareció y me invitó a entrar. La seguí y me condujo a una amplia habitación. Lo primero que vi fue una cama de matrimonio, había un amplio mirador con dos sillones y una pequeña mesa entre ellos. Sobre la mesa una caja metálica que seguramente serviría para guardar los utensilios de costura.

Sentada en uno de los sillones estaba doña Laura. Me pareció la mujer más distinguida que había conocido hasta entonces, vestía de negro. Su pelo blanco resaltaba sus suaves facciones, salí de mi ensimismamiento cuando me preguntó:

–¿Conocías a mi hijo Miguel?

–Sí –susurré apenas. Le dije que habíamos coincidido en la pensión en Vitoria, que me había dado una carta para ella. Quiso verla y gustosa se la entregué.

La observé detenidamente mientras abría el sobre. Para mi sorpresa se puso a leerla con toda naturalidad. Pareció adivinar mi pensamiento, con voz tenue dijo: “Está escrita en esperanto”.

Levantó la cabeza y me sonrió. “Miguel dice que eres una buena amiga”.

Doña Laura siguió leyendo en silencio. Al terminar me dijo que me estaba muy agradecida por la carta. Miguel le decía que se había encontrado en Vitoria con su hermana Pilar, que estaba de enfermera en el hospital militar. Doña Laura no había visto a su hija desde que abandonó la casa tras una fuerte discusión por su ingreso en la sección femenina de la falange. La familia procedía de tradición liberal. Ahora doña Laura estaba sola con la sirvienta. No pude reprimir por más tiempo la pregunta que bullía en mi mente:

–¿Sabe dónde está Miguel?

–No lo sé Paula –lloró un buen rato en silencio. Yo también lloré. Luego me dijo:

–¡Qué tonta! No te he ofrecido nada. Dirigiéndose a la anciana sirvienta que nos miraba en silencio, continuó diciendo:

–Luisa, mira si puedes traernos algo que se parezca a un café con leche y algún dulce.

Mientras Luisa preparaba lo pedido, doña Laura me dijo que en Bilbao escaseaba la comida, que había tenido que alquilar habitaciones del piso para poder subsistir. Ella disponía de dos que compartía con Luisa. Realizaba trabajos de costura para una tienda del centro y así iba tirando. Me sorprendí a mí misma preguntando:

–Miguel, ¿tenía novia?

–Nunca tuvo novia –dijo con rotundidad. Siguió hablando de las dificultades diarias que tenía que afrontar. Que la mantenía viva la esperanza de que apareciera alguno de sus hijos. Mi visita le aportaba ánimo para seguir. Tomé el café y las galletas que me ofreció. Me pareció que ya era tiempo de regresar a Las Arenas y a mi pesar me despedí de ambas mujeres. Doña Laura repitió una y otra vez que me agradecía mucho la visita y que volviera pronto.

Después me encontré en la calle, bastante confusa por lo vivido. Corrí en busca de la parada del tranvía. Durante el trayecto hasta

Las Arenas, me sentí capaz de afrontar lo que el destino me deparase, sin dudas ni temores. Ahora tenía la certeza de saber lo que era la amistad.

AUTORA

ALICIA AYALA

Nacida en 1947 en Barakaldo (Bizkaia). Desde muy joven descubrió que la escritura le hacía más fácil poder expresar sus ideas, lo que le aficionó a contar historias y situaciones del día a día. Durante los años de activismo sindical ha ido recopilando experiencias que le servirán para dar forma a sus relatos.

En 2013 publica su primera novela, Antón en la Guerra Civil, (disponible en papel y en eBook) en la que plantea el papel que jugó en la Guerra Civil una generación de jóvenes idealistas, ilusionados por mejorar sus condiciones de vida. Toma a su padre como modelo del protagonista.

Siguiendo en la línea de dar a conocer sus orígenes y el empeño de una generación por hacer la vida diaria más amable, en su segunda novela, La hija del maestro, (disponible en papel y en eBook) cuenta la historia de una joven alavesa durante los años treinta. En este caso, es su propia madre la que le sirve de modelo para dar forma a la protagonista.

LEGAL

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (http://www.conlicencia.com o 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

© Alicia Ayala Velasco

© Ediciones Beta III Milenio, S.L. 2017

Avda. Ramón y Cajal, 35. 48014 Bilbao

Tel.: 94 476 11 55

edicionesbeta@edicionesbeta.com

www.edicionesbeta.com

www.facebook.com/EdicionesBeta/

Primera edición en libro electrónico (eBook): 2017

ISBN: 978-84-16809-69-1(eBook)

Primera edición en papel: 2017

ISBN: 978-84-16809-15-8 (papel)

Páginas en papel: 240

Conversión a libro electrónico: Ediciones Beta III Milenio, S.L.

Este libro ha recibido una ayuda del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.